LA COLUMNA NEGRA
Isai Lukodianov y Evgeni Voiskunski



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Muchos seguramente habrán visto el retrato de Alexandr Kravtsov. Viene en todos los manuales de geofísica en el capítulo que trata del Anillo de Kravtsov. En sus tiempos este retrato lo publicaban número tras número todos los periódicos del mundo.

Desde el retrato nos mira un joven con camisa blanca, de las que entonces se llamaban «playeras». En sus ojos, entornados debido tal vez al deslumbrante sol, hay algo infantil y al mismo tiempo inquebrantable. El retrato, en general, no es una obra de arte. Se ve que ha sido obtenido por la acción de un haz luminoso enfocado sobre bromuro de plata, como se hacía en la segunda mitad del siglo XX Estos aparatos se pueden ver en el Museo Central de Historia de la Técnica.

Esta foto fue tomada a bordo del «Fukuoka-maru», por Olovitnnikov, corresponsal del periódico «Izvestia», y, claro está, él no podía suponer que grababa las facciones de una persona cuyo nombre iba a pasar a la historia.

Y como ocurre frecuentemente, el nombré eclipsó al hombre.

Pregúntenle al primer escolar que encuentren si sabe quién es Alexandr Kravtsov.

-¿Kravtsov? ¡Claro! -contestará el muchacho-. ¡El Anillo de Kravtsov!

-Yo te habló del mismo Kravtsov, y no del anillo de su nombre.

-Sí, esto fue hace mucho tiempo. El realizó algo heroico durante «El Gran Cortocircuito»

«Realizó algo heroico…»

Bueno, pues hay que contarle a este omnisapiente escolar de nuestros días la historia de Kravtsov.

No hay que hablarle del nombre, sino del hombre.

Porque, en general, no era ningún héroe. Era un muchacho común y corriente; simplemente se podía confiar en él.

Los periódicos de entonces se imprimían en un papel frágil, un plástico de celulosa de la madera. Pero hay microfotografías de ellos. Por suerte se ha conservado un excelente artículo sobre Kravtsov (micro Nº kmmA2pk-2681438974), escrito por Oloviánnikov. Incluso el mismo Lev Grigórievich Oloviánnikov, a pesar de su avanzada edad, aún se encuentra bastante animado y con memoria, y nos ha contado muchos pormenores de este lejano acontecimiento. Hasta conserva una copia de la última carta de Kravtsov, que no llegó a enviar.

Hablar de ello no es fácil. El caso es que en el ámbito de un acontecimiento de escala mundial, y «El Gran Cortocircuito» fue precisamente un acontecimiento de esta clase, cualquier intento de hablar sobre el destino individual de un hombre parece pretencioso. Quiérase o no, hay que hablar de la humanidad y no del individuo, ya que solamente la humanidad puede vencer las catástrofes mundiales.

Pese a ello, hemos intentado, en lo posible, seguir los pasos de la admirable vida de Alexandr Kravtsov, participante activo de los acontecimientos descritos.

En una palabra, júzguenlo ustedes mismos.

1

Extraño estado es el del hombre al despertar. Los antiguos consideraban que no había que despertar inesperadamente al dormido: durante el sueño, el espíritu abandona el cuerpo, y mientras no vuelva, el dormido está muerto. Pero los antiguos no sabían nada de la actividad físico-químico-eléctrica de las células del cerebro, ni de las propiedades de los ácidos nucleicos.

En unos brevísimos momentos, el hombre que despierta lo recuerda todo: quién es, dónde se encuentra, qué hechos han pasado a los tiempos pretéritos y qué se le plantea en el futuro...

Sin abrir aún los ojos, Kravtsov se representaba que encima tenía, desde la infancia, el mismo techo blanqueado con el florón moldeado en el centro. Después, aún con los ojos cerrados, comprendió que el florón se hallaba a doce mil kilómetros de allí, y encima de donde él se encontraba había unas tablas estrechas pintadas de esmalte blanco y por ellas se deslizaban, confundiéndose, los reflejos del pequeño oleaje del océano. Lo recordó todo y abrió los ojos con desagrado.

El día será caluroso, sin viento. Habrá discusiones con Will. Ah, sí, hoy es el día ruso: van a hablar solamente en ruso. Él, Kravtsov, preparará la comida a su gusto. ¿Cómo vengarse de Will por la tortilla de ayer, rociada de confitura agria de grosella?

Se puso los anteojos ahumados, salió a cubierta y echó una mirada hacia la puerta entreabierta del camarote de Will. De allí salía el zumbido de la máquina eléctrica de afeitar: el viejo pedante antes se deja comer por los tiburones que aparecer por las mañanas con la cara sin afeitar. En lo que respecta a Kravtsov, ya hacía mes y pico que no se afeitaba. De todas maneras, a trescientas millas a la redonda no había ni un alma viva. Pero no era ese el caso. Kravtsov sabía que su rala barba color castaño irritaba a Will, y no es que esto le causase alegría, pero, vamos, le divertía o algo por el estilo.

-Buenos días, Will -dijo Kravtsov-. ¿Qué quisiera usted de desayuno?

-Buenos días -se oyó detrás de la puerta una voz que refunfuñaba-. Usted es muy atento, muchas gracias.

Kravtsov tosió irónicamente y se dirigió a la despensa. Se quedó pensativo ante la heladera, después se dirigió decididamente a los estantes y tomó la lata de harina. Las tortas de trigo como desayuno, era precisamente lo que Will no podía ni ver.

Mientras preparaba las tortas, Kravtsov dio una vuelta a la plataforma flotante. En esto invirtió media hora: la plataforma, redonda, tenía

quinientos metros de diámetro. Permanecía inmóvil, aunque no estaba anclada: allí, sobre la más profunda fosa oceánica, era imposible anclar.

Seis potentes hélices mantenían la plataforma en un mismo lugar: tres hélices giraban a la derecha y tres a la izquierda. Los captadores comunicaban constantemente a la máquina calculadora electrónica todos los datos necesarios sobre el viento, oleaje y corrientes marinas, y la máquina elaboraba continuamente estos datos y dirigía el accionamiento de las hélices.

Las hélices del segundo grupo, también seis, se hallaban debajo de la plataforma y su eje era vertical. Eran para equilibrar la plataforma contra el balanceo y las inclinaciones. Por mucho que se enfureciese el océano, y Kravtsov y Will se convencieron de ello dos veces, la plataforma permanecía casi inmóvil. Su deriva no era superior a cien metros, y la tubería que atravesaba la plataforma y llegaba hasta el fondo de la fosa oceánica, se inclinaba, con respecto a la vertical, menos de un grado.

Las olas más altas no llegaban al borde de la cubierta, que se elevaba a treinta metros. Sólo el viento lanzaba sobre la cubierta, de tarde en tarde, porciones de espuma arrancadas de las crestas de las olas tempestuosas.

Aquel día, como siempre, todo estaba en orden. La caldera atómica calentaba regularmente el agua potabilizada por los aparatos ionizadores. El vapor hacía girar con regularidad los rotores de la turbina. Los generadores de la central eléctrica funcionaban al régimen mínimo, porque el océano estaba pacífico, justificando su antigua denominación. Los excedentes de energía se invertían en procesos secundarios, como la extracción electrolítica de la plata contenida en el agua del mar, lo cual en cierto grado cubría no pocos gastos del Centro Geofísico Internacional.

La instalación automática funcionaba normalmente. Kravtsov contempló la llanura azul del océano tenuemente iluminada por el sol matutino. Los primeros días, este cuadro le cautivaba; ahora, el océano no le causaba nada más que aburrimiento.

«Me quedan veintisiete días de guardia», pensó y se rascó la barba debajo de la oreja izquierda, nueva costumbre adquirida.

Kravtsov se encaminó al centro de la plataforma, donde se elevaba una torre de perforación de ciento cincuenta metros de altura, y observó la cinta a través de la ventanilla del registrador. Se puso a mirar atentamente: durante el último día, el cable del polipasto se había aflojado quince milímetros. El día anterior, Will y él, ya habían observado que el cable estaba un poquito más flojo de lo normal, sin embargo no le dieron importancia. Pero, ¡quince milímetros en veinticuatro horas…!

Will chapoteaba en la «piscina», pequeño espacio de agua cercado por una red contra los tiburones. A las siete y cuarto en punto saldrá del ascensor, resollará y dirá: «Hoy el agua está muy caliente». En el enjuto cuerpo de Will había un exacto mecanismo de reloj, al cual le habían dado cuerda de una vez para siempre.

Kravtsov le puso manteca a las tortas, las saló, preparó el té y salió de la despensa en el mismo instante en que Will subía a la cubierta. Kravtsov le saludó lánguidamente con la mano. Will asintió con la cabeza, se sacó el

gorro de goma para el baño, escurrió con las manos el agua de su cuerpo bronceado y dijo:

-Hoy el agua está muy caliente.

-¿Quién lo iba a creer? -masculló Kravtsov. Desayunaron bajo el toldo. Will se portó como si no hubiera advertido las tortas. Cortó el panecillo por la mitad, lo rellenó con una gruesa lonja de jamón y se sirvió un vaso de té con ron.

-Otra vez usted no come tortas -dijo Kravtsov.

-Gracias. Otra vez las comeré -contestó tranquilamente Will-. ¿Cómo ha pasado la noche?

-Mal. Me han atormentado las pesadillas.

-No lea revistas en esperanto por la noche.

-Es preferible estudiar el esperanto que modelar repugnantes gnomos con plastilina.

-Sí -dijo Will sorbiendo té con ron-. Hasta ahora no he podido conseguir modelarle a usted. Quizá sea porque no alcanzo a representarme clara y definitivamente su esencia espiritual.

-¿Esencia espiritual? -Kravtsov sonrió y miró los cortos y canosos cabellos erizados de Will-. ¿Quiere que le relate un cuento? La liebre le preguntó al ciervo: «¿Para qué llevas tan gran peso en la cabeza?» «¿Cómo que para qué? -contestó el ciervo-. Por la belleza, claro está. No puedo sufrir a los que andan con la cabeza vacía». La liebre se ofendió y dijo: «En cambio, mi mundo interior es muy rico».

Will, callado, llenaba la pipa de tabaco rubio; pero Kravtsov vio, en el modo de entornar los ojos, que estaba reflexionando acerca del cuento.

-Ahora le voy a contar yo otro -dijo Will envolviéndose en humo-. Un irlandés cayó en las garras de un oso. «¿Usted me quiere comer?» -le preguntó. El oso le contestó: «Sí, te comeré». El irlandés: «Pero, ¿cómo me va a comer sin tenedor?» El oso tenía mucho amor propio y no quiso confesar que no sabía qué era un tenedor. Estuvo un rato pensando y dijo: «Sí, usted tiene razón», y soltó al irlandés.

-¿Y eso es todo?

-Sí, eso es todo. -Kravtsov sonrió:

-El cable se ha aflojado quince milímetros -dijo después de un breve silencio.

Will sacudió la ceniza de la pipa y escupió en el cajón con arena.

-Vamos para abajo, muchacho. -Con estas palabras se levantó y sin apresurarse se dirigió hacia la torre.

Kravtsov le siguió mirándole las robustas piernas velludas y la cuidadosa raya de los pantalones cortos de color verde claro.

Levantaron la pesada tapa de la escotilla de cubierta y descendieron introduciéndose bajo el suelo de la torre de perforación. Aquello estaba oscuro y la atmósfera era asfixiante. Kravtsov encendió la luz.

Ante ellos se vio el extremo superior de la columna de entubación coronado con unos preventores a través de los cuales salía hacia arriba el tubo de perforación.

Will se paró pensativo, después se encaramó encima de la brida superior, sacó una regla graduada y midió la distancia que la separaba de las vigas de sujeción de los rotores.

-¿Qué ha encontrado? -le preguntó Kravtsov. Will bajó de un salto, miró de nuevo los preventores y murmuró entre dientes:

-A orillas del Peterjesk, en la emboscada de Mc Dougal, seis pulgadas en el pecho enemigo. Le medirá mi puñal...

-Bueno, ¿y qué? -Kravtsov empezaba a perder la paciencia.

-Pues que yo mismo monté esos preventores, hace seis años... ¡Y maldito sea, si la columna de entubación no se ha elevado sus buenas seis pulgadas!

-¿Will, usted recuerda bien cómo estaba?

Will calló. No acostumbraba a responder a estas preguntas.

2

Hacía seis años que por decisión del correspondiente AGI, Año Geofísico Internacional, en aquella fosa oceánica había empezado la perforación de un pozo superprofundo para prospección de la composición de la tierra. Todos los países participantes hicieron su aportación en la construcción de la base flotante. Cuatro brigadas de perforadores elegidas por una comisión internacional, se establecieron en la plataforma. Todos eran obreros experimentados en la perforación de pozos petrolíferos en el mar, pero por primera vez se abría un pozo de cincuenta kilómetros de profundidad. Es verdad que la fosa oceánica les ahorraba más de diez kilómetros, pero cuarenta kilómetros no es una broma que digamos.

El instrumento de perforación tenía que penetrar en el enigmático manto debajo de la corteza terrestre. Allí, bajo el fondo del océano, la discontinuidad de Mohorovicic, zona de variación de propiedades, es la que más se acerca a la superficie del planeta.

Para abrir el pozo se utilizaron los medios más modernos de la técnica. El entubado, de una aleación de alta dureza, no descendía hasta el mismo piso de la perforación, sino que atravesaba la masa marina de agua y profundizaba en la capa del fondo solamente en unos kilómetros. En adelante, las paredes del pozo no se reforzaban con metal. El método termoplástico de perforación, que calentaba el mineral hasta la temperatura de evaporación, al mismo tiempo fundía y solidificaba después las paredes haciéndolas sólidas, herméticas, preservando el pozo contra hundimientos, e interceptaba el paso del agua de las diferentes capas.

Por este pozo se introducían en las profundidades inexploradas los tubos de perforación. Estos no se unían, como generalmente se hacía, con cierres a rosca. Un dispositivo soldador automático de alta calidad, los soldaba casi instantáneamente durante el descenso. Y durante el ascenso, los tubos se cortaban en los lugares de unión con una cortadora automática de plasma.

Si todo el pozo se perforase por el método termoplástico, la perforación se terminaría relativamente pronto, «de una vez». Pero el objetivo no era la propia perforación, sino la extracción consecutiva de las muestras de minerales de todos los estratos que se atravesaban. Por eso, de vez en cuando, tenían que recurrir a la antigua perforación por rotación limpiando el pozo con un lodo de perforación. Solamente la lenta barrena anular o saca-muestras podía roer con sus dientes diamantinos las muestras del sondaje: prueba del mineral en su estado natural, con el ángulo de incidencia del estrato claramente distinguible, conservando la porosidad natural, la saturación y otros muchos datos importantes para los geólogos.

De vez en cuando se tenía que recurrir no sólo a las perforadoras eléctricas y a las perforadoras rotatorias (interiores), sino a la perforación rotatoria de torre (exterior), haciendo girar toda la enorme columna de tubos. A tales profundidades se podía utilizar el rotor porque los tubos de perforación eran de una nueva aleación ligera y resistente preparada especialmente para ello.

El sagrado recinto de la plataforma era el pañol de las muestras de sondaje, aposento donde en plateles semicirculares colocados en los estantes numerados estaban las muestras de sondaje (núcleo): largos cilindros de minerales sacados con una barrena. El pañol ocupaba una buena mitad de la cubierta media de la plataforma. En la misma cubierta se hallaba el laboratorio de investigación de las muestras (algunos datos había que obtenerlos inmediatamente después de sacar la muestra). Luego, se conservaban las muestras, esperando los análisis ulteriores, cubriéndolas con una solución que rápidamente se transformaba en un plástico transparente.

Muchas veces se elevó el tubo de perforación y los geólogos leían lentamente, letra por letra, el asombroso relato de las profundidades y se rompían la cabeza descifrándolo.

En el kilómetro cuarenta y dos se paró de pronto la perforación. Allí dentro, el plasma a cien mil grados centígrados de temperatura (gas de núcleos y electrones) se enfurecía batiendo el pozo. Las agujas de los aparatos de control llegaron al tope. Todo fue inútil: la barrena de plasma, que hasta entonces no había encontrado ningún obstáculo que no venciese, tropezó con una barrera infranqueable.

Se decidió sacar los tubos de perforación y mirar la barrena, pero los tubos se resistían a salir, algo incomprensible los retenía en el pozo.

Precisamente fue entonces cuando uno de los maestros de perforación, Alí-Ovsad Raguímov, de Bakú, dijo la célebre frase que pasó a la historia:

-Ni para allá, ni para acá: lo mismo que un asno de Karabaj.

Varias semanas lucharon los obreros perforadores intentando vencer la resistencia de las rocas o sacar la enorme tubería. Los mejores geólogos del mundo debatían en la sala de oficiales de la isla flotante sobre este fenómeno incomprensible. Todo fue en vano. El pozo, que se perdía en una inconcebible profundidad, no pensaba revelar su secreto a los hombres.

Entonces, la presidencia del AGI decidió interrumpir el trabajo. La plataforma circular quedó vacía. Cesaron las conversaciones en distintos

idiomas, no atracaban a los muelles los barcos de transporte de hematites, arcilla y materiales de actividad superficial para el lodo de perforación. Se marcharon los científicos. El pañol de muestras quedó vacío y fueron llevadas las mismas para el análisis definitivo.

La comisión geológica del AGI conservó en la plataforma un cuerpo de guardia que se relevaba cada tres meses. Al principio, la guardia estaba formada por dos brigadas de obreros perforadores; pero con el transcurso de los años, la guardia se redujo poco a poco hasta componerse de dos personas: ingenieros perforadores.

Así transcurrieron casi seis años. Cada mañana, los ingenieros de guardia ponían en marcha el cabestrante, intentando sacar los tubos. Todas las mañanas se comprobaba la tensión de los cables del polipasto, e invariablemente aparecía en el diario de a bordo una inscripción que en todos los idiomas significaba lo mismo: «Los tubos no se mueven».

«El asno de Karabaj» seguía en sus trece.

Sasha Kravtsov aún era estudiante cuando empezó la perforación del pozo superprofundo. Su cabeza, con el pelo cortado formando un mechón, estaba llena de una gran cantidad de datos de esta perforación sin precedentes: datos adquiridos leyendo revistas especiales y oyendo a los participantes. Kravtsov soñaba con ir a la plataforma circular, pero en lugar de ello, después de terminar los estudios de ingeniería, le destinaron a Neftianie Kamni, explotaciones petrolíferas marinas del Caspio. Allí trabajó dos años, y de pronto, cuando ya ni pensaba en el pozo abandonado, fue destinado a hacer la guardia trimestral en el océano.

Se alegró al saber que su compañero sería Will Macpherson, veterano de la perforación del pozo. Efectivamente, al principio fue interesante. El escocés, echando de vez en cuando humo con su pipa y mezclando las palabras rusas e inglesas, hablaba del agua «archihirviente» del kilómetro doce y de las arenas negras del kilómetro dieciocho, arenas que no se dejaban penetrar por la barrena de columna y en dos horas «se comían» la barrena diamantina. Will reía cuando recordaba cómo Bramulla, apasionado geólogo chileno, se intranquilizaba exigiendo sacar a toda costa del pozo no menos de ocho toneladas de arena negra, e incluso rogaba a Dios ayuda inmediata.

Will le habló, además, de la horrorosa vibración y de las presiones monstruosas, de las raras bacterias que hay en los estratos ricos en metano del kilómetro treinta y siete, de las terribles erupciones gaseosas, del incendio que fue apagado después de esfuerzos desesperados.

Al escocés no le gustaba repetir las cosas y cuando agotó los relatos, Kravtsov se sintió aburrido. Se puso en claro que sus puntos de vista eran diametralmente opuestos en todo, excepto en la perforación de pozos submarinos. Esto complicaba considerablemente la vida. Discutían cortésmente sobre cualquier cosa: desde los métodos de determinación de la viscosidad del lodo de perforación, hasta el análisis psíquico comparativo de los espíritus ruso e inglés.

-Usted no entiende absolutamente nada de los ingleses -decía tranquilamente Will-. Para usted, el inglés es una mezcla de Samuel Piekwick, del coronel Lorentz y de Soms Forsyte.

-¡No es verdad! -exclamó Kravtsov-. Ustedes son los que no comprenden a los rusos. ¡Para ustedes, nosotros somos algo entre los hermanos Karamázov y el maestro de perforación Alí-Ovsad!

Kravtsov se enfurecía cuando Will hablaba de las misteriosas propiedades del espíritu ruso, que había leído en las obras de Dostoyevski, donde el bien y el mal se alternan en estratos paralelos como la arcilla y la arena en las estratificaciones petrolíferas. Kravtsov se sonreía cuando Will recordaba al maestro Alí-Ovsad con su extraordinaria intuición en lo tocante a las profundidades terrestres. Cierta vez, el escocés le contó cómo en el kilómetro veintidós ocurrió la, hasta ahora incomprensible, rotura de los tubos. Introdujeron en el pozo una cámara fotográfica para determinar el carácter de la rotura según las fotos. A pesar de una gran protección contra la radiactividad, la película resultó expuesta a radiaciones luminosas. Entonces, el maestro de perforaciones Alí-Ovsad recordó los tiempos pasados: con los tubos introdujo en el pozo un «negativo», un molde de plomo, lo aplicó con cuidado al extremo roto del tubo de perforación y comprimió el «negativo» contra la fractura. Cuando subieron el «negativo» y quedó colgado sobre la boca del pozo, Alí-Ovsad levantó la cabeza y estuvo largo rato examinando las abolladuras del plomo. Después, inducido por la impresión grabada en el plomo, forjó con sus propias manos «el gancho feliz» de forma complicada, con este gancho separó el tubo de la pared del pozo hacia el centro y, por último, lo apresó con una potente abrazadera, extractor de tubos de grandes profundidades.

-Vuestro Alí-Ovsad es un verdadero oildriller -decía Will-. Ve muy bien lo que pasa bajo tierra. Yo no he encontrado mejor especialista para liquidar averías.

El escocés no hablaba mal el ruso, pero con entonación de azerbaidzhano debido al estrecho contacto con Alí-Ovsad. Intercalaba en el discurso frases como: «Descansa-adescansa, no conozco esta palabra», o «trabaja el trabajo de perforación». Recordaba el plato nacional ruso, según él creía, que el mismo Alí-Ovsad preparaba los domingos. El plato se denominaba «dzhiz-biz» y se preparaba de intestinos de carnero.

Kravtsov conoció a Alí-Ovsad en Neftianie Kamni, y las fórmulas tipo «descansa-adescansa, no conozco tal palabra» le eran bastante familiares.

La pasión por la perforación de pozos submarinos y el respeto al maestro Alí-Ovsad, eran quizá los únicos lazos que unían a Kraytsov y a Will.

3

Transcurrió un día más. Los aparatos de control indicaron que las dos tuberías, la de perforación y el entubado, se habían elevado en veinte milímetros más. Pero no se podía elevar la columna de perforación con ayuda del cabestrante. Parecía que la tierra iba empujando poco a poco los

tubos, sacándolos de sus entrañas, pero no le permitía al hombre hacer lo mismo.

Will se animó visiblemente. Canturreando canciones escocesas se pasaba horas enteras bajo la base de la torre de perforación, junto a los preventores; estaba atareado con el magnetógrafo y apuntaba no sé qué.

-Oiga, Will -dijo Kravtsov durante la cena- a mi entender deberíamos radiar al centro.

-Le comprendo, muchacho -respondió Will echándole ron al té-. Usted quiere pedir revistas recientes en esperanto.

-Déjese de bromas.

-Déjese de bromas -repitió lentamente el escocés-. Vaya expresión más rara, en inglés no se dice así.

-Lo repito en inglés -dijo Kravtsov reprimiendo apenas la bilis que se le salía-. Hay que radiar al centro. En el pozo pasa algo.

Por la mañana pidieron una conferencia extraordinaria por radio y dieron parte a la comisión geológica del AGI sobre la autoascensión de los tubos.

-Continúen observándolo -contestó la lejana voz del vice-presidente de la comisión-, si es que ustedes no necesitan ayuda urgente, ¿no es eso, Will?

-Por ahora no la necesitamos.

-Muy bien. Nosotros hemos tropezado con serias dificultades en la perforación de pozos en la costa peruana. Dele recuerdos a Kravtsov. ¡Que lo pasen bien, Will!

Los ingenieros salieron de la cabina de la radio y el calor sofocante de mediodía los ciñó con su abrazo húmedo y pegajoso. Kravtsov se rascó la barba y dijo:

-Seguramente de nuevo alguna junta militar. ¡Así se la lleven todos los diablos!

-¿Qué más da? -Will se limpió el cuello con el pañuelo-. Solamente pido que no molesten a los científicos e ingenieros en su trabajo.

-El mundo no sólo se compone de científicos e ingenieros.

-Esto no me importa, ni me interesa la política. Es irrisorio verle cuando usted se lanza a toda carrera hacia el receptor de radio a oír las últimas noticias.

-Pues no me mire -le aconsejó Kravtsov-. Yo no le miro a usted cuando esculpe figuras femeninas y sonríe lujuriosamente al mismo tiempo.

-¡Hum...! Mi sonrisa no le importa a usted.

-Indudablemente. Lo mismo que a usted mis carreras hacia el receptor.

-¿Ha comprobado usted los cables?

-Sí, y he corregido su flojedad. Oiga, Will, ¿por qué diablos aceptó usted venir de guardia aquí? Usted, con su experiencia, podría estar perforando ahora...

-Aquí pagan bien -le cortó el escocés y se introdujo por la escotilla.

4

Y los tubos continuaban ascendiendo. La mañana del sexto día, Kravtsov echó una mirada por la ventanilla del registrador y... lo veía y no lo creía: ¡metro y medio en un día!

-Si sigue así -dijo- el entubado pronto va a tropezar con el rotor.

-Es muy posible -dijo Will, que acababa de salir de su camarote recién afeitado y con un traje de baño azul.

-¿Se va a bañar usted? -preguntó Kravtsov con semblante hosco.

-Sí, sin duda. -Will se encasquetó el gorro de baño y se fue hacia el ascensor de a bordo.

Kravtsov descendió por la escotilla. Los preventores se desplazaban para arriba a ojos vistas. «Habrá que sacarle los cojinetes al rotor para que los preventores puedan pasar a través del mismo» pensó y empezó a desconectar los tubos del mando hidráulico.

En este momento apareció Will, que olía a frescura del mar.

-Hoy el agua está muy caliente -dijo-. Bueno, ¿qué hace usted aquí, muchacho?

Liberaron los preventores de todas las conexiones, les desmontaron todas las partes salientes y subieron a la cubierta.

-No comprendo nada -dijo Kravtsov-. Autoascensión de los tubos de perforación, bueno, que pase, es un hecho, aunque inconcebible; ¿y la columna de entubación?, ¡si su base está empotrada en tierra firme! Sin embargo, también asciende. Algo infernal. Hoy o, cuando menos, mañana, aparece por aquí la parte superior del entubado.

-Habrá que cortar los tubos superiores de perforación -dijo Will.

Kravtsov levantó la cabeza y entornando los ojos tras los espejuelos, miró el polipasto. En los últimos días se vieron obligados a tensar los cables muchas veces, y ahora, el polipasto se hallaba colgando casi a la altura del «fanal» de la torre. Kravtsov se acercó al cuadro de mandos y miró la aguja del indicador.

-Sólo quedan nueve metros -dijo-. Sí, habrá que cortar los tubos.

Will se colocó ante el cuadro de botones de mando. Arrancó ruidosamente el motor principal, empezaron a reclinar los engranajes de los reductores del potente cabestrante: Will tensó los cables de los tubos de perforación. Después apretó un botón, y luego otro. De la bancada del aparato automático salió un largo brazo con un soplete de plasma que se arrimó al tubo. Tras el vidrio-coraza azul, de la boquilla de volframio salió silbando el delgado dardo del chorro de gas electrónico-nuclear. El aparato automático condujo rápidamente al soplete cortante alrededor del tubo de perforación, la llama se apagó con un leve chasquido, y el brazo se retiró.

La cortada «vela» de tubos de perforación de ochenta metros se balanceó suavemente en el gancho y el aparato automático de arriba lo desplazó a un lado y lo bajó dejándolo en el candelero, como si pusiese una probeta en la gradilla.

Libre ya el gancho con la mordaza automática, descendió rápidamente. Allí arriba, parecía un poco mayor que un anzuelo de pescar, pero en cuanto bajó, ocupó casi todo el espacio que había entre las patas metálicas de la torre.

La mordaza automática cerró sus mandíbulas de acero del extremo de la tubería de perforación. Will conectó el mecanismo de elevación, «tiró» del tubo por si acaso. Nada, el pozo no soltaba a la columna; los tubos, como antes, seguían sin ceder.

No se podía hacer nada más. Kravtsov se acomodó en el diván debajo del toldo y se enfrascó en la lectura de una revista en esperanto. El vientecillo lo aireaba agradablemente. Will sacó la cinta del magnetógrafo y, silbando una tonadilla, examinó la grabación.

Kravtsov levantó la cabeza.

-¿Qué puede ser esto, Will? Parece que el pozo se ha vuelto loco…

-¿Qué sabemos nosotros, en general, de las entrañas de la tierra? -La voz de Will sonó con aspereza inusitada-. Nosotros conocemos, y bastante mal, solamente la delgada capa de papel pegada sobre el globo terráqueo.

«No está mal definido», pensó Kravtsov.

-Si la humanidad no gastase tantos esfuerzos y medios en el armamento…

-¿Qué ha dicho usted?

-No, nada, esto es para mi fuero interno -musitó con cansancio Kravtsov-. Nosotros podríamos haber hecho muchas cosas, si colectivamente todo el mundo…

-Eso nunca se conseguirá -le interrumpió Will:

-Se logrará. Sin falta.

-La humanidad, sobre la cual le gusta a usted filosofar, se inclina más a las luchas que a la investigación científica.

-No es la humanidad, Will, sino aislados…

-Lo sé, lo sé. Usted ya me lo ha explicado: los monopolistas. A mí esto no me atañe, ¡maldita política!

Por primera vez Kravtsov vio al escocés tan excitado.

-Bueno, vamos a dejarlo -dijo extendiendo la largas y bronceadas piernas-. Pero, ¿por qué empujan para arriba los tubos? ¿Puede que esté subiendo el fondo del mar? Algunas sacudidas submarinas…

Will dejó la cinta y apuntó algo en la libreta.

-Mejor sería que usted me dijera por qué se magnetizan los tubos -refunfuñó.

-¿Se magnetizan? -Kravtsov arqueó las ceja con expresión de asombro-. ¿Está usted seguro -Will no contestó-. Pero la aleación de los tubo no puede magnetizarse…

-Lo sé, pero es un hecho. Mire usted el gráfico de las mediciones diarias durante los dos último meses -y le alargó a Kravtsov la libreta abierta.

Kravtsov consideraba un antojo el ajetreo del escocés con el magnetógrafo; pero al ver el gráfico tan bien ordenado, quedó sorprendido. La magnetización de los tubos que antes no se había revelado en nada surgió de pronto hacía dos semanas y aumentaba sensiblemente de día en día. En total era muy débil pero ¡si no tenía que haberla…!

-Usted, Will, quiere decir…

-Yo quiero decir que hay que ir a comer.

5

Kravtsov se despertó por el bramido del viento, era muy temprano, el alba empezaba a alumbrar las ansas tinieblas de la noche. El viento penetraba con arrebato en el camarote por la portilla abierta de par en par, balanceaba las cortinas, jugaba con las hojas de las revistas de la mesa. Era fresco y húmedo, olía al lejano otoño de Moscú, y Kravtsov sintió cierta dulzura e intranquilidad. «Pronto se terminará la guardia» pensó, y de pronto recordó lo que había ocurrido en los últimos días en la plataforma. La somnolencia desapareció en un instante. Se vistió y salió del camarote. La torre estaba alumbrada. ¿Qué hace allí Will tan temprano? Kravtsov se encaminó rápidamente a la torre. Oía cómo silbaba el aire al deslizarse por los barrotes de hierro, cómo bramaba el océano desertado por la tormenta que empezaba. En el oscuro cielo no se veía ni la luna, ni estrellas. Kravtsov subió corriendo la pasarela de la torre, allí, junto a la boca del pozo, estaba el escocés.

-¿Qué ha ocurrido, Will?

Pero él mismo ya veía lo que había ocurrido. Los preventores subían lentamente a través del agujero octogonal del rotor liberado de los cojinetes. Subían perceptiblemente empujados por la columna de entubación, espectáculo incomprensible, nunca visto, bárbaro.

-¿No será peligroso, Will? Y si de súbito se produce un escape de gases...

-Hay que quitarlos mientras estén aquí. Cuando sean empujados a mayor altura, será más difícil quitarlos.

Empezaron a manipular los destornilladores eléctricos, liberaron la maciza brida y quitaron el preventor, colgándolo del gancho del cabestrante auxiliar. De la misma manera sacaron el segundo y el tercer preventor. Cuando trabajaban con el último éste ya estaba a la altura del pecho: la columna de entubación continuaba ascendiendo empujada por una fuerza misteriosa.

Es verdad que no subía tan de prisa como la columna de perforación. Aquélla sí que se había elevado... lo menos a cuarenta metros sobre la boca; pero ¿qué va a ocurrir? ¿Qué pasará cuando se eleve más y tape los tubos de perforación? ¿Cortarla? Pero el dispositivo automático del soplete de plasma está calculado solamente para el tubo de perforación de ocho pulgadas, y no podrá circundar a la columna de entubación de veinte pulgadas. Además, ¿a quién se le podía ocurrir que la columna de entubación iba a salir del pozo...?

Kravtsov se rascó la barba y dijo:

-¿Qué haría en nuestro lugar Alí-Ovsad?

-Lo mismo que hacemos nosotros -contestó Will.

Se miraron a los ojos.

-¿Bajar por la columna de perforación la cortadora de tubos? -preguntó Kravtsov.

-No disponemos de suficiente tiempo. La velocidad aumenta constantemente; además, los dos solos no podemos. Arrancaremos los tubos de perforación hasta romperlos.

Estas decisiones se toman solamente en los casos extremos. Pero aquello era el caso más extremo que podía ocurrir. Ellos no se las podrían arreglar con las dos columnas de tubos, ya que la velocidad aumentaba constantemente. Sí, lo único que les quedaba era eso: tirar de la columna de perforación hasta que se rompiera por alguna parte, y después, sacarla lo más rápidamente posible y cortar con el dispositivo automático la sarta de tubos. Después de esto les quedaba solamente luchar con el entubado.

De nuevo los dedos de Will se posaron en el teclado de mandos. Rugió el motor principal y empezaron a ronronear las ruedas dentadas de los reductores. Crujían los cables de los polipastos al tensarse bajo la enorme sobrecarga. Este crujido producía escalofríos de terror. El viento embistiendo a ráfagas, chocaba contra los cables extremadamente tensos y parecía silbar una canción de piratas.

La aguja del indicador de cargas, temblando, se acercó a la línea roja de carga máxima. Los ingenieros observaban la aguja callados, y de pronto oyeron un débil chasquido. El ruido llegó de las profundidades por el largo cuerpo de la tubería. La aguja osciló bruscamente hacia la izquierda: en el gancho quedaron colgando solamente nueve mil trescientos metros de tubería.

-¡Los hemos roto! -gritó alegremente Kravtsov-. Conecte el soplete.

El gancho continuaba sacando del pozo la sarta de tubería de perforación. Will igualó la velocidad de la cortadora con la velocidad de ascenso, el brazo empezó a deslizarse hacia arriba por la deslizadera junto con el tubo, con la llama azul del plasma circundando los tubos. Mientras el aparato automático de arriba transportaba la vela cortada, la cortadora descendía y se pegaba de nuevo al tubo; así cortaban una vela tras otra.

Hacía rato que había amanecido, había llovido y cesado de llover. El viento arrastraba la manada de grises nubes tormentosas a poca altura sobre el océano.

Después, la columna de entubación salió lo suficiente para impedir el corte de la tubería de perforación. Tuvieron que ocuparse de ella. Kravtsov sacó el soplete de plasma del aparato automático del brazo y, sosteniéndolo con las manos, empezó a cortar el cuerpo de la tubería de entubación cubierto de lapa. Lo cortó por completo, de raíz. De nuevo empezó a subir y bajar el aparato automático.

Casi sin darse cuenta les sorprendió el crepúsculo.

Por fin terminaron este pesado trabajo: había sido sacada toda la parte arrancada, cortada y colocada en los candeleros.

Kravtsov se encaminó casi sin fuerzas a preparar café. Cuando salió de la despensa con la bandeja en la mano, vio a Will que se retorcía echado en la silla de tijera con la mano en el corazón.

-Nitroglicerina -pidió con voz ronca-. En armario empotrado, estante superior... a la izquierda...

Kravtsov echó a correr hacia el camarote de Will y tomó el tubito de cristal. Will se puso bajo la lengua dos píldoras blancas.

-¿Se siente mejor? -le preguntó alarmado Kravtsov. Will asintió con la cabeza.

Kravtsov le dio café y después se fue apresuradamente a la cabina de la radio. Sólo a las diez y pie de la noche consiguió comunicarse con el centro.

-¡Sí, sí! ¡Urgente! -gritó- ¡No menos de dos brigadas! ¡Y un médico! ¿Qué? Sí, un médico, a Macpherson le ha dado un ataque...

Will le arrancó el micrófono.

-No hace falta el médico -dijo con voz tranquila-. Cuatro brigadas de emergencia, turno completo, y de prisa.

6

Lloviznaba y el océano no estaba tranquilo.

Kravtsov no veía nada. Se pasó toda la noche contando la columna de entubación sin notar cómo había amanecido una mañana gris. Solamente se permitió dos veces un pequeño descanso para ir a ver a Will. El escocés estaba acostado y despierto en su camarote.

-¿Qué velocidad? -preguntó débilmente.

-Cuatro metros por minuto -contestó Kravtsov mirándolo con zozobra-. ¿Cómo se encuentra aquí ¿No está mejor?

-La cortadora -susurró Will-. ¿La cortador funciona bien?

-Funciona bien -Kravtsov se encogió de hombros-. Bueno, procure dormir, Will. Yo me marcho.

El soplete de plasma funcionaba normalmente, sólo que sentía calambres en las manos de lo pesado que era. Kravtsov aún tenía tiempo para enganchar los tubos cortados en el cabestrante auxiliar.

Se terminó el argón y tuvo que correr al pañol y colocar en la carretilla las botellas llenas. Estuvo ocupado allí una media hora y cuando ya llegaba con la carretilla por la vía de carriles a la torre, la columna a entubación se acercaba al motón fijo.

Kravtsov conectó el mando del tablero principal al tercer ascensor y subió en éste. A duras penas pudo cambiar la grapa de ocho pulgadas por la de veinte, la grapa descendía rechinando al encuentro segundo tubo, y apresó con garra firme su extremo superior. Durante este momento, Kravtsov reguló la velocidad de ascenso, bajó y conectó la cortadora.

Cortó el tubo, aunque el corte salió torcido. Tiró del extremo del tubo con el cabestrante auxiliar, y le colocó debajo la carretilla. Unas cuantas manipulaciones más, y la sarta de tubos de ciento veinte menos quedó horizontal en el puente por el otro lado de torre.

Después de esto, sobre la boca del pozo se eleva, como un tocón, un cabo de tres metros. Para que llegara arriba necesitaba un poco de tiempo.

Hay que darle té a Will.

Encorvándose y arrastrando apenas los pies, Kravtsov se dirigió al camarote del escocés. Se sacó las manoplas y se secó la cara, chorreando

sudor y agua de lluvia. La cabeza le daba ligeramente vueltas de cansancio, o puede que, en realidad, por no haber probado bocado en las últimas veinticuatro horas.

Will no se encontraba en el camarote.

Las puertas de la despensa estaban de par en par. Corrió hacia allí. Claro, ¡no faltaba más!, allí estaba junto al hornillo removiendo algo con la cuchara en cacerola.

-¿Qué demonios hace usted aquí? -gritó Kravtsov sin poderse contener de ira-. ¡Ahora mismo se va a acostar!

-Tortas de trigo integral -dijo Will en voz baja-. Yo no me figuraba que se cocían tan lentamente.

Kravtsov calló y se quedó mirando las ojeras azules del escocés.

-Acuéstese -repitió-. Yo mismo las terminaré de cocinar.

-Usted debía haberse hecho carcelero, y no ingeniero de minas -refunfuñó Will y salió a la terraza.

Kravtsov retiró la tetera del hornillo y sirvió dos tés: uno para Will y otro para él. Sorbió unos traguitos y dejó la taza en la mesa. De allí, desde la terraza, se veía cómo se elevaba por el interior de la torre la columna de entubación. Su velocidad había aumentado considerablemente.

Kravtsov echó a correr hacia la torre; pero cuando conectó el soplete, en lugar del agudo dardo azul de plasma a altas temperaturas, ardió, echando humo, una perezosa ancha llama.

Diciendo maldiciones, Kravtsov se acercó con el soplete a la lámpara para ver mejor qué pasaba. Pero apenas hubo dado cinco pasos, cuando el soplete empezó a lanzar el plasma normalmente.

¿Qué novedad es ésta?

Se acercó rápidamente al tubo, aplicó el soplete; pero el plasma se transformó de nuevo en fuego simple. Kravtsov manipuló nerviosamente la palanquita de mando de la válvula, tiraba del tubo flexible, pero nada.

-Ya esperaba esto -sonó a su espalda.

-Oiga, Will, si no se acuesta ahora mismo…

-Apague el soplete, que no va a arder como es debido.

-¿Por qué?

-La autoascensión se acelera y el campo magnético de la tubería ha aumentado. El ionizador de la cortadora fallará estando cerca del pozo. Neutralización, ¿comprende?

-Entonces, ¿qué hacer? -Kravtsov desconectó la cortadora y tiró el soplete sobre la cubierta.

-En el pañol hay sopletes de gas.

-Antigualla -musitó Kravtsov.

-No hay otra solución. Hay que seguir cortando.

Montaron en la carretilla y fueron al pañol. Tuvieron que sacar las botellas de gas del último rincón atascado de diferentes útiles. Will, de súbito lanzó un sordo gemido y se sentó en un cajón. Kravtsov dejó la botella y corrió hacia donde estaba el escocés.

-Nada... Ahora... -Will con mano temblorosa sacó del bolsillo el tubito de cristal y se puso debajo de la lengua dos pildoritas blancas-. Ahora pasará. Vaya usted...

Kravtsov arreó con la carretilla cargada hacia la torre de perforación. Febrilmente y ensangrentándose los nudillos de los dedos, metía las botellas en los asientos de la rampa y fijaba las tuercas de unión.

La cortadora a gas iba mucho más despacio. Se alargaba interminablemente el tiempo, e interminablemente salían de la boca del pozo nuevos y nuevos metros de tubos.

¡Siete metros por minuto!

Tronzaba los tubos como le venían a mano y ya no retiraba los trozos cortados, sólo se apartaba saltando cuando caían retumbando sobre los puentes. La llama azul zumbaba sin cesar, el soplete temblaba en las manos y los cortes salían torcidos.

¿Ha transcurrido una hora? ¿O un día? El tiempo se había perdido. El zumbido de la llama, la caída de los trozos de tubos, y nada más... Un solo pensamiento en el cerebro embotado: «Yo mismo terminaré de cortarlas... Yo mismo...»

Él no vio como Will se acercó andando con dificultad y empezó a observar la presión del gas desconectando las botellas vacías y conectando las llenas de la rampa.

No oyó el roncar de los motores de aviación, ni que junto a la plataforma amarró en el agitado mar un hidroavión blanco, ni que unos rojos botes neumáticos, tripulados por gente con capotes de lona impermeable, se dirigían meciéndose en las olas hacia el desembarcadero.

Una pesada mano se apoyó en su hombro.

-¡Retírese! -rugió en un último esfuerzo haciendo un movimiento brusco para quitarse la mano de encima.

La mano se retiró del hombro; pero no desapareció, sino que le cogió el soplete y otra mano lo apartó suavemente.

Kravtsov levantó la cabeza y se quedó mirando torpemente una cara rígida y arrugada con bigotes negros.

-¿Alí-Ovsad...? -dijo moviendo la lengua con dificultad y se desplomó.

7

En aquellos días, en todos los periódicos del mundo aparecieron pequeñas informaciones de sus respectivos corresponsales en Manila, Yakarta y Tokio, y reproducidas después por los periódicos de provincia.

«Noticias del Océano Pacífico: se ha reanimado el pozo de ciento veinte mil pies de profundidad, abandonado durante el anterior AGI» (New York Herald Tribune).

«Misterioso fenómeno de la naturaleza. Las entrañas de la tierra empujaban a los tubos de perforación desde el interior del pozo superprofundo» (The Times).

«Hazaña de un ingeniero soviético. Veinticuatro horas de lucha tenaz en la isla flotante del Océano Pacífico» (Izvestia).

«El maestro de perforación Alí-Ovsad acude a prestar ayuda» (Bakinskiy rabochiy).

«Lid de un ruso y un escocés con el diablo marino» (Stockholms tidningen).

«Castigo de Dios por la insolente penetración en las profundidades de la Tierra» (L'osservatore romano).

«Estamos alarmados: otra vez ocurre algo cerca de nuestra casa» (Nippon Times).

8

Kravtsov miró el indicador y, frunciendo el ceño, se rascó por debajo de la oreja izquierda. Se había afeitado la barba ese mismo día por la mañana, pero le había quedado la costumbre de rascársela.

Diez metros por minuto... Pronto todo el entubado estará afuera.

Cuatro brigadas, turnándose, cortaban y cortaban los tubos logrando seguir apenas el desenfrenado ritmo de ascenso. La plataforma estaba llena de tubos cortados; la grúa automotriz los cargaba sin cesar en los carros volcadores. De los muelles, se transportaban a las bodegas de un barco de carga de bandera holandesa.

El maestro de perforación Alí-Ovsad se acercó a Kravtsov. Su cutis, curtido por el sol y por el viento, brillaba sudoroso.

-Es doloroso -dijo.

-Sí, es ardoroso -replicó distraídamente Kravtsov.

-Digo que es doloroso. «Una» tubo tan «buena» es doloroso -Alí-Ovsad chasqueó la lengua-. ¡Jim! -le gritó a un muchacho albino y larguirucho con pantalones cortos de cuero-. ¡Ven aquí!

Jim Parkinson saltó de la pasarela y se acercó pasando por encima de los tubos, moviendo sus largos brazos. No obstante su poca edad, Jim era uno de los mejores montadores en las explotaciones petrolíferas de Texas. Se paró balanceándose encima de un tubo y, sonriendo, miró a Alí-Ovsad. La sombra de la verde visera de celuloide caía sobre su alargada cara, las mandíbulas se movían acompasadamente al mascar chicle.

Alí-Ovsad le señaló el gancho del cabestrante auxiliar.

-Suspende el andamio colgante, ¿«bilirsen»? Mete en él a tus muchachos cortadores con autógena y elévalos junto con el tubo. A la misma velocidad de elevación que el tubo, ¿«bilirsen»? -Alí-Ovsad indicó con las manos cómo se elevaba la tubería y junto a ella, el andamio colgante-. ¡Ascensor! ¡Upa! ¿«bilirsen»?

Kravtsov iba a traducir todo esto al inglés, pero resultó que Jim comprendió perfectamente a Alí-Ovsad. Escupió la bolita de chicle, acertando con ella entre sus botas y las de Alí-Ovsad, y dijo:

-¡O.K.!

Después se inclinó y palmeteando amistosamente; al de Bakú en el hombro añadió:

-¡Alí-Ofsait, «boeno»!

Y soltando una carcajada se fue a dar las órdenes a sus muchachos.

Un cuarto de hora después, el andamio colgante arrastrado por el gancho del cabestrante, ascendía junto a la columna de entubación. Un enorme rumano moreno de la brigada de relevo emitió un silbido estridente y gritó:

-¡Arriba, arriba!

El tejano cortador se asomó por la barandilla del andamio colgante y, sonriendo, levantó el dedo pulgar, queriendo indicar que todo iba bien. Después, apuntó con el soplete como con una escopeta y atacó con el fuego el cuerpo gris del tubo.

9

A eso de las siete de la tarde, el chileno Bramulla, representante de la Comisión Geológica, convocó a una reunión en la sala de oficiales.

-Señores, les ruego emitir sus opiniones. -De un trago vació el vaso de fresca limonada y se recostó en el respaldo de la butaca de mimbre-. Will, ¿no quisiera empezar usted?

Will, un poco repuesto del ataque, estaba sentado; al lado de Kravtsov y ojeaba su libreta de apuntes.

-Que mi colega Kravtsov comunique primeramente loa resultados de las últimas mediciones -dijo sin levantar la voz.

-Sí, haga el favor, señor Kravtsov.

-La velocidad de autoascensión es de once metros por minuto -dijo Kravtsov-. Según mis cálculos, con el incremento de velocidad observado, dentro de cuatro horas aproximadamente la columna de entubación habrá sido empujada de la tierra y se hallará fuera del pozo. Su extremo inferior quedará colgado sobre el fondo del océano..

-Permítame, joven -le interrumpió el enjuto austriaco Stamm, único de entre todos los habitantes de la plataforma que iba con corbata, chaqueta y pantalones-. Usted ha empleado la expresión «empujada». Si eso es así, el extremo inferior de la tubería no puede quedar «colgado», como usted ha dicho. Seguramente lo sostendrá lo que lo ha empujado, ¿no es así?

-Posiblemente... -Kravtsov quedó ligeramente confundido-. Sencillamente, es que yo no me he expresado bien. Pasemos ahora a examinar lo referente a la tubería de perforación. Ustedes saben que nosotros la rompimos a cierta profundidad, pero indudablemente, ésta también asciende. Según mis cálculos, su extremo superior se halla ahora a la profundidad de unos siete mil metros, es decir, se eleva por el interior de la columna de entubación, en la parte que se encuentra rodeada de agua. -Kravtsov hablaba despacio, eligiendo cuidadosamente las palabras-. A las seis de la mañana se puede esperar la aparición de la tubería de perforación por la boca del pozo. Propongo...

-Permítame -se oyó la voz tintineante de Stamm-. Antes de pasar a las conclusiones habría que concretar algo. ¿Considera usted, señor Kravtsov, que, junto con la columna de entubación, se empuja también el entubado artificial, en otras palabras, la foca fundida de las paredes del pozo, que representa especie de continuación de la columna de entubación.

-No lo sé -pronunció inseguro Kravtsov. Se intimidaba algo ante Stamm: el austriaco le recordaba al maestro de geografía de su escuela-. Yo, estrictamente hablando, no soy geólogo, solamente soy perforador...

-Usted no lo sabe -repitió Stamm-. Haga el favor de continuar.

-Nuestros obreros cortadores... -Kravtsov tosió-. Los obreros cortadores apenas pueden con el trabajo. ¿Qué va a ocurrir cuando los tubos se empujen..., perdonen, asciendan más de prisa? Propongo enviar un radiograma urgente al centro pidiendo que nos traigan a la plataforma una cuchilla fotocuántica. Nosotros en Moscú tenemos una instalación excelente, la FKN-6A, que corta instantáneamente el material cualquiera que sea la solidez?

-FKN-6A -repitió Bramulla, asintiendo con la cabeza-. Sí, es una buena idea -dijo, mientras tomaba otro vaso de limonada y después agregó-: ¿Por qué se ha callado?

-Todo lo que tenía que decir, está dicho -dijo Kravtsov.

-¡Señor Macpherson!

-Sí -contestó Will-. Pienso lo siguiente. La perforación ha penetrado en una grieta del manto. Un material desconocido, comprimido a enorme presión hasta el estado plástico, ha encontrado salida y empuja la tubería...

-Permítame -intervino Stamm-. Señores, hay que observar cierta lógica consecutiva. Yo vuelvo a insistir sobre la cuestión del entubado artificial. ¿Considera usted...?

-No creo, señor Stamm, que las paredes del pozo puedan estar tan destruidas -dijo comedidamente Will.

-Usted no lo cree -resumió el austriaco-. Sin embargo yo creo que hay que bajar inmediatamente la cámara de televisión y ver qué ocurre con el fondo. En la plataforma hay una cámara de televisión, ¿no es así? Mientras la bajamos, la columna de entubación sale del suelo y nosotros veremos cómo se comporta el entubado artificial. Estoy asombrado, señor Macpherson, de que ustedes no hayan emprendido el descenso de la cámara de televisión desde el comienzo de este fenómeno. Continúe, haga el favor.

-Sí, en lo que se refiere a la cámara de televisión, ha sido una negligencia mía, estoy de acuerdo -dijo Will-. El material que empuja a los tubos, tiene propiedades magnéticas. He realizado mediciones desde el comienzo de la guardia y me he convencido de que los tubos están imantados. Un momento -dijo elevando la voz al ver que el austriaco abría la boca- preveo su pregunta. Sí, los tubos son de aleación antimagnética. Su campo magnético neutraliza el ionizador del soplete de plasma. Le ruego examinar el gráfico general de mis observaciones.

Stamm se puso apresuradamente los lentes y se inclinó sobre el gráfico. Bramulla, resoplando ruidosamente y dilatando los carnosos labios, lo miraba por encima del hombro de Stamm. Alí-Ovsad se inclinó acercando su oreja velluda a Kravtsov, y éste, en voz baja, le traducía lo que decía Will. Después de oírlo todo, Alí-Ovsad se rascó la oreja pensativamente. El viejo maestro, que casi toda su vida había perforado la tierra, estaba desconcertado.

-¿Quiere decir algo, señor Alí-Ovsad? -preguntó Bramulla y Kravtsov se lo tradujo.

-¿Qué decir? Perforación-aperforación de eso yo, claro está, entiendo un poco -contestó con su entonación melodiosa Alí-Ovsad-. Pero esta clase de roca, palabra que en mi vida la he encontrado. Vamos a esperar que salga este material para arriba y entonces veremos.

Stamm levantó la cabeza del gráfico.

-No se puede esperar de ninguna manera. No se sabe qué ha ocurrido en el interior de tierra. La erupción del entubado puede causar fuertes temblores. Señores, yo propongo evacuar a todos en el barco de transporte holandés, después de bajar la cámara de televisión.

-¡De ninguna manera! -gritó Kravtsov-. Usted perdone, señor Stamm, pero yo apoyo la proposición de Alí-Ovsad: hay que esperar y ver qué sigue después de la expulsión de los tubos. ¡Hay que obtener alguna información!

-De acuerdo -asintió Will-. Los instrumentos están aquí y no debemos huir.

En aquel momento todos miraron a Bramulla: a él le pertenecía la última palabra. El regordete chileno reflexionaba pasándose la mano por la cabeza calva.

-Señores -dijo por fin-, la cuestión consiste, a mi entender, en si hay peligro inmediato. Es difícil responder a ello, ya que hemos tropezado con un incomprensible fenómeno de la naturaleza. Pero yo estoy acostumbrado a abordar estas cuestiones como sismólogo. Me parece, colega Stamm, que desde el punto de vista sísmico, no hay peligro inmediato... ¡Caramba! -exclamó de súbito mirando por la ventana-. ¿Qué es eso?

De la boca del pozo emergía el entubado gris, y abrazado a ella de manos y pies y suspendido de la misma había un hombre de gorra y traje de faena azules. Los montadores que estaban abajo le silbaban y gritaban. Del andamio colgante, que se elevaba junto con la tubería, se había inclinado sacando al medio cuerpo el obrero cortador y también gritaba algo con extremado entusiasmo.

-¿Es suyo este muchacho, Jim? -preguntó alarmado Bramulla.

Parkinson, que estaba tranquilamente masticando chicle, meneó la cabeza negativamente.

-Es mi perforador Chulkov-Achulkov, que es poco travieso -dijo Alí-Ovsad y saliendo se dirigió contoneándose por encima de los trozos de tubos hacia la torre.

Todos lo siguieron.

-¿Chulkov-Achulkov? -volvió a preguntar Bramulla.

-No, hombre, no; simplemente Chulkov -sonrió Kravtsov.

Alí-Ovsad gritó algo hacia arriba. Un obrero cortador, cumpliendo la orden del maestro, cortó la tubería unos dos metros por debajo de Chulkov. El trozo de tubo con Chulkov descendió lentamente colgado del gancho.

-¡Salta! -gritó Alí-Ovsad.

Chulkov se apartó del tubo con un movimiento brusco, cayó a gatas y se levantó en seguida frotándose las rodillas. Su redonda cara de niño estaba pálida, los claros ojos miraban atontados.

-¿Qué diabluras son esas? -preguntó severamente Alí-Ovsad.

-He tenido una apuesta con los muchachos -musitó Chulkov buscando con la vista la gorra que había perdido al saltar.

Del grupo de perforadores se destacó un americano rechoncho con un pañuelo de diferentes colores ciñéndole la cabeza. Sonriéndose le alargó a Chulkov un encendedor con complejos monogramas de colores y le dio unas palmadas en la espalda.

Bramulla se dirigió a los perforadores con un pequeño discurso, y las brigadas, riéndose, volvieron al trabajo. El incidente había concluido.

Y solamente Kravtsov notó que a Chulkov le temblaban las manos cuando cogió el encendedor ganado.

-¿Qué le pasa con las manos? -le preguntó en voz baja al muchacho.

-Nada -contestó Chulkov. Y de súbito, levantando la azorada mirada hacia el ingeniero dijo-: El tubo atrae.

-¿Qué dice?

-Atrae -repitió Chulkov-. No con mucha fuerza, es verdad. Como si fuese un imán y yo de hierro...

Kravtsov se apresuró hacia la sala de oficiales donde Bramulla estaba por levantar la reunión.

-Por ahora no vamos a evacuar la plataforma -decía el chileno, y de pronto sonrió y dijo-: Con estos intrépidos muchachos nada nos arredra.

Stamm se alisó los pelos de color lino con un cepillo duro, y se dirigió hacia donde estaba la cámara de televisión, musitando para sus adentros algo de la negligencia rusa y chilena.

Debajo del toldo, Kravtsov llamó aparte a Will y le comunicó lo que le había dicho Chulkov.

-¡¿Esas tenemos?! -exclamó más que preguntó Will.

10

Ya hacía tres horas y pico que descendía la cámara de televisión. El cable se desenrollaba del enorme tambor del cabestrante para grandes profundidades y pasando por las poleas situadas el extremo del brazo de la grúa, se perdía en las oscuras aguas. Un montador semidesnudo de la brigada de Alí-Ovsad, echaba bocanadas de humo de un cigarrillo junto a la borda y, de vez en cuando, miraba el indicador de profundidad del descenso.

Se le acercó Alí-Ovsad.

-Se fuma cuando se va a pasear -dijo severamente-. La mano hay que tenerla en el freno.

-No ocurre nada, maestro -respondió apaciblemente el montador y con un chasquido expelió el cigarrillo fuera de borda-. Todo está automatizado.

-El automatismo es una cosa, y tú otra.

Más bien por costumbre, el viejo maestro dio una vuelta al cabestrante y tocó con la palma de la manó los cojinetes por si se calentaban.

-Es interesante, ¿qué hora será en Bakú? -dijo y sin esperar respuesta se dirigió al camarote donde estaba el receptor de televisión.

Allí, junto a la pantalla estaban sentados Stamm, Bramulla y Kravtsov.

-¿Qué tal? -le preguntó somnoliento y parpadeando Kravtsov.

-Un mar muy profundo -dijo tristemente Alí-Ovsad-. Aún hay que esperar media hora. O una hora -añadió después de pensar un poco.

Por la puerta se asomó la cabeza del radiotelegrafista de guardia.

-¿Está aquí Kravtsov? Le llama Moscú. ¡Rápido!

Kravtsov salió precipitadamente a la terraza.

La plataforma estaba vivamente iluminada, chirriaban los tubos junto a la grúa automotriz, se oían conversaciones en diferentes idiomas. Kravtsov corrió hacia la cabina de la radio.

-¡Aló!

A través de los susurros y traqueteos se oyó una alarmada y querida voz:

-¡Sasha, salud! ¿Me oyes, Sasha?

-¿Marina? ¡Saludos! ¡Sí, sí, te oigo! ¿Cómo has conseguido comuni...

-Sasha, ¿qué les ha ocurrido? Los periódicos hablan de ti, yo estoy muy, pero muy alarmada...

-Aquí todo va bien, ¡no te preocupes, querida...! Diablos, cómo molesta esa música... Marina, ¿cómo estás? ¿cómo están Vovka y mamá? Marina, ¿me oyes?

-Sí, sí, estorba la música... ¡Nosotros estamos lodos bien! Sasha, ¿estás bien de salud? Di la verdad.

-¡Completamente! ¿Cómo está Vovka?

-Vovka ya anda, incluso corre. ¡Se parece a ti más no poder!

-¿Ya corre? -Kravtsov rió de felicidad-. ¡Vaya valentón! Bésale de mi parte.

-¡Bien! Hemos recibido tus revistas en esperanto. ¿te las envío?

-Por ahora no hace falta. Tenemos mucho trabajo. ¡No las envíes por ahora!

En el camarote de Will estaba encendida la luz. Kravtsov llamó a la puerta entreabierta y oyó una voz gruñona:

-¡Adelante!

Will, con la camisa desabrochada y con pantalones cortos, estaba sentado a la mesa examinando sus gráficos. Le señaló una butaca y le acercó los cigarrillos.

-¿Cómo va la cámara de televisión? -preguntó.

-Pronto estará en el sitio. Will, he estado hablando con Moscú.

-¿La esposa?

-Sí. Resulta que los periódicos hablan de nosotros.

El escocés tosió irónica y despectivamente.

-Will, ¿tiene usted familia? Usted nunca me ha hablado de ella.

-Tengo un hijo -contestó Will después de una larga pausa.

Kravtsov tomó de la mesa una figura esculpida en plastilina verde. Era un ciervo con grandes cuernos ramificados.

-No me he comportado del todo correcto con usted -dijo Kravtsov dándole vueltas al ciervo en sus manos-. ¿Recuerda?, yo le grité...

Will hizo con la mano un breve gesto.

-¿Quiere que le cuente una «short story»? -Volvió hacia Kravtsov su cansada cara y se pasó la mano por los canosos y erizados pelos-. En los montes de Escocia hay un desfiladero que se llama Paddy Blanck. En este desfiladero está el eco mejor educado del mundo. Si allí se grita: «¿Cómo está usted, Paddy Black?», el eco responde inmediatamente: «Muy bien, sir, gracias».

-¿Por qué me cuenta esto?

-Por nada. Me he acordado de ello. -Will volvió la cabeza hacia la puerta abierta-. ¿Qué pasa? ¿Por qué ha cesado el ruido en la torre?

La brigada de Parkinson se había agrupado en los bordes de la pasarela de la torre de perforación.

-¿Por qué han dejado de cortar, Jim? -inquirió Will.

-Véalo usted mismo.

La columna de entubación estaba inmóvil.

-¡Eso sí que es bueno! -se asombró Kravtsov-. ¿Será posible que haya cesado la autoascensión?

En ese momento, el tubo tembló y de pronto empezó a ascender rápidamente y, a renglón seguido, descendió hasta la posición anterior e incluso más. La plataforma sufrió una buena sacudida: la transmisión automática de las hélices no tuvo tiempo de reaccionar.

Otra vez se estremeció la columna de entubación, arriba y abajo, después otra embestida, y otra, sin ritmo determinado. La cubierta se escapaba de debajo de los pies, y por ella, con gran ruido rodaban los trozos y tubos.

-¡Cuidado con las piernas! -gritó Kravtsov-. ¡Amarren todo lo que se pueda!

De los apartamientos salieron corriendo los montadores de las brigadas que estaban descansando. Will y Kravtsov se lanzaron hacia el camarote del receptor de televisión. Allí estaba sentado Bramulla con las narices casi en la misma pantalla, y junto a él, de pie, estaban Stamm y Alí-Ovsad.

-¡La columna de entubación galopa! -soltó Kravtsov tomando aliento.

-Ya se lo he advertido a ustedes -contestó Stamm-. Miren qué pasa con el fondo del océano.

En la pantalla del televisor se desplazaba y se derramaba algo gris. La imagen desapareció, después apareció el cuadro lúgubre del fondo oceánico despoblado y accidentado, y de nuevo empezó a moverse todo en la pantalla. Al parecer, la cámara de televisión daba lentas vueltas en el fondo.

En este momento Kravtsov vio que sobre el fondo se elevaba una montaña, se movía, aumentaba y disminuía, y por sus laderas rodaban las piedras, no rápidamente, como en la tierra, sino lentamente, como sin ganas.

Stamm manipuló ligeramente la manilla. La pantalla se enturbió y después, inesperada y claramente, apareció en el ángulo izquierdo un tubo...

-La columna de entubación -exclamó Bramulla.

En la pantalla, el tubo parecía una pajita. Se tambaleó, por debajo de ella se elevó hinchándose un montón de piedras, después otra vez se enturbió todo y en este mismo instante, la plataforma sufrió tal sacudida que Bramulla se cayó de la silla.

Kravtsov le ayudó a levantarse.

-Madre de Dios... Santiago... -musitó el chileno resollando.

-Ya lo he advertido -se oyó la voz de Stamm-. El entubado artificial es expulsado del pozo junto con las rocas. El extremo inferior de la columna de entubación está bailando en una montaña de residuos. No se sabe qué va a pasar en adelante. Hay que evacuar urgentemente la plataforma.

-No -dijo Will-. Hay que subir la columna de entubación colgada del gancho. Lo más pronto posible.

-Muy bien -apoyó Kravtsov-. Entonces dejará de bailar.

-¡Eso es peligroso! -protestó Stamm. Yo no puedo dar mi consentimiento...

-Es peligroso cuando el hombre es imprudente -dijo Alí-Ovsad-. Yo mismo lo observaré.

Todos miraron a Bramulla.

-Suban la tubería -dijo el chileno-. Súbanla y córtenla. Pero de prisa, por todos los santos...

La plataforma temblaba febrilmente.

Alí-Ovsad se puso en el tablero de mandos del motor principal, el gancho empezó a subir tirando de la columna de entubación. Rechinaban los cables y zumbaba la llama azul.

-¡Arriba! -gritaba de vez en cuando Alí-Ovsad siguiendo atentamente la ascensión-. ¡Ya queda poco!

Los trozos de tubos cortados caían sobre la cubierta. Y pronto, cuando la columna estaba ya a bastante altura sobre el fondo, cesó el temblor de la plataforma.

Después, cuando sobre el océano resplandecía la mañana azul, del pozo empezaron a salir los tubos de perforación, empujados por la misteriosa fuerza. El soplete de plasma seguía sin funcionar; el gas cortaba lentamente. Pero ahora se podía instalar el soplete en el dispositivo automático de corte circular. El dispositivo automático subía a la misma velocidad que el tubo, la boquilla de corte iba por las guías circulares alrededor del tubo. Terminado el corte, el dispositivo automático descendía y de nuevo empezaba a subir junto con el tubo.

Pero la velocidad de autoascensión aumentaba sin cesar, el dispositivo automático ya no podía seguir a la tubería y los cortes salían inclinados, en

espiral. Hubo que parar el dispositivo automático y cortar a mano, sentados en el andamio colgante, suspendido del gancho del cabestrante auxiliar.

Los obreros cortadores se relevaban frecuentemente: les extenuaba el extraordinario ritmo del trabajo, aparte de que los días eran calurosos. El barco de transporte, cargado de tubos hasta los topes, zarpó; pero la cubierta alrededor de la torre de perforación, estaba de nuevo llena de trozos de tubos. Por toda su vida recordará la gente estos días llenos de sol radiante, trabajo loco, y esas noches a la luz de los reflectores entre las llamaradas azules del gas.

Por toda la vida se recordará la voz ronca de Alí-Ovsad con su grito de combate:

-¡Arriba, ya queda poco!

11

El hidroavión llegó al amanecer. No sin trabajo, trasladaron a la plataforma los cajones con la instalación fotocuántica FKN-6A.

Kravtsov ojeó las instrucciones. Sí, la instalación la conocía. Era de manejo sencillo, pero parece que ya es tarde para aplicarla.

Doscientos metros de tubos de perforación quedaban aún en el pozo. Ciento cincuenta...

Alí-Ovsad mandó quitar el andamio colgante: era peligroso encontrarse suspendido arriba cuando salían los últimos tubos.

Ciento veinte... Ochenta...

El oriente ardía con el fuego rojo del amanecer, pero nadie le prestaba atención a ello. La plataforma seguía inundada de la penetrante luz blanca de los reflectores. Todos los obreros de las cuatro brigadas terminaban de retirar los tubos, dejando el paso libre. Esto lo había dispuesto Bramulla. Junto a la torre de perforación estaba de guardia un pequeño coche abierto para que, en caso de peligro, los obreros cortadores de guardia pudiesen desplazarse rápidamente hasta la borda de la plataforma.

Entonces, junto al pozo quedaron cuatro; dos cortadores, Kravtsov y Alí-Ovsad.

Sesenta metros...

La plataforma tembló como si la hubiesen empujado y zarandeasen.

-¡Apagar los sopletes! ¡Al coche! -ordenó Kravtsov.

Llevó el coche por el paso libre a la borda de la plataforma y frenó junto al toldo, y allí hubo una nueva sacudida. Kravtsov y los demás saltaron del coche. Sus semblantes estaban pálidos. En el centro de la plataforma se oyó un gran estruendo, un crujido. Los últimos tubos, elevados casi hasta el motón fijo, cayeron, y en el estruendo general parecía que caían sin ruido.

Bramulla gritó algo tomando del brazo a Will, y Stamm, que estaba de pie junto a ellos, quedó inmóvil, como una estatua.

El estruendo cesó un poco. Después de unos instantes de alarmante espera, todos vieron cómo el rotor, arrancado del bastidor, se elevó y deslizó de lado. Un crujido, y el bastidor de acero se rompió. Los extremos rotos de las vigas se doblaron hacia arriba. La cubierta de debajo de la torre se hinchó. Salió esparciéndose el vapor, se sentía el calor.

En la destrozada boca del pozo apareció algo negro, redondo. La negra cúpula crecía rompiendo el tablado. Creció y se transformó en una semiesfera... Unos minutos más y se vio claramente, cómo del interior de la torre se elevaba una gruesa columna cilíndrica.

Kravtsov la miraba fijamente. El tiempo transcurría imperceptiblemente. La columna negra tropezó con el motón fijo, en el vértice de la torre, con estrépito se rompieron las largas piernas de la torre junto a la base.

Alí-Ovsad, de repente, echó a correr hacia la torre. Kravtsov arrancó tras él, lo tomó de los hombros y tiró, de él haciéndole volver.

-¡Ha arrancado la torre! -gritó Alí-Ovsad. Y de pronto, comprendiendo lo absurdo de su movimiento involuntario, abrió las manos con gesto de dolorosa desesperación.

La columna negra subía y subía, llevándose la torre de ciento cincuenta metros.

12

Entonces la plataforma quedó atravesada por la gigantesca columna. Después de haber expelido del pozo a los tubos y de haber atravesado la capa del agua del océano, la columna negra subía recta, como una vela, hacia el cielo, creciendo sin cesar.

La gente de la plataforma se repuso después del la primera conmoción. El regordete Bramulla se encaminó rápidamente a la cabina de radio, Kravtsov se acercó a Will y le preguntó entrecortadamente:

-¿Intentamos cortarla?

Will, recostado sobre la baranda de protección del la borda, miraba la columna con unos gemelos de gran aumento.

-Maldita sea -dijo- si se puede cortar -y le alargó los gemelos a Kravtsov.

La columna tenía unos quince metros de diámetro. Su negra superficie tenía un brillo opaco a la luz de los reflectores. ¿De qué profundidades había salido esta columna cubierta de una corteza vidriosa de minerales fundidos? ¿De qué materiales estaba formada...?

-Hay que hacer algo -dijo Kravtsov-. Si continúa creciendo tan rápidamente, no podrá soportar su peso, se romperá y nuestra plataforma...

-¿Nuestra plataforma? -refunfuñó Will-. No diga tonterías, muchacho. Bramulla se ha puesto en comunicación con la presidencia del AGI, y la administración internacional ya está pasando nuestra plataforma al artículo de gastos irreparables. ¡Al diablo con ella!

-¿Por qué digo tonterías? -Kravtsov se enfadó.

-No sé por qué. ¿No lo comprende? La plataforma no es nada. Amenaza otro peligro mucho mayor.

-¿Qué quiere decir con ello?

Will no contestó. Se volvió y marchó a la cabina de radio.

-¡Si así lo quiere, puedo dejar de hablarle! -gritó en un arrebato Kravtsov.

Se sentía intenso calor. Kravtsov se desabrochó la camisa mojada. Con asombro observaba la negra superficie opaca que ascendía corriendo. «Bueno, que corra -pensó-. Que hagan lo que quieran. Al fin y al cabo esto no me atañe. Mi especialidad es abrir pozos. ¡Diablo, ya alcanza hasta los cielos! No va a poder aguantar su propio peso y se va a caer. Bueno, que se caiga... A mí qué... Yo no soy científico, soy ingeniero y mi tarea es perforar y no...»

Alí-Ovsad que estaba de pie a su lado, le tomó los gemelos de la mano y miró la columna.

-Seguramente es de hierro -dijo Alí-Ovsad-. Hay que cortarla. Seguramente es de buen acero. Hay que cortarla. Vete a preguntárselo al armenio.

-¿A qué armenio?

-Al jefe, a «Bramullán».

De la cabina de radio salieron Stamm y Bramulla. El geólogo austriaco se limpiaba la cara y el cuello con un pañuelo; se había permitido desabrocharse la chaqueta en un botón solamente. Will le decía algo y el austriaco negaba obstinadamente con la cabeza, mostrando su disconformidad.

Kravtsov se les acercó e, interrumpiendo la conversación, dijo con el tono más oficial de que era capaz:

-Señor Bramulla, considero imprescindible empezar inmediatamente a cortar la columna.

El chileno volvió hacia él su cara sudorosa. Sus ojos eran como dos ciruelas negras.

-¿Con qué? -le gritó-. ¿Con qué, le pregunto yo, va a cortarla? Si el soplete de plasma no puede siquiera con los tubos...

-El FKN la corta como una navaja de afeitar -dijo Kravtsov-. Yo estoy dispuesto a empezar inmediatamente...

-¡El está dispuesto a empezar! ¿Ha oído usted, Stamm? ¡Está dispuesto a meterse en ese infierno diabólico! ¡Yo no le permito acercarse a la columna!

-Señor Kravtsov -dijo Stamm con voz acompasada-, mientras no se averigüe la naturaleza de este fenómeno, no tenemos derecho a arriesgar...

-Pero, para averiguar la naturaleza del fenómeno hay que tener por lo menos, una muestra del material, ¿no es eso?

El calor se hacía insoportable; la cubierta vibraba, sacudiendo a todos como gelatina. Los montadores de las cuatro brigadas se hallaban arrimados estrechamente a la baranda de protección de la borda. No se oían las acostumbradas bromas y risas. Muchos atendían a la conversación de los geólogos e ingenieros.

-¡Mi cabeza va a estallar! ¡Yo no puedo retener a la gente aquí en la plataforma! ¡No sé lo que va a pasar! -Bramulla hablaba sin cesar, así se

desahogaba-. Madre de Dios, ¿dónde está el «Fukuoka-maru»? ¿Por qué se retrasan continuamente estos japoneses? ¿Por qué ha de recaer todo sobre mi cabeza?

-Se va a caer -dijo ásperamente Kravtsov-. Inevitablemente se va a caer sobre su cabeza, señor Bramulla, si usted se lamenta en lugar de actuar.

-¿Qué es lo que quiere usted de mí? -gritó Bramulla.

-Nosotros tenemos indumentaria resistente al calor. Permítame...

-¡No lo permito!

Durante unos segundos se miraron en silencio.

En este momento se acercó el larguirucho Jim Parkinson, desnudo hasta la cintura y se llevó la mano a la visera hasta tocarla con el extremo del dedo.

-Sir -le dijo a Kravtsov-, quisiera que usted supiese que estoy a su disposición, si le permiten cortar esta vela del demonio.

El alto rumano se destacó de detrás de Jim, tosió sordamente y chapurreó en ruso que sus muchachos y él también estaban dispuestos.

-¡Todos se han vuelto locos! -gritó Bramulla-. Stamm, ¿qué les responde usted?

-Yo digo que las reglas elementales de seguridad exigen observar extremadas precauciones. -Stamm se desabrochó otro botón.

-¿Y usted, Macpherson? ¿Por qué calla? ¡Por todos los diablos!

-Se puede intentar -dijo Will mirando a un lado-. Probablemente se pueda conseguir un trozo para el análisis.

-¿Y quién es el responsable, eh...?

-Según lo que yo alcanzo a entender, usted no los envía, Bramulla. Ellos se han ofrecido voluntariamente.

Y Bramulla se dio por vencido.

-Pruébelo, señor Kravtsov -dijo con resignación arqueando las cejas-. Pruebe. Sólo que le suplico que vaya con cuidado.

-Iré con mucho cuidado. -Kravtsov, alegre, se encaminó al pañol. Alí-Ovsad se le pegó.

-Ay balam, ¿adonde vas corriendo?

-¡Voy a cortar la columna!

-Y yo contigo.

El maestro observaba como Kravtsov arrojaba por los estantes del pañol los instrumentos y la indumentaria especial, y decía sentenciosamente con su entonación melodiosa:

-Tú aún eres jovencillo. Mamá-papá no los tienes aquí. Los sindicatos aquí tampoco están. Excepto Alí-Ovsad, nadie va a cuidarte...

13

Cinco hombres, con escafandras resistentes al calor, iban lentamente hacia el centro de la plataforma. El grueso vestido de lana de vidrio se atiesaba y rechinaba como la hojalata. Los cinco avanzaban empujando por delante la carretilla con la instalación fotocuántica. La carretilla se

deslizaba tranquilamente por los rieles. Kravtsov, a través del vidrio de la escafandra hermética, miraba fijamente la columna que se aproximaba.

«Que tenga trescientos grados de temperatura -razonaba él-. Quinientos. Es poco probable que tenga más, la enfría mucho la capa de agua que atraviesa... Está claro que el rayo fotocuántico la debe morder. Indiscutiblemente la morderá... Quizá cortarla... No, no se puede: no se sabe cómo va a caer... Pero un trozo lo podemos arrancar».

Cerca de la columna, las chapas de acero arrancadas de la cubierta se retorcían, se movían al andar sobre ellas. Kravtsov, con un gesto ordenó pararse a los camaradas. Se quedó mirando como encantado a la columna que subía a gran velocidad. Unas veces ésta se estrechaba, y entonces, a su alrededor se formaba un espacio por donde podía caer libremente un hombre; otras veces, de repente empezaba a ensancharse enganchando los bordes rotos del tablado y, rechinando, los doblaba hacia arriba.

-Pongan la instalación -dijo Kravtsov, y el la ringófono, apretado a su garganta, transmitió la orden a los cascos laringofónicos de los camaradas.

Chulkov, Jim Parkinson y el rumano Gheorghe sacaron de la carretilla un rollo de cables conductores, desenrollaron las mangas del agua de refrigeración, arrastrándolas hacia un montante de cubierta. Después se acercaron con precaución unos diez metros hacia la columna, fijaron la barra guía en el trípode y conectaron los conductores.

Kravtsov se puso junto al tablero de mandos del concentrador de rubí.

-¡Atención, conecto! -gritó.

El aparato indicó que el emisor de radiaciones había lanzado un haz invisible y extremadamente delgado de luz de una terrible fuerza concentrada.

Pero la columna continuaba ascendiendo como antes a gran velocidad. Su negra corteza fundida era invulnerable, sólo las porciones de vapor se arremolinaron con más fuerza.

Kravtsov de un salto se puso junto a los montadores y él mismo tomó el mango del emisor de radiaciones, y dirigió el haz a través de la columna. El negro material no cedía. Parecía que el haz se fundía en él o... o se desviaba.

-Probemos de más cerca, mister -dijo Jim. Kravtsov desconectó la instalación.

-¡Acerquen la instalación! -gritó-. Un metro más.

-Muy cerca no es conveniente -dijo Alí-Ovsad.

Los montadores arrastraron el trípode acercándolo a la columna, la cubierta se movía bajo sus pies, y de pronto, Chulkov, que estaba delante de todos, gritó y extendiendo los brazos fue en dirección a los bordes rotos del pozo. Iba con pasos torpes directamente hacia la columna. Jim se abalanzó tras él y lo sujetó abrazándole. Por unos momentos forcejearon terriblemente como balanceándose en una cuerda floja, en este momento se les acercó Gheorghe, éste se tomó a Jim, Kravtsov se tomó a Gheorghe y Alí-Ovsad a Kravtsov. Exactamente como en un juego de niños. Retrocediendo se trajeron arrastrando a Chulkov, y éste cayó en la cubierta y se sentó cruzado de piernas. Sus piernas no le sostenían.

Todos miraron a Chulkov en silencio. Se oyó la voz de Alí-Ovsad:

-Pero, ¿cómo es posible? ¿Te has olvidado de las instrucciones de seguridad? ¿Te he enseñado yo así? ¿Por qué te has dirigido hacia la columna?

-Yo no he ido hacia ella -dijo Chulkov con voz ronca-. Ella me ha atraído.

-Vete a descansar -dijo el viejo maestro, y se volvió hacia Kravtsov-: Con esta columna no hay que bromear.

Se puso a convencer a Kravtsov de que había que interrumpir el trabajo y volver al extremo de la plataforma, pero Kravtsov no se daba por vencido. Los montadores retiraron la instalación situándola un poco más lejos, y de nuevo, la espada invisible cruzó la columna y se fundió en ella.

¡Ah, con qué ganas no hubiera cedido Kravtsov! Pero no había nada que hacer. No hubo más remedio que cargar la instalación en la carretilla y volver. A Chulkov aún le temblaban las piernas y Kravtsov le mandó sentarse en la carretilla.

-¿No ha causado efecto? -preguntó Will cuando Kravtsov se liberó de la ruidosa escafandra. Kravtsov negó con la cabeza.

14

El vértice de la columna negra ya se perdía en las nubes y no se distinguía. La base de la columna estaba cubierta de vapor, sobre la plataforma se había extendido una capa de vapor y no se podía respirar. La gente sufría de calor y de la atmósfera irrespirable.

El maestro Alí-Ovsad soportaba mejor que los otros aquel microclima infernal, sin embargo reconoció que incluso en el golfo Pérsico no hacía tanto calor.

-¿No es así, «inglis»? -dijo dirigiéndose a Will con el cual, hacía muchos años había abierto allí pozos submarinos.

-Así es -confirmó Will.

-¿No quieres beber té? Para el calor cae bien beber té.

-No quiero.

-Va muy de prisa -dijo Alí-Ovsad, mirando como ascendía la negra columna-. La presión del estrado es muy grande. Saca el hierro como la pasta de dientes del tubito.

-¿Pasta de dientes? -preguntó Will-. ¡Ah, sí! Una comparación muy acertada.

De la cabina de radio salió resollando ruidosamente Bramulla medio desnudo. Llevaba la cabeza envuelta con una toalla mojada. Tras él salió Stamm, que iba sin chaqueta y se veía claramente que se avergonzaba de su aspecto desacostumbrado.

-¿Qué hay? -preguntó Will-. ¿Dónde está el «Fukuoka»?

-¡Se acerca! ¡Para la tarde estará aquí! ¡Hasta la tarde nos vamos a derretir todos! Stamm, tenga en cuenta que usted se va a derretir antes que yo. Su masa es menor que la mía. Apenas empiece yo a derretirme,

cuando usted ya se habrá convertido en un charco que se evapora formando una nube.

-Una nube con pantalones -refunfuñó Kravtsov, acostado en una «silla de tijera» junto a la puerta de la cabina de radio.

-En el «Fukuoka» viene el académico Tokunaga, presidente del AGI -comunicó Bramulla-. Y el académico Morózov. Y debe llegar en avión el académico Bernstein de los Estados Unidos. ¡Pero mientras aparezcan nos derretimos! ¡Caso nunca visto en mi práctica! He observado tantas erupciones volcánicas, Stamm, que usted no puede ni figurárselo siquiera; no obstante le digo: ¡en tan diabólica situación me encuentro por primera vez!

-Todos nosotros nos vemos así por primera vez -concretó Stamm.

-«Bramullán» -dijo Alí-Ovsad-, vamos a beber té. Contra el calor, el té sienta muy bien.

-¿Qué? ¿Qué dice?

Will tradujo lo que había dicho el maestro.

-¡Señores, yo nunca he bebido té! -gritó Bramulla-. ¿Cómo se puede meter uno en la boca té caliente?, ¡esto es horrible! Pero, vamos, ¿de verdad que alivia?

-Vamos y tú mismo lo verás. -Alí-Ovsad se llevó al chileno a su camarote y Stamm los siguió con mirada de reproche.

Will se dejó caer pesadamente en un diván junto a Kravtsov y enfiló, por milésima vez, los gemelos hacia la negra columna.

-Me parece que se va torciendo -dijo Will-. Se inclina hacia occidente. Mire, muchacho.

Kravtsov tomó los gemelos y miró largamente la columna. «Terrible e inconcebible solidez -pensó-. ¿Qué material será? De conseguir aunque sea un trocito...»

-Con un proyectil acumulativo... -dijo-. ¿Qué piensa usted, Will, un proyectil acumulativo, podría con la columna?

Will negó con la cabeza.

-Creo que solamente la bomba atómica...

-Hombre, eso es demasiado...

No tenían fuerzas ni para hablar. Estaban acostados en las respectivas sillas de tijera, respirando difícil y frecuentemente, y sudando a chorros. Y hasta el anochecer aún faltaba mucho.

En la terraza de la sala de oficiales estaban sentados y semidesnudos los montadores. La conversación en diferentes idiomas ora subía de tono, ora iba desapareciendo hasta cesar. Chulkov, por décima vez empezaba a contar cómo le atrajo la columna y que hubiera sido de él si Jim no llega a tiempo. Mientras tanto Jim, sentado en el peldaño de la terraza, rasgaba melancólicamente el banjo y cantaba con voz un poco ronca:

Oh, Susanna, oh dont cry for me,
For I came from Alabama,
With my banjo on my knee.

-¿Qué es eso? -se oía el rápido hablar de Chulkov-. Al parecer yo no estoy imantado, sin embargo la infame me atrae. Me atrae, y no hay manera de deshacerse de ella. Ahora, pensé, caigo sobre ella y «finita la commedia».

-«Finita la commedia». -Los americanos y los rumanos asentían con la cabeza-. «Magnito».

-¡Eso precisamente! -Chulkov extendió los brazos indicando cómo iba en dirección a la columna-. Tira de mí, comprendes, la gran perra. Menos mal que Jim me alcanzó y me retuvo, si no, ¡adiós!

-¡Adiós! -asentían los montadores.

-Oh, Susanna -suspiraba el banjo.

-Jim «sujetabu» a Chulkov -explicó Gheorghe- Yo «sujetabu» a Jim. ¡Oh! -Gheorghe demostró cómo sujetaba a Jim-. El ingeniero Kravtsov «sujetabu» a «mía»...

-En total: el abuelo del nabo, la abuela del abuelo...

-Después «sujetabu» Alí-Ovsad.

-«Alí-Ofsait» -repitieron con respeto los montadores.

-De continuar así dentro de poco alcanza a la Luna -dijo Chulkov-. ¡Vaya, vaya! ¿Qué esperan los ingenieros? Si llega a la Luna, nos va a dar que hacer...

El rechoncho tejano se puso a contar cómo, hacía ocho años, cuando aún era muchacho y navegaba en un barco ballenero, por sus propios ojos había visto una serpiente de media milla de largo.

Y empezaron los cuentos de miedo. Los montadores, cosa asombrosa, se entendían perfectamente.

Sobre el océano se iban haciendo densas las sombras de la noche. Esta no les aportó nada de frescor. Tal vez el calor fuese mayor. A la luz blanca de los reflectores, la columna envuelta por el vapor parecía una tromba fantástica salida del agua, elevándose sin fin hacia arriba, arriba...

El hombre era incapaz de detener esta carrera. La gente se apretaba a la borda de la isla flotante, tragando el aire caldeado. Abajo, a bastante profundidad, chapoteaba la ola oceánica; pero estaba caliente y no refrescaba.

Bramulla, acostado en una «silla de tijera» observaba la llanura azul negruzca del océano. Sus labios se movían ligeramente. «Virgen Santísima... Virgen Santísima...» emitía apenas. A su lado, inmóvil como una estatua, y de pie, estaba Stamm. Solamente conservaba puestos los calzoncillos, respiraba ruidosamente y se avergonzaba de sus delgadas piernas blancas.

15

El barco diesel-eléctrico «Fukuoka-maru», barco de guardia del AGI, llegó cerca de medianoche. Se puso a la deriva a una milla al noroeste de la plataforma; sus luces prometían una pronta liberación del terrible calor.

Los ascensores para la gente y los montacargas bajaron a todos de la cubierta superior, a la terraza del desembarcadero. En el muelle iluminado con un gran resplandor, la muchedumbre de hombres semi-desnudos con mochilas, maletas y sacos de viaje, tenía un aspecto muy raro. El tablado de acero vibraba bajo sus pies. Brillaban los hombros y espaldas mojadas, y las caras sin afeitar maceradas por el vapor. Alguien descendió por la escala, tocó con el pie desnudo el agua y maldiciendo volvió a subir.

Por fin llegó una blanca lancha de motor del «Fukuoka-maru». Los marinos, diligentes, lanzaron la pasadera e inmediatamente desembarcó corriendo por ella en el muelle una rubia delgada vestida de pantalones claros y pulóver azul claro. Los que estaban en el borde del muelle saltaron a un lado espantados; todo se podía esperar; pero esto, ni pensarlo.

-¡Oh, no se avergüencen! -dijo la mujer en inglés al mismo tiempo que se quitaba del hombro la cámara fotográfica-. ¡Dios mío, qué calor! ¿Quién de ustedes es el doctor Bramulla?

Bramulla, con sus inmensos calzoncillos azules, tosió turbado.

-Señora, mil perdones…

-¡Oh, eso no es nada! -La mujer apuntó con el tomavistas y la cámara empezó a traquetear.

El chileno agitó los brazos protestando y retrocedió. Stamm se introdujo rápidamente en el grupo y empezó a abrir febrilmente la maleta y a sacar unos pantalones y una camisa.

-¿Quién es esa mujer? -preguntó sorprendido Kravtsov a Will-. ¿Es una corresponsal, o qué?

Will no contestó. El miraba a la rubia y en la rendija de sus entornados ojos se notaba algo hostil. Claro está: ¿qué demonios quiere aquí esta mujer? Kravtsov se volvió de espaldas al objetivo del tomavistas.

La mujer le alargó la mano a Bramulla.

-Norma Hampton del Daily Telegraph -dijo-. ¡Qué calor más terrible! No podría usted, señor Bramulla, decirme…

-¡No, señora, no! Se lo ruego, cuando usted quiera; pero no ahora! -Bramulla se volvió hacia el joven japonés vestido de uniforme blanco, que había desembarcado tras Norma Hampton, y esperaba pacientemente su turno-. ¿Usted es el capitán del «Fukuoka-maru»?

-El segundo de a bordo, sir. -El japonés se llevó la mano a la gorra hasta tocar la visera con las yemas de los dedos.

-¿Cuántas personas caben en su lancha?

-Veinte personas, sir.

-Somos cincuenta y tres. ¿Podría usted trasladarnos a todos en dos viajes?

-Sí, sir. Claro está, sin equipaje. Para el equipaje haremos un tercer viaje…

Kravtsov salió en el segundo viaje. De pie en la popa de la lancha miraba la mole de la isla flotante que se alejaba. Las luces de arriba se apagaron y sólo quedó alumbrado el muelle vacío.

¡Mira cómo ha terminado el servicio de guardia en el océano! En realidad, Kravtsov ya no tenía más que hacer allí. Podía volver a la patria en la

primera ocasión que se le presentase. ¡Caramba qué felicidad ver a Marina, Vovka y a la madre! Vovka ya corre, ¡hay que ver!; apenas acaba de cumplir el año. Pasear por Moscú, meterse de cabeza en el tumulto de la capital... En Moscú ya es otoño, lluvias, ¡oh, una lluvia refrescante, qué bien!

Que se las arreglen aquí como puedan loa científicos. Él ya tiene bastante.

Veía cómo el vapor blanquecino se arremolinaba alrededor de la columna. Después, las tinieblas de la noche se tragaron la plataforma y no se veía nada más que la mancha iluminada del muelle.

Oía la voz cascada de la corresponsal:

-A bordo, doctor Bramulla, lo espera la prensa mundial; prepárese para defenderse de sus ataques. Mis colegas querían venir en la lancha, pero el capitán del barco no lo ha permitido. Ha hecho una excepción solamente para mí. Los japoneses no son menos galantes que los franceses. ¿Por qué no se rompe esta columna?

-Señora, yo ya se lo he dicho: no sabemos nada aún de la composición del manto. Mire usted, la enorme presión y la alta temperatura transforman...

-Sí, ya usted lo ha dicho, lo recuerdo; pero a nuestros lectores les interesa si la columna puede elevarse infinitamente.

-Señora -se defendía pacientemente Bramulla-, créame, yo mismo tengo muchos deseos de saber...

El blanco cuerpo de la electronave resplandecía de luces. La lancha se acercó a la pasadera que habían bajado del barco y los «isleños» empezaron a subir en fila india. Al pisar la cubierta del «Fukuoka», fueron deslumbrados por los cegadores relámpagos de los flashes de los corresponsales. La prensa mundial se lanzó al ataque.

-Señores periodistas -se oyó una voz aguda-, les llamo a que sean comedidos. Esta gente necesita descansar. Mañana, a las seis de la tarde, habrá una conferencia de prensa. ¡Buenas noches, señores!

Kravtsov, rodeado de varios corresponsales, miró con agradecimiento al que hablaba, un japonés entrado en años de cara llena de arrugas y con un traje gris.

Un camarero condujo cortésmente a Kravtsov al camarote que le habían destinado, y en un mal inglés le explicó que el cuarto de baño estaba al final del pasillo.

-O.K. -dijo Kravtsov, se echó en el catre estrecho y se desperezó con deleite-. ¡Oiga! -llamó al camarero-. ¿No sabe en qué camarote se ha alojado el ingeniero Macpherson?

-Sí, sir. -El camarero sacó del bolsillo una hoja de papel y la miró-. Camarote veintisiete. En esta borda, sir. Tres camarotes más allá del suyo.

Kravtsov se quedó acostado un poco, los ojos se le cerraban...

Un suave golpecito en la puerta le despertó. El mismo camarero se deslizó en el camarote, puso la maleta de Kravtsov en un rincón, apagó la luz de arriba y sigilosamente cerró la puerta tras sí.

No, no hay que hacerlo así. De eso a la dejadez hay un paso, Kravtsov, haciendo un esfuerzo sobre sí, se levantó. Se tambaleó y tuvo que apoyarse

con las manos en la mesa de escribir. ¿Habrá oleaje, o quizás simplemente sea de cansancio...? «¡Al diablo todo -pensó-. Basta! Mañana mismo entrego eso... Vaya, hombre, ya se me van las palabras de la cabeza... Bueno, eso... La solicitud».

Tomó la ropa interior y salió al largo pasillo cubierto con una alfombra gris. En dirección contraria, acompañado de Bramulla y de Stamm, venía un hombre alto con traje verde claro. Tenía una gran cabellera de pelos canos y ojos penetrantes y alegres. Kravtsov les dejó el paso y musitó un saludo. El hombre alto inclinó la cabeza saludando y Bramulla le dijo:

-Este es el ingeniero Kravtsov.

-¡Ah! -exclamó el desconocido y le alargó la mano a Kravtsov-. Mucho gusto en conocerle. Yo soy Morózov.

Kravtsov, sujetando bajo el brazo el lío de ropa interior, le apretó la mano al académico.

-En Moscú hemos valorado altamente su trabajo en la plataforma, camarada Kravtsov -dijo Morózov-. Usted se ha comportado dignamente.

-Gracias...

El lío de ropa se le cayó al suelo. Kravtsov se inclinó a tomarlo, se tambaleó otra vez y cayó a cuatro pies.

-Acuéstese a dormir -oyó la voz de Morózov-. Ya tendremos tiempo de hablar.

Kravtsov se levantó y siguió al académico con la mirada.

-¡Canalla! -se dijo entre dientes-. No puedes mantenerte de pie, idiota...

En el baño miró su imagen en el espejo y le causó asco. ¡Estaba como para una fotografía! Los pelos desgreñados, la cara sin afeitar y llena de manchas, los ojos hundidos...

Kravtsov se metió a ducharse y estuvo largo tiempo bajo la regadera. La ducha le reanimó y le devolvió el interés por la vida.

En el pasillo había silencio, estaba despoblado y las pantallas de las luces derramaban una luz suave. Kravtsov se paró junto al camarote número 27. ¿Estará durmiendo Will? La puerta estaba un poco entreabierta. Kravtsov se acercó y dobló el dedo para llamar, y de pronto oyó una voz cascada de mujer:

-...Eso no tiene importancia. Sólo que no pienses que he venido por ti.

-Muy bien -contestó la voz de Will-. Ahora, lo mejor que puedes hacer, es marcharte.

-¡Oh, no! -La mujer se rió-. Tan pronto no me marcho, querido...

Kravtsov se alejó rápidamente de la puerta: «¡Norma Hampton y Will! -pensó con asombro- ¿Qué puede haber de común entre ellos...? Al fin y al cabo, a mí no me importa...»

Entró en su camarote. El camarote no estaba mal. Pequeñito, pero acogedor. Se rascó la rala barba. ¿Afeitarse ahora o por la mañana...?

Kravtsov encendió la luz y vio en la mesa un paquete de cartas.

16

Se despertó con un sentimiento de alegría. ¿Qué podría ser? ¡Ah, sí, las cartas de Marina! Las estuvo leyendo y releyendo hasta las tres de la madrugada...

¿Qué hora es? ¡Oh, las diez menos veinte!

Kravtsov se levantó de un salto, corrió las cortinas y abrió la portilla. La mañana azul irrumpió en el camarote. Kravtsov vio la inmensa llanura del océano, el cielo con ligeros pedazos de nubes, y, en el mismo horizonte, la caja de la plataforma cubierta con una capa blanca de vapor. El sol deslumbraba, y Kravtsov no notó en seguida el delgado hilo negro que salía por entre los remolinos del vapor y se perdía en las nubes. Desde aquí, la misteriosa columna no parecía siquiera un hilo, sino un despreciable vello en el potente pecho de la tierra. Una mezquindad que no merecía ni la centésima parte del ruido que había producido en el mundo.

La mirada de Kravtsov se detuvo en una hoja de papel que estaba encima del paquete de cartas. Sonriendo, Kravtsov se llevó la hojita a los ojos y de nuevo leyó las palabras escritas con torcidas letras de imprenta: «Papá, ven pronto, yo te extraño». Vovka lo había escrito guiado por la mano de Marina. Debajo había dibujada una casa, también torcida, y de su chimenea salían rizos de humo. ¡Vaya con Vovka, ya sostiene el lápiz con su manita!

Bueno, ya está bien, hay que ir a desayunar y después buscaré a Morózov. Si él, Kravtsov, no hace falta aquí, a la primera ocasión que se presente...

Sonó el timbre del teléfono y él se estremeció por lo inesperado.

-Alexandr, ¿ha desayunado usted? -oyó la sorda voz de Will.

-No.

-Entonces ya no llega a tiempo.

-¿Qué pasa, Will?

-A las diez sale la lancha. Usted no llega a tiempo. Vaya a desayunar.

-¡Tengo tiempo! -dijo Kravtsov, pero Will ya había colgado.

Kravtsov se vistió apresuradamente y salió al pasillo. En el amplio vestíbulo le salió al encuentro un periodista, pero Kravtsov musitó «Sorry» y siguió corriendo. Vino a parar a un pasillo estrecho donde bramaba un ventilador y comprendió que se había despistado. ¡Atrás! Después de preguntar el camino, salió, por fin, a la cubierta de tolda e inmediatamente vio abajo, lejos, la lancha meciéndose en las olas junto a la borda del «Fukuoka». Saltando los escalones de dos en dos, Kravtsov bajó a la cubierta superior y se paró junto a un grupo de personas a tomar un poco de respiro. En ese mismo momento le llamó Alí-Ovsad:

-¿Por qué has venido? He dicho que no te despierten, que descanses. ¿Te lo ha dicho el «inglis»?

-Sí. ¿Dónde está?

Alí-Ovsad señaló la lancha con el dedo.

-Allí. Tú no vayas, descansa.

-Descansa-adescansa... -dijo Kravtsov para sí con enojo, y escurriendo el bulto se deslizó hacia Bramulla y Stamm, a través del cerrado círculo de

periodistas. Estaban hablando con el ya conocido japonés entrado en años, junto a la pasadera extendida hasta la lancha.

Kravtsov se avergonzó de su somnolencia. Saludó tímidamente y Bramulla, tomándolo del brazo, lo atrajo hacia el japonés.

-Este es el ingeniero Kravtsov.

Las arrugas de la cara del japonés se extendieron en una sonrisa. Aspiró el aire con fuerza y dijo en voz alta:

-Masao Tokunaga. -Y agregó en un ruso bastante correcto-: ¿Ha conseguido usted descansar?

-Sí, completamente...

¡Hombre, mira quién es el célebre académico! En su tiempo, hace veinticinco años, este académico, con el primer grupo de científicos japoneses examinó las cenizas de Hiroshima e intervino con una declaración iracunda contra el arma nuclear. Se decía que Tokunaga tenía unas enfermedad ocasionada por la radiación. La verdad era que su aspecto no era muy bueno que digamos...

-Señor Tokunaga -dijo Kravtsov-. Permítame pasar a la lancha.

-¿Sabe usted con qué misión zarpa la lancha?

-No.

Tokunaga se sonrió reservadamente.

-Yo conozco muy bien la plataforma -dijo Kravtsov sintiendo que se le subían los colores a la cara- y... puedo ser útil...

En este momento se les acercó el académico Morózov.

-Ultimas noticias, Tokunaga-san -le comunicó alegremente-. El localizador señala una altura de la columna de unos treinta kilómetros, y que se desplaza a la velocidad de ochocientos metros por hora; pero esto hay que comprobarlo.

-¡Treinta kilómetros! -exclamó uno de los periodistas.

-Así es. Bueno, ¿ya está todo preparado? -Morózov se puso a bajar la pasadera-. Kravtsov, ¿usted viene con nosotros?

-¡Sí!

-Vamos, pues.

Descendieron y se metieron en la lancha, e inmediatamente un marino, con un empujón, la separó del rellano inferior de la pasadera. La lancha empezó a deslizarse a lo largo de la blanca borda del «Fukuoka». Morózov agitó la mano despidiéndose y Tokunaga respondió asintiendo tristemente con la cabeza.

Kravtsov saludó a Will, Jim Parkinson y Chulkov.

-Usted no podía faltar aquí -le dijo a Chulkov.

-¡Claro está! -se sonrió éste-. Adonde vaya usted, allí voy yo.

-¿Sin desayunar? -le preguntó Will a Kravtsov.

-Eso no es nada -dijo Kravtsov.

Will le miró pensativamente chupando la pipa y echando humo de vez en cuando.

Además de ellos, en la lancha iba un joven rubio a quien no conocía Kravtsov, con una camisa muy pintoresca en la que había un dibujo representando el monte Fujiyama. Estaba ocupado con los aparatos y

hablaba con Morózov en voz baja. Había cinco o seis aparatos. El mayor parecía una botella de gases, y el menor, en un pequeño estuche de madera, lo tenía en las manos el muchacho.

A medida que se acercaban a la plataforma, iban cesando las conversaciones en la lancha. Todas las miradas estaban clavadas en la columna negra que surgía de entre una nube de vapor. En aquel momento ya no le pareció a Kravtsov un delgado hilo inofensivo: tenía algo de horroroso y amenazante.

-Sí-i-i -dijo Morózov después de un rato de silencio-. Vaya rabito que le ha salido a nuestra Tierra madre.

Cerca de la plataforma, el agua estaba intranquila. La lancha se acercó al muelle, y Morózov, antes de nada hizo introducir en el agua un recipiente con un termógrafo para mediciones de temperatura durante largo tiempo. Después trasladaron los aparatos a la cabina del montacargas y subieron a la cubierta superior de la plataforma.

-¡Uf, como en una caldera hirviendo...!

Kravtsov miró preocupado a Morózov: al fin y al cabo era un hombre ya entrado en años, ¿cómo soportaría este calor infernal? Morózov, bañado de sudor, se ponía el traje de lana de vidrio y todos se apresuraron a hacer lo mismo.

-¿Todos me oyen? -se oyó en el casco laringofónico de Kravtsov la voz de Morózov-. Muy bien. Entonces empezaremos las mediciones preliminares. Las Rediciones las haremos cada veinticinco metros. Yura, ¿lo tiene todo preparado?

-Sí, Víctor Konstantínovich -contestó el muchacho rubio. Resultó que era el técnico de loa aparatos.

-¡A empezar!

Jim Parkinson fue siguiendo los rieles hacia el centro de la plataforma desenrollando el metro de cinta. Después de medir veinticinco metros desde la borda, mojó la brocha en el cubo con pintura de aluminio e hizo una señal roja. Morózov apretó un botón y pegó el ojo al ocular que sobresalía del recipiente parecido a una botella de gas. Estuvo mirando largo rato. Su ojo se iluminaba con los relámpagos de luz del ocular. Después, Morózov sacó una libreta de notas, se quitó la manopla de la mano derecha y empezó a escribir.

Mientras tanto, Yura anotaba las indicaciones de otros dos aparatos, y Will estaba atareado con su magnetógrafo. Morózov le encargó a Kravtsov la medición de la radiactividad.

Yura y Chulkov trasladaron los aparatos hasta la señal hecha por Jim, a doscientos veinticinco metros de la columna negra, y se repitieron las mediciones. Jim avanzó con el metro de cinta midiendo los veinticinco metros siguientes, y Kravtsov le observaba preocupado. Claro que la distancia hasta la columna, aún era respetable, pero quién sabía a qué distancia empezaría aquel día a atraer.

-Camarada Kravtsov -se oyó la voz de Morózov-, ¿a qué distancia empezó a atraer ayer a Chulkov la columna?

-Aproximadamente a diez metros.

-No había diez -dijo Chulkov-. Unos ocho.

-No, no -replicó Kravtsov y, echándole una mirada a Jim, lo repitió en inglés.

-Doce yardas exactamente -declaró Jim-, ni una pulgada más.

Morózov rió brevemente.

-Investigadores -dijo-, pongan los aparatos en la carretilla. Parkinson, vuelva usted. Vamos a avanzar juntos.

De pronto, la cubierta empezó a bailar. El larguirucho Jim cayó sobre el cubo con pintura. Yura cayó de espaldas sujetando contra el pecho el estuche con el gravímetro de cuarzo. Will fue lanzado contra Morózov. Al pie de la columna empezó a arremolinarse apresurada y furiosamente el vapor, y la plataforma se cubrió de una capa blanca.

Poco a poco disminuyeron las sacudidas hasta desaparecer. El aire extendía el manto de vapor y lo empujaba hacia arriba. Cinco hombres con trajes grises azulados de lana de vidrio permanecían de pie agrupados, impotentes ante el amenazador poderío de la naturaleza.

-Parece que ha aumentado la velocidad de la columna -dijo Will elevando la cabeza y entornando los ojos tras la pantalla transparente.

-Eso lo dirán las mediciones del localizador -dijo Morózov-. Bueno, adelante.

Y los obstinados hombres se acercaban paso a paso a la columna, empujando por delante la carretilla con los aparatos y desenrollando el metro de cinta.

Las mediciones a la distancia de 200 metros duraron hora y media Tuvieron que esperar a que el gravímetro de péndulo, perturbado por las sacudidas, adquiriese el estado normal.

A 150 metros, Morózov ordenó a todos atarse con una cuerda.

A 100 metros Jim observó que la pintura del cubo hervía y se evaporaba. Entonces Yura le dio un trozo de tiza.

A 75 metros Will se sentó retorciéndose en la carretilla y lanzó unos gemidos.

-¿Qué le pasa, Macpherson? -se oyó la voz preocupada de Morózov. Will no contestó.

-Me lo llevaré a la lancha -dijo Kravtsov-. Es un ataque cardíaco.

-No -se oyó la débil voz de Will-. Ahora pasará.

-Inmediatamente a la lancha -ordenó Morózov. Kravtsov tomó a Will por debajo de los brazos, lo levantó y se lo llevó hacia la borda. Oía la respiración jadeante de Will y le repetía continuamente:

-No se preocupe, viejo amigo, no se preocupe...

En la cabina del ascensor le pareció que Will había perdido el conocimiento. Kravtsov se asustó de veras, se puso a zarandearlo, le quitó el casco y también se quitó el suyo. El ascensor se paró, Kravtsov abrió la puerta y gritó:

-¡Eh, de la lancha!

Dos diligentes marinos japoneses corrieron al muelle y le ayudaron a Kravtsov a quitarle la escafandra de Will. Con un débil movimiento de la mano, el escocés señaló un pequeño bolsillo por debajo del cinturón de sus

pantalones cortos. Kravtsov lo comprendió, sacó del bolsillo un tubito de vidrio y le introdujo en la boca de Will una pildorita blanca.

-Otra -dijo Will entre estertores.

Se lo llevaron a la lancha y lo acostaron en el estrecho banco de la popa. Uno de los marineros le colocó debajo de la cabeza un chaleco salvavidas de corcho.

-Llévenlo urgentemente al barco -dijo Kravtsov en inglés al brigada-. ¿Me comprende?

-Sí, sir.

-Dejen al señor Macpherson en manos del médico y regresen.

-Sí, sir.

La lancha desatracó y se alejó del muelle. Kravtsov se quedó un poco siguiéndola con la vista. «Will, amigo -pensaba con alarma-. Siento mucho apego por usted. Will, usted no debe... Usted es un hombre fuerte...»

Sólo entonces se dio cuenta de que el sol ya se inclinaba hacia occidente. ¿Cuántas horas llevaban en la plataforma...? Por el cielo se deslizaban las nubes, compactas, densas, se arrastraban hacia el sol encendiéndose y despidiendo un fuego anaranjado.

El calor sofocante apretaba la garganta como un perro de presa. Kravtsov se puso el casco y se metió en la cabina del ascensor. Después, andando lentamente por la cubierta superior envuelta por el vapor, experimentó una sensación extraña como si todo aquello no estuviese ocurriendo en la Tierra, sino en un extraño planeta. Se reprendió a sí mismo por estos pensamientos absurdos.

Se acercó a las figuras azul grisáceas, que aún estaban haciendo mediciones en la línea de referencia de 75 metros, y oyó la pregunta que le hizo Morózov, a la cual contestó que había enviado a Macpherson al barco.

A Morózov le preocupaba algo. El mismo comprobaba las indicaciones de todos los instrumentos.

-Un salto brusco -musitó-. Vamos adelante. Manténganse todos juntos.

Avanzaron codo con codo empujando por delante la carretilla en la que estaba el recipiente con el gravímetro de péndulo. Los demás instrumentos los llevaban en las manos. Jim iba desenrollando el metro de cinta.

No habían avanzado ni quince metros cuando de pronto, la carretilla, sola, empezó a deslizarse por los rieles hacia la columna.

-¡Atrás! -la voz de Morózov resonó como un golpe en los oídos. La gente retrocedió. La carretilla con el recipiente del gravímetro se deslizaba cada vez con más rapidez, arrastrada por una fuerza misteriosa. Una nube de vapor se la tragó y, después, surgió de nuevo en un claro. Allí, donde terminaban los carriles, la carretilla dio un salto, como efectuado en un trampolín, apareció por un instante como una mancha gris y desapareció entre los remolinos de vapor.

-¡Mírenla! -gritó Chulkov señalando con la manopla.

A la altura de unos veinte metros, por entre los remolinos fragmentados de vapor, se veía la columna ascendiendo a la carrera y llevándose el recipiente del gravímetro, y un poco más abajo, se le había pegado la carretilla... Un instante después, ya habían desaparecido entre las nubes...

La gente, pasmada, seguía mirando con la cabeza levantada.

-¡Abur! -gritó Chulkov señalándola con la manopla.

Jim soltó una maldición.

Kravtsov sintió un gran cansancio. Como si las piernas fuesen de plomo y la escafandra pesase diez toneladas. En las sienes percibía el repique lento de unos martillos.

-Basta por hoy -oyó la voz de Morózov- Vamos a la lancha.

17

-¿Quiere té? -le preguntó una mujer.

-No -contestó Will.

Estaba acostado en su camarote. Los enjutos brazos con las sobresalientes venas estaban extendidas por encima de la manta azul clara, y las manos cerradas. Su cara, bronceada y pálida al mismo tiempo, estaba inmóvil, como la de una esfinge. La mandíbula inferior, cubierta de pelo canoso, sobresalía singularmente.

Norma Hampton estaba sentada junto al catre de Will y observaba su cara inmóvil.

-Yo quisiera hacer algo por ti.

-Lléname la pipa.

-No, Will, eso no. No debes fumar.

Will calló.

-¿Ahora no te duele tanto?

-Ahora no tanto.

-Hace tres años no te quejabas del corazón. Estás extenuado de trabajo. Te lanzas a los sitios más funestos. En estos tres años no has pasado en Inglaterra ni tres meses.

Will seguía callado.

-¿Por qué no me preguntas cómo he venido a parar al Japón?

-¿Cómo has venido a parar al Japón? -preguntó indiferentemente.

-¡Oh, Will...! -Respiró intermitentemente y se inclinó hacia adelante-. No te figures que todo me ha ido bien estos tres años. Él resultó... Bueno, en resumen, en el mes de junio, cuando se desocupó la plaza de corresponsal en Tokio, la pedí y me marché separándome de él.

-Tú siempre te marchas -dijo Will con voz tranquila.

-Sí -y sonrió tristemente-. Ese es mi carácter... Mira lo que te digo, Will: tengo muchas ganas de volver.

Will estuvo largo rato callado. Después la miró de soslayo.

-¿No te duelen las orejas? -le preguntó.

-¿Las orejas?

-Sí. Los pendientes deben ser muy pesados.

Norma se llevó los dedos involuntariamente hasta los pendientes, grandes triángulos verdes con labrado.

-Por los periódicos me enteré que estabas aquí, en la plataforma, y comprendí que esta era mi última ocasión. Telegrafié a la redacción y zarpé en el «Fukuoka».

-Vete -dijo Will-. Quiero dormir.

-Tú no quieres dormir. Nosotros ya no somos Jóvenes, Will. -La voz de la mujer sonó un poco cascada-. Yo te llenaría la pipa y plantaría rosas y petunias en el jardín frente a la casa. Basta ya de vagar por el mundo. Estaríamos todo el tiempo juntos. Todas las tardes, Will... Todas las tardes que nos quedan...

-Escucha, Norma...

-Sí, querido.

-¿Howard, te escribe?

-De tarde en tarde. Cuando necesita dinero. Nosotros ya no le hacemos mucha falta.

-Yo, por lo menos.

-No obstante es nuestro hijo. Y tú podrías, Will...

-No -dijo-. ¡Basta! ¡Basta!, ¡diablo!

-Bien, hombre -y le pasó la mano acariciándole la pierna por encima de la manta-. Tranquilízate. ¿Quieres té?

Llamaron a la puerta.

-Adelante -dijo Will.

Entró Kravtsov, desgreñado, con la camiseta desabrochada y ampliamente abierta en el pecho, y con los pantalones arrugados.

-¿Qué tal, cómo se encuentra aquí? -empezó desde la puerta y se quedó cortado-. Perdonen, ¿no les molesto?

-No. Norma, el ingeniero Kravtsov de Rusia. Kravtsov, Norma Hampton, corresponsal.

Norma sacudió su dorada mata de pelo y sonriendo le extendió la mano a Kravtsov.

-Encantada de conocerle. En todo el mundo se ha hablado de usted, mister Kravtsov. Los lectores del Daily Telegraph se alegrarán de leer unas cuantas palabras que usted les dedique...

-Espera, Norma, eso después -dijo Will-. ¿Hace mucho que ha regresado de la plataforma?

-Ahora mismo. ¿Cómo se encuentra?

-El médico, al parecer, me ha metido en cama para rato. Bueno, ahora cuente usted.

Kravtsov, emocionado y apresurándose, le contó cómo la negra columna había atraído y se había llevado la carretilla con el recipiente del aparato.

-¡Hombre, mira qué cosa! ¿Qué será eso, un fenómeno magnético o, quizás, de gravitación?

-No lo sé, Will. Una anomalía.

-¿Y qué dice Morózov?

-Morózov calla por ahora. Sólo ha dicho que la fuerza horizontal de atracción crece a medida que se aproxima a la columna, pero no proporcionalmente a la distancia, sino progresivamente.

-¿Qué va a ocurrir?

-¿Qué va a ocurrir? Nuevas mediciones, ya que las de hoy han sido las primeras y muy imperfectas. Ahora están instalando en la plataforma instrumentos de acción continua y de gobierno a distancia. Estos van a transmitir todos los datos al «Fukuoka-maru». Bueno, Will, me alegro de encontrarlo mejor y me despido.

-Mister Kravtsov -dijo Norma Hampton-, usted debe hablarme con más detalle de la columna.

Kravtsov la miró detenidamente.

«¿Cuántos años tendrá? -pensó-. La cara es joven, y la figura... Pero las manos son viejas. ¿Treinta? ¿Cincuenta?»

-¿Ha comido usted algo hoy? -preguntó Will.

-No.

-No sea loco. Vaya ahora mismo a comer. Norma, deja en paz al señor Kravtsov.

-A las ocho va a haber una conferencia de prensa, missis Hampton -dijo Kravtsov.

-¿Por qué a las ocho? La habían citado a las seis.

-La han aplazado hasta las ocho.

Kravtsov saludó con una inclinación de cabeza y se dirigió hacia la puerta, la abrió y se encontró cara a cara con Alí-Ovsad.

-¡Cuidado, eh! -dijo el viejo maestro, llevando en la mano una tetera pintada con florecillas color rosa-. Ya me figuraba que tú estabas aquí. Vete a comer -le dijo severamente-. Andas de una parte a otra y te has olvidado por completo de comer.

-Voy, voy. -Sonriendo, Kravtsov empezó a alejarse por el pasillo. A causa del hambre sentía náuseas.

Alí-Ovsad entró en el camarote de Will, miró de reojo a Norma y puso la tetera en la mesa.

-Bebe té, «inglis» -le dijo-. Yo mismo lo he preparado. El té es bueno, azerbaidzhano. Este té no lo hay en ninguna parte.

18

Un abigarrado manto de nubes cubrió el océano. El viento empezaba a arreciar y las sombras vespertinas se hacían más densas. En el «Fukuoka-maru» se encendieron las luces. El barco se balanceaba.

A la entrada del salón en que debían tener lugar la conferencia de prensa, un joven de mejillas sonrosadas retenía del codo a Kravtsov.

-Camarada Kravtsov -dijo mirándole amistosamente con sus sonrientes ojos grises-, invisible camarada Kravtsov, permita que me presente: Oloviánnikov, corresponsal especial de «Izvestia».

-Tanto gusto -Kravtsov le apretó la mano.

-Ayer no quise molestarlo, y hoy por la mañana he intentado retenerle del faldón, pero usted iba a gran velocidad y no pude alcanzarle. Usted, como hombre bien educado, se excusó...

-¿Era usted? -Kravtsov se sonrió-. Perdóneme, camarada Oloviánnikov. Ahora se lo digo en ruso.

-Con mucho gusto, Alexandr Yitálievich. Quizás le interese saber que antes de salir en avión de Moscú, llamé por teléfono a su mujer...

-¡¿Usted llamó por teléfono a Marina?!

-Llamé a Marina y de sus palabras deduje que le aprecia entrañablemente.

-¿Qué más dijo? -gritó Kravtsov tomándole gran simpatía al sonriente corresponsal.

-Dijo que tenía muchas ganas de verle, que en casa todos están bien, que su Vovka es un pillo y que con su carácter le recuerda cada vez más a su padre...

Kravtsov rió y empezó a estrechar efusivamente la mano de Oloviánnikov.

-¿Cómo se llama usted? -le preguntó.

-Lev Grigórievich. Si quiere, me puede llamar sin el patronímico. Su madre está bien y también me pidió saludarle en su nombre y decirle que le espera. Con Vovka ni pude hablar, estaba durmiendo como un lirón. Marina me pidió traerle unas revistas en esperanto, pero yo, por desgracia, llevaba mucha prisa: tenía que ir al aeropuerto...

-¡Muchísimas gracias, Lev Griegórievich!

-No hay de qué.

Entraron en el salón y se sentaron juntos en un diván arrimado a la pared.

Esperando que diera principio la conferencia, corresponsales de todo el mundo hablaban ruidosamente, fumaban y reían. Norma Hampton acorraló en un rincón a Stamm y, blandiendo su melena leonina y el cuaderno de notas, le sacaba al austriaco ciertos datos. Alí-Ovsad, ataviado de traje azul, con todas sus órdenes, se acercó a Kravtsov y se sentó a su lado, obligando a los vecinos a apretujarse. Kravtsov le presentó a Oloviánnikov, y Alí-Ovsad empezó inmediatamente a contarle al corresponsal sus antiguas y complejas relaciones con la prensa.

-De mí han escrito mucho -se oían deslizarse gravemente sus palabras-. Siempre han escrito: «El maestro Alí-Ovsad está en la torre de perforación». Yo lo leía y pensaba: «¿Es que Alí-Ovsad siempre está en la torre de perforación? Alí-Ovsad tiene familia, mi hermano es agrónomo, entiende mucho de viñas, tiene hijos. ¿Por qué hay que escribir siempre que el maestro Alí-Ovsad está en la torre de perforación?»

-Tiene razón, Alí-Ovsad -dijo riendo Oloviánnikov-. Reconozco el estilo de nuestros periodistas. Se las pintan solos para convertir al hombre en una estatua...

-¡Bravo, muy bien dicho! -Alí-Ovsad elevó el nudoso dedo-. Transformar el hombre en estatua. ¿Por qué escribir esas palabras? ¿Es que no hay otras palabras?

-Las hay, Alí-Ovsad. Eso es lo más difícil, encontrar otras palabras, las verdaderas. Con las prisas, no siempre se consigue...

-Pues no te apresures. Si cada uno se apresura en su trabajo, el trabajo va a llorar.

En el salón entraron Tokunaga, Morózov, Bramulla y dos personas desconocidas para Kravtsov. Se dirigieron a la mesa presidencial y se sentaron. En el salón cesaron las conversaciones.

Tokunaga se levantó. Relampaguearon los flashes. En el silencioso salón resonó la aguda voz del japonés:

-Señores periodistas, en nombre de la presidencia del AGI tengo el honor de abrir esta conferencia de prensa. De antemano les advierto que por ahora les vamos a comunicar solamente los primeros datos y algunas suposiciones que, y esto lo subrayo, de ninguna manera pretenden ser verdades absolutas y necesitan ser comprobadas reiteradas veces.

Dos intérpretes traducían el discurso suave y algo ceremonioso del japonés, al ruso y al inglés.

-Empecemos, pues, ¿qué ha pasado? -continuó Tokunaga-. Hace seis años a la profundidad de cuarenta y dos kilómetros del nivel del océano, se paró la perforación del pozo superprofundo. La barrena dejó de perforar la roca, y por causas inexplicables fue imposible sacar los tubos. Seguramente ustedes recordarán las discusiones e hipótesis de entonces. Nosotros establecimos entonces una guardia internacional junto al pozo, y no fue en vano. Ahora, a los cinco años y pico, ha ocurrido un nuevo acontecimiento, y más serio. Les recuerdo previamente que el pozo se abría en el fondo de una profunda fosa marítima, donde, según nuestros cálculos, el espesor de la corteza terrestre es notablemente menor. No se sabe lo que ocurrió después: si el pozo tropezó con una grieta profunda, o si la perforación por medio del plasma perturbó los estratos inferiores.

»Se puede suponer que la columna negra es un material de las grandes profundidades, que se encontraba en estado plástico debido a las altas presiones, y que ha encontrado en algún sitio menos resistencia y ha subido hacia los límites de la corteza terrestre. Al encontrar en su camino el pozo, empezó a subir muy despacio, pero, después su movimiento ascensional se hizo cada vez más acelerado. Alguien ha comparado esto muy acertadamente con la salida de la pasta de los dientes al apretar el tubo. Este material, como ustedes saben, empujó y sacó del pozo la tubería y, ensanchando notablemente el pozo, continúa elevándose formando una columna, la cual está inclinándose hacia el occidente. La composición química y la estructura física de la columna no se conocen por ahora. Señores, el caso es que muchos científicos consideran que la tabla periódica de Mendeleiev es justa solamente a las presiones y temperaturas corrientes. Pero a grandes profundidades, donde las presiones y las temperaturas son enormes, la estructura de las capas electrónicas de los átomos varía: como si se comprimieran las órbitas de los electrones. Y a una profundidad mayor, las capas electrónicas de los átomos se mezclan. Aquí, todos los elementos adquieren nuevas propiedades. Aquí no hay hierro, ni fósforo, ni uranio, ni yodo, no hay elemento alguno; solamente hay cierta sustancia universal de carácter metálico. Así lo suponemos nosotros. Ustedes seguramente sabrán que las tentativas de obtener una

muestra del material de la columna, por desgracia, han fracasado. Lo que es indiscutible es el hecho de que este material tiene propiedades singulares...

19

Era ya pasada la medianoche cuando Kravtsov salió del salón lleno de humo de tabaco. Le dolía la cabeza y la espalda ¿Ir a ver al médico y tomarse alguna píldora? ¿Pero cómo encontrar la clínica en esta ciudad flotante...?

Alí-Ovsad y Oloviánnikov se perdieron entre el grupo de corresponsales que después de la conferencia de prensa echaron a correr hacia la cabina de radio.

Kravtsov no sabía exactamente en qué pasillo se hallaba su camarote. Descendió por la primera escalera que vio. Otro pasillo solitario cubierto con una estera de yute. Puertas y más puertas... Y los números de los camarotes son pares. Hay que pasar a la otra banda. En general tendrá que aclarar la distribución de las cosas en el «Fukuoka-maru». Al parecer, aquí habrá que pasarse más de dos días.

De cansancio, apenas podía arrastrar los pies deambulando por el pasillo, y de su cabeza no salía la empalagosa tonadilla de «Ha crecido la hierba en el caminito... por donde pasó el pie querido...»

Adelante se oyó un fragmento de conversación en inglés y se oyó una explosión de risa. Después se oyeron las notas melancólicas de un banjo. Se abrió la puerta de uno de los camarotes y salieron al pasillo el tejano rechoncho y otros dos montadores de la brigada de Parkinson. Estaban algo bebidos.

-¡Hola, ingeniero! -exclamó el tejano-. ¿Qué han decidido con los señores científicos?

-Por ahora no se ha decidido nada -contestó cansado Kravtsov.

-Resulta que les pagan dinero en vano.

Kravtsov miró la enrojecida y alterada cara del tejano y sin decir nada siguió adelante; pero en ese momento, uno de los montadores lo detuvo.

-Un momento, sir. Mire usted, a Fletcher -y señaló con la cabeza al tejano-, le interesa saber si esta maldita columna va a caer sobre América. Tiene muchos familiares en América y le preocupa...

-Que les escriba diciéndoles que apuntalen sus casas -dijo Kravtsov.

Los montadores se caían de risa. Del camarote vecino se asomó Jim Parkinson con su banjo. Saludó a Kravtsov con una inclinación de cabeza y dijo:

-Fletcher, vete a dormir.

-Yo iría con mucho gusto -sonrió irónicamente el tejano-; pero la desgracia es que tengo miedo de volverme negrito en sueños...

Otra explosión de risa.

Kravtsov, frunciendo el ceño por el dolor de cabeza, siguió adelante por el pasillo.

«Ha crecido la hierba en el caminito... por donde pasaron... salvajes gatitos...»

Dobló hacia el pasillo transversal y por poco se da de narices con Alí-Ovsad.

-Ay balam, ¿adonde vas? Yo ya he estado allí, y allí no está nuestra calle. Un barco tan grande... hay que poner en la esquina un guardia de tránsito.

-Efectivamente... ¿Adonde va esta escalera?

Subieron la escalera y se vieron en la cubierta superior. Aquí todo era más comprensible. Pasaron a la cubierta de tolda y se sentaron, mejor dicho, se acostaron en unas sillas de tijera.

El barco se balanceaba y crujía. Iluminadas por las luces de topes, se veían las oscuras nubes flotar a baja altura.

-Va a llover -dijo Alí-Ovsad.

Kravtsov, aspirando profundamente el aire fresco de la noche, miraba las nubes pasar corriendo continuamente sobre el barco.

¿Qué tonterías ha dicho este Fletcher? -pensó-. «Tengo miedo de volverme negrito en sueños», ¿qué significa esto?

-Sasha -dijo Alí-Ovsad-, ¿recuerdas lo que dijo el periodista grueso? Dios se ha enfadado con los perforadores y les ha enviado la columna negra.

Kravtsov sonrió al recordar la pregunta del periodista del «Christian Century», de si no era la columna una advertencia de Dios; y la respuesta de Tokunaga rogando que, en vista de que no había pruebas serias para demostrar la existencia de dioses, y que el tiempo apremiaba, planteasen preguntas ateniéndose a la realidad.

-Tan bien vestido; se parece a un ministro, y no sabe que no hay Dios. -Alí-Ovsad chasqueó con la lengua-. Y yo creía que era un hombre culto.

-Hay muchas clases de personas, Alí-Ovsad. Mire usted, su amigo Bramulla también tiene la costumbre de invocar a Dios.

-¡Bah! Eso es solamente una costumbre. Sasha, yo no he comprendido del todo por qué el japonés ha mencionado a Hiroshima.

-¿A Hiroshima? Porque ese periodista de camisa con colores, parece que del «New York Post», preguntó de dónde salía en general la energía, o algo por el estilo. Y Tokunaga contestó que, según Einstein, la energía es igual al producto de la masa por el cuadrado de la velocidad de la luz en el vacío y, por lo tanto, un gramo de cualquier sustancia encierra una energía sin revelar, según parece, de veinte y pico billones de calorías. Esta energía puede revelarse por varios métodos. Y añadió, que una revelación particular de esta energía la conocieron muy bien los japoneses en Hiroshima...

Kravtsov calló. Qué frase más extraña la de Fletcher, «tengo miedo de volverme negrito», recordó de nuevo, y de pronto comprendió su sentido. Lo comprendió y se puso sombrío.

El tirador de la puerta chirrió. A la izquierda apareció un espacio ovalado iluminado. De los apartamientos interiores salieron a la cubierta de tolda varias personas que hablaban en voz alta, se reían y manipulaban sus encendedores. Uno de ellos se acercó a las «sillas de tijera» de Kravtsov y Alí-Ovsad.

-Mira dónde están ustedes -dijo. Era Oloviánnikov-. No se han acomodado ustedes mal -y se echó también sobre una «silla de tijera»-. El diablo sabe qué hay que trasmitir a la redacción -se quejó-. Confuso, confuso está todo... Con gran trabajo pude acercarme a Morózov, le pedí que escribiera aunque fuesen unas palabras para «Izvestia» y se negó. Es prematuro... Alexandr Vitálievich, ¿usted sabe algo de la teoría del campo unificado?

-Solamente sé que aún no existe. ¿Por qué lo pregunta usted?

-Morózov la ha citado de pasada. El tiene su punto de vista sobre ello... Yo me represento el magnetismo. Puedo, con cierto esfuerzo mental, representarme el campo gravitatorio. Pero, ¿qué campo ha surgido alrededor de la negra columna? ¿Qué componente horizontal activa de la gravedad es esa?

-Todo eso está relacionado entre sí -dijo Kravtsov-. Hace falta una teoría que una todas las teorías de los campos. ¿Qué había antes?: una teoría del éter, y nada más. Y parecía inquebrantable... yo creo que pronto aparecerá la teoría del campo unificado.

-Yo también lo creo -respondió Oloviánnikov-. Si no hay una discordancia terrible... ¿Sabe lo que le preocupa a Morózov?

-¿Qué?

-La ionosfera. Pronto, dice, la columna llegará a la ionosfera, y quiso decir algo más, pero intercambió una mirada con Tokunaga y se calló. ¿Qué cree usted que pueda ser?

Kravtsov se encogió de hombros.

-Caso asombroso -dijo-. De algunos problemas cósmicos estamos mejor enterados que de las entrañas del propio planeta. Nuestro pozo representa menos del uno por ciento del camino hacia el centro de la Tierra, y ya hemos tropezado con un fenómeno de tal clase... No sabemos, no sabemos nada de lo que tenemos bajo los pies... -Se calló un momento y, después, levantándose dijo-: Pero de todas maneras lo vamos a saber. Nuestro pozo es sólo el comienzo.

20

A Kravtsov lo despertó un retumbante disparo como de cañón. Se levantó y se lanzó hacia la portilla. El cielo oscuro estaba cubierto por completo de nubes de tormenta. Brilló un relámpago, y se oyó de nuevo el estampido de un prolongado y estruendoso trueno. El vaso de la repisa del lavabo y las anillas de cobre de la cortina resonaron con su fino tintineo.

Kravtsov se vistió apresuradamente y fue corriendo a la cubierta de tolda. Junto a la borda del lado de la plataforma se había agrupado la gente, que conversaba alarmada. Los frecuentes estallidos de los truenos no dejaban oír las palabras.

Habitualmente, a aquellas horas, en el océano resplandecía una mañana azul; pero en aquel momento parecía una medianoche cerrada. Como si todas las nubes tormentosas del mundo fueran atraídas por la negra

columna. Los haces de relámpagos salían despedidos de las nubes y caían sobre la columna, y el cielo se despedazaba del estruendo en aumento.

¡Un espectáculo fantástico! Los relámpagos iluminaban el océano intranquilo, y éste parecía más claro que el sombrío cielo. En el horizonte, brillantes puñales se batían en duelo junto a la columna envuelta de vapor.

Empezó a llover torrencialmente.

Kravtsov vio a Bramulla y se acercó a él. Aquél se había agarrado con las manos a la baranda y sus labios se movían.

-¡Oh, Santiago de Barrameda! -musitaba-. ¡Virgen morena de Montserrat...!

Stamm, que se hallaba al lado, inmóvil y callado, volvió hacia Kravtsov su pálida cara y saludó con una inclinación de cabeza.

-¡Vaya tormenta! -gritó Kravtsov-. Nunca he visto igual...

-Nadie ha visto otra igual -contestó Stamm y un estallido se tragó sus palabras.

El «Fukuoka» se balanceaba fuertemente. Agarrándose al pasamanos, Kravtsov fue hacia la escalera, bajo el pasillo y tocó a la puerta del camarote de Will. Respondió una voz desconocida. Kravtsov entreabrió la puerta y en ese momento el barco dio un bandazo y Kravtsov entró disparado en el camarote y por poco derriba a un japonés con bata blanca.

-Perdone -musitó y miró a Will.

Will estaba acostado de espaldas con los ojos cerrados y el saliente mentón apuntando hacia arriba. El médico tomó a Kravtsov del brazo y le dijo algo que no entendió, pero estaba claro que había que marcharse y no estorbar. Asintió con la cabeza y se marchó cerrando la puerta, tras la cual se oyó un sonido metálico.

Por el pasillo iba apresuradamente Norma Hampton. Llevaba el pelo sujeto de cualquier manera y en los labios no se le veía ni restos de carmín.

-No entre -le dijo Kravtsov-. Allí está el médico.

Ella no contestó ni se detuvo. Sin llamar a la puerta entró en el camarote de Will.

Kravtsov permaneció un rato escuchando. La tormenta bramaba sordamente, pero del camarote no se percibía ningún ruido. «Hay que hacer algo -no se apartaba de la cabeza este pensamiento alarmante-. Hay que hacer algo...».

Y comenzó a correr. En el salón iluminado desayunaban unos japoneses de la tripulación del barco. Morózov no estaba, Tokunaga tampoco.

-¿Dónde está el académico Morózov? -preguntó Kravtsov, y uno de los marinos le respondió que Morózov seguramente estaba en la cabina del localizador.

Kravtsov subió al puente por la empinada escalera. La lluvia le golpeaba la espalda y la cabeza descubierta. Kravtsov se detuvo por un momento. Desde aquella altura, el cuadro que representaba la tormenta era mucho más fantástico. Abajo se debatía furioso el océano, los relámpagos en zig-zag rasgaban un cielo violeta pardo. De este baile de luz y sombras hasta le dolían los ojos. Olía a ozono. El puente se le iba por debajo de los pies.

Por los vidrios de la cabina del localizador chorreaban torrentes de agua. Kravtsov tiró violentamente de la puerta y entró.

Allí, oprimidos entre los tableros de instrumentos, trabajaban dos japoneses con uniforme de marino, Yura, nuestro ya conocido técnico gravimétrico, y Morózov. En la pantalla del localizador centelleaban vacilantes hilitos de plata y se deslizaba un punto luminoso. Morózov lanzó a Kravtsov una mirada penetrante.

-¡Ah, camarada Kravtsov! ¿Qué nos dice de nuevo?

-Víctor Konstantínovich -dijo Kravtsov, limpiándose la frente de las gotas de lluvia con la palma de la mano-, Macpherson se encuentra muy mal. Esta tormenta y el balanceo...

-Según tengo entendido, tiene un médico de guardia todo el tiempo.

-Sí, eso es verdad, pero... ¿No se podría alejar el barco de la zona de la tormenta...?

Morózov tiró el lápiz en la mesa y se levantó. Por un momento se quedó mirando el cuadro de exploración del localizador.

-La atmósfera está cargada de electricidad -dijo Kravtsov.

-Usted ¿es médico? -preguntó ásperamente Morózov.

-No, claro, pero, mire usted...

Morózov se rascó la mejilla. Después descolgó casi arrancando el teléfono y marcó un número.

-¿Es... la señorita Hampton? Habla Morózov. ¿Está ahí el médico? Haga el favor de llamarlo... Entonces pregúntele cuál es el estado de Macpherson. -Morózov estuvo oyendo lo que le decían, mientras fruncía el ceño y contraía la mejilla-. Muchas gracias.

El interruptor emitió un chasquido al caer el auricular.

-Bueno, Kravtsov -dijo Morózov tomando un lápiz-. Parece que usted tiene razón. Tomaremos las medidas convenientes, no se preocupe.

21

El «Fukuoka-maru» se alejó, y se puso de nuevo a la deriva. La tormenta continuaba bramando sobre el océano. Los relámpagos cercaron a la columna negra y caían sobre ella de todos los lados. Alguien vio una bola de fuego, concentración de energía, esparciendo chispas, flotando por el aire sobre las olas y repitiendo en su vuelo la configuración de éstas.

A las nueve y pico de la mañana zarpó del «Fukuoka» una lancha con un grupo de voluntarios en dirección a la plataforma y entre ellos, Chulkov. A la cabeza del grupo iba Yura, el cual había recibido instrucciones detalladas de Morózov sobre dónde y qué instrumentos colocar.

-Es peligroso -dijo Alí-Ovsad-. ¿No se podría esperar a que pase la tormenta?

Pero el sabelotodo Oloviánnikov le explicó que era inútil esperar; que la tormenta no cesaría pronto y quizás durase muchos días.

Los voluntarios, en trajes protectores, subieron a la plataforma e instalaron los instrumentos estacionarios dotados de radiotransmisores

automáticos. A partir de entonces, en la cabina del localizador del «Fukuoka-maru», las plumas triangulares de los registradores automáticos escribían en la cinta de papel líneas oscilantes de colores. Las calculadoras elaboraban la información recibida. Los científicos estaban continuamente reunidos.

A los periodistas no se les permitía la entrada en la cabina de los instrumentos. Estos presentían que ocurría algo grandioso, que se aproximaba algo extremadamente sensacional. Algunos ya habían intentado enviar a sus periódicos la descripción de la tormenta aderezada con invenciones propias; pero la cabina de la radio no admitía informaciones sin el visto bueno de Stamm, y el austriaco era inexorable. Tachaba implacablemente todo lo que de una u otra manera se refería a las suposiciones científicas, y, quedaba de la correspondencia sólo unos miserables fragmentos.

Tokunaga y Morózov tuvieron varias conversaciones por radio con el Centro Geofísico Internacional. Lagrange, un listo corresponsal del «París Soir», cierta vez acechó a los académicos cuando volvían de la cabina de radio. Les siguió silenciosamente por el pasillo con el magnetófono conectado y pudo grabar un fragmento de la conversación.

No había ni que pensar siquiera en transmitir a la redacción la conversación grabada. Stamm simplemente le habría quitado la cinta magnetofónica. Lagrange resistió por largo tiempo sin querer soltar de la mano la sensacional información y, por fin, no pudiendo aguantar más, reunió a toda la hermandad de periodistas en el salón de la prensa, exigió silencio y conectó el magnetófono.

Se oyó el susurro característico y después la siguiente amortiguada conversación en inglés:

-…la velocidad aumenta.

-Sí, la columna se nos adelanta sin dejarnos tiempo para nada. ¿Ha oído el informe del piloto del barco? La brújula magnética ha salido del meridiano.

-La situación es muy complicada. No obstante, sus tesis sobre los imanes…

-Créame, yo quisiera equivocarme; pero ante tal reconstrucción de la estructura… Perdone, Masao-san. ¿Qué desea usted, señor corresponsal?

-¿Yo? -se oyó el rápido hablar de Lagrange-. Oh, querido maestro, nada en absoluto. Simplemente…

-Bueno, lo demás ya no es interesante. -Lagrange paró el magnetófono acompañado de una carcajada general.

-Véndame este texto, Lagrange -le pidió un robusto americano con camisa de Hawai.

-¿Para qué lo quiere, Jacobs? ¿Creerá usted que su encanto va a reblandecer el corazón del cancerbero austriaco?

-Mi periódico no reparará en gastos.

-¡Pero usted se equivoca, Jacobs! -le gritó Lagrange, agitando violentamente las manos-. ¡Stamm es más incorruptible que Robespierre! Yo no entiendo nada de ciencia, pero en lo que se refiere a los hombres los

conozco, ¡tenga la seguridad de ello! A este Stamm se le puede cortar aserrándolo y, de todas maneras...

Alguien le tiró de la manga a Lagrange.

En la puerta del salón estaba de pie Stamm, tieso e impertérrito.

-Me halaga mucho, señores -dijo con voz cascada-, que no hayan puesto en duda mi honestidad profesional.

Stamm avanzó hacia la mesa, puso ante sí una carpeta y miró severamente a los periodistas.

-Señores -dijo después de esperar a que cesase el ruido y ajustándose los lentes-, me han encargado notificarles un comunicado extraordinario. En vista de la situación excepcional, se ha decidido que informen inmediatamente a sus periódicos. Se les va a entregar el texto escrito del comunicado de la presidencia del AGI. Les rogamos que lo transmitan a sus redacciones sin desfigurarlo ni añadir nada. Un texto análogo ya se ha transmitido por radio a la ONU y a otras organizaciones internacionales.

-¿Qué ha ocurrido? -se oyeron varias voces.

-¡Venga el comunicado!

-Para ello he venido -dijo Stamm. Y empezó a comentarlo sopesando minuciosamente cada palabra-. Las mediciones por medio del localizador indican que la velocidad de la columna negra aumenta rápidamente. Su vértice ha alcanzado los ochenta y tantos kilómetros sobre el nivel del mar y se inclina hacia occidente debido al giro de la Tierra. En la superficie de la Tierra, como ustedes deben saber, el aire casi no conduce la electricidad; pero a la altura de ochenta kilómetros, la conductividad eléctrica del aire aumenta bruscamente y es igual a la del agua de mar. Por eso, al alcanzar la altura indicada, la columna negra que tiene, sin dudas, una gran conductividad eléctrica, cercana a la superconductividad, ha originado una tormenta nunca vista, es decir, potentes descargas de electricidad atmosférica.

Stamm tomó un poco de aliento después de esta larga frase. Se oía el sordo ronquido de la tormenta.

-Ahora pasemos a lo principal -continuó Stamm-. Para la tarde, la columna negra alcanzará las capas ionizadas de la atmósfera. La ionosfera, esto también lo deben saber ustedes, está cargada de electricidad y su potencial con respecto a la Tierra es, en términos medios, de más de doscientos mil voltios. Las observaciones indican que en la columna han surgido corrientes de conductividad y la columna ya se ha creado su propio campo, muy específico. Este campo aumentará súbitamente cuando la columna penetre en la ionosfera y se interrelacione con ella a su manera. La Tierra formará un cortocircuito con su ionosfera.

Los periodistas, que habían puesto los cinco sentidos esperando algo sensacional, suspiraron defraudados y se miraron unos a otros: otra vez los poco comprensibles razonamientos sobre los campos.

-En este caso, la Tierra no perderá su carga -continuó Stamm- ya que el «Zustrom», afluencia constante de las partículas cósmicas cargadas, está claro, no va a cesar. El campo magnético de la Tierra es un gran captador de estas partículas, según la opinión de muchos científicos. Pero, debido al

cortocircuito, las propiedades magnéticas del captador variarán notablemente. Nos han surgido serios temores, señores, de que todo este complejo de fenómenos, y ante todo el inexplicable campo de la columna, acarree un sensible cambio de estructura del campo magnético del planeta. Según ciertos indicios, esto puede... Nosotros tememos que origine una desimanación de todos los imanes constantes.

Stamm se calló.

-¿Por qué se van a desimantar? -se oyó la voz tranquila de Jacobs.

-¡El imán se desimanta al calentarlo o al golpearlo! -exclamó Oloviánnikov-. Pero aquí no ocurre ni lo uno, ni lo otro...

-Sí, señores -dijo Stamm, al parecer se había emocionado un poco-, al golpearlo o al calentarlo por encima del punto de Curie. La reconstrucción de la estructura del campo magnético terrestre, según ciertos datos, causará en el imán aproximadamente el mismo efecto que un fuerte golpe o calentamiento. Más exactamente, del complejo de estos fenómenos que influyen en el estado magnético del cuerpo... Pero me he desviado un poco del objetivo de mi comunicación. -Stamm tosió y se ajustó los lentes-. Así tenemos que, si nuestros temores son justos, se desimantarán los imanes, todos los que haya en el planeta. Espero que ustedes lo comprendan, señores. Esto quiere decir que no habrá corriente eléctrica. Ningún generador la podrá crear.

Por cierto tiempo, en el salón hubo un profundo silencio. Después, el aturdimiento rompió en gritos.

-¿Cómo vamos a vivir sin electricidad?

-¿Cuándo van a terminar ustedes, los científicos, con sus endiablados experimentos?

-¿Es posible que ustedes no puedan parar esta diabólica columna?

Stamm pacientemente esperó a que cesase aquella tormenta. Cuando se hubieron calmado un poco las pasiones, dijo:

-Señores, los científicos de todo el mundo buscan la manera de parar la columna, pero se nos ha adelantado. Es necesario estudiar minuciosamente el fenómeno. Esto es lo que hacemos. Sin duda alguna, los científicos hallarán la salida a la situación creada. ¿Cuándo? No lo puedo decir. Tal vez tengamos que vivir sin la técnica electromagnética más de un mes. Claro está, tendremos que utilizar ampliamente los motores de vapor. Repito: esto es temporal. Les aseguro que los científicos van a liquidar este cortocircuito y restablecer el *statu quo*. Les rogamos conservar la tranquilidad y llamar a ello a todos sus lectores.

Los periodistas se abalanzaron a la mesa y cada uno recibió la hoja con el comunicado oficial.

22

Por la tarde arreció la tormenta. Llovía. Varias veces pasaron flotando por encima del «Fukuoka-maru» bolas de fuego, como si estuviesen observándolo, y siguieron adelante, hacia la columna negra.

De la interminable danza de relámpagos, y de la proximidad de acontecimientos incomprensibles y amenazadores, Kravtsov se sentía inquieto. Alí-Ovsad se lo llevó a su camarote, le empezó a dar té y a hacerle preguntas sobre la ionosfera. Oloviánnikov estaba con ellos y los observaba.

-Escucha -decía Alí-Ovsad manteniendo el platillo en las yemas de los dedos-, ¿funcionará el motor de gasolina? No le hace falta la corriente...

-¿Y el encendido? -le replicaba Kravtsov-. ¿Cómo puede pasarse sin la chispa eléctrica?

Alí-Ovsad pensativamente sorbía el té y mordía el azúcar.

-Tengo que marcharme a Bakú -declaró de pronto-. Si no va a haber corriente eléctrica, hay que extraer mucho petróleo. -Se levantó, conectó la llave de la luz y la lámpara se encendió-. Enciende -dijo Alí-Ovsad-. Seguramente, el japonés ha inventado eso de que no va a haber electricidad. ¿Por qué le escucha Morózov?

-Morózov no se pone a asustar en vano a la gente.

-Ay balam, cualquiera se puede equivocar. -Alí-Ovsad, sorbiendo té del platillo se puso a hablar del geólogo Novrúzov, que nunca se equivocaba. No obstante, cierto día, el pozo abierto en el lugar que el mismo Novrúzov había elegido y que había alcanzado ya la profundidad de dos mil metros, se hundió inesperadamente.

-¿Cuándo fue eso? -preguntó Oloviánnikov sacando el cuaderno del bolsillo.

-Hace mucho tiempo, en el cuarenta y nueve. No escribas; nuestro periódico «Vyshka» («Torre de perforación») ya lo escribió: El maestro Alí-Ovsad está en la torre de perforación, salva el rotor, el cabestrante, la bomba. El rotor y el cabestrante los salvé, eso es verdad, pero la bomba no tuve tiempo. Era una buena bomba: de la fábrica «Krasnimó-lot» («Martillo rojo»). Después huimos todos: la misma torre se hundió. Ahora allí hay agua: un lago.

-¿Y qué decían los geólogos?

-Cada uno decía lo suyo. Estratos, estructura... Es la tierra, y bajo ella no sabemos lo que hay.

Kravtsov le oía distraídamente. Este caso de Shirvanneft que entonces originó tanto alboroto, ya lo conocía perfectamente. El té no le entraba.

-Voy a escribir unas cartas -dijo y se fue a su camarote.

Ante el camarote de Will estuvo un momento indeciso, después llamó quedamente y en seguida se abrió la puerta. Norma Hampton, de pie en el portal, se llevó el dedo a los labios y movió la cabeza.

-¿Quién es? -se oyó la débil voz de Will.

-¿No duermes? -preguntó Norma-. Bueno pues, entre, mister Kravtsov.

-¿Qué tal Will, cómo se encuentra? -Kravtsov se sentó mirando con inquietud la cara del escocés. El camarote estaba en tinieblas; solamente ardía la lámpara de la mesa, que estaba cubierta con un periódico.

-Mejor. Encienda la luz.

Se encendió la lámpara de pantalla. A su luz amarilla, la cara seca de Will le pareció desconocida a Kravtsov. Puede que sea porque le había

crecido una barba canosa. Y en los ojos había aparecido algo nuevo, ya no había aquella burla irónica. Empujado por un impulso de cariño, Kravtsov le tocó suavemente la mano a Will.

-Desembuche las noticias, muchacho -dijo Will.

-¿Noticias? Sí, hay noticias, y no muy alegres... -Y se puso a contárselas.

-¿No habrá electricidad? -se asombró Norma Hampton-. ¿Ha comprendido usted bien a Stamm?

Kravtsov se sonrió.

-Le transmito lo que he oído, palabra por palabra. A propósito, missis Hampton, usted no ha recibido el texto... ¡Hombre, no se me ocurrió tomar uno para usted...! En el centro de la prensa aún debe haber...

-Vaya con Dios y con el texto -dijo Norma.

«Pero si ella no es joven en absoluto» -pensó Kravtsov, observando el rostro cansado de la mujer.

-Ve -dijo Will-. Es tu deber.

-Y de paso, descanse -añadió Kravtsov-. Yo permaneceré aquí con Will.

-Entonces... -Norma se levantó indecisa-. Si usted va a estar aquí... Mire, aquí está el frasco, mister Kravtsov. A las nueve en punto, vierta veinte gotas y déselas.

Y Norma se marchó.

-Un cortocircuito -dijo Will después de una pausa-. Es curioso.

-Sí. Una colosal descarga disruptiva entre la ionosfera y la Tierra. Es difícil figurárselo.

-Estaba convencido de que se trataba de una simple anomalía magnética -dijo Will-. Por eso me ofrecí voluntario: quería comprobar mi conjetura. Mejor dicho, no mía. Ya hace seis años que la emitieron Guilar, Noiré...

-Y Komarnitski -añadió Kravtsov.

Llamaron a la puerta. Un camarero japonés se deslizó en el camarote, musitó algo cortésmente y puso en la mesa una vela en un platito negro.

-¿Esto para qué? -preguntó Kravtsov.

-Disposición del capitán, sir.

El camarero cerró silenciosamente la puerta al salir.

-Velas... Lámparas de kerosén... -Kravtsov meneó la cabeza-. Hasta dónde hemos llegado...

-Muchacho, vaya y dígales que la bomba atómica es lo único que podrá con la columna.

-Déjese de bromas, Will.

-Yo no bromeo. No hay otra salida.

Permanecieron un rato en silencio. Kravtsov miró el reloj, vertió en un vaso con agua veinte gotas del frasco y se lo dio al escocés.

-¿Usted tiene padres? -preguntó de pronto Will.

-Tengo madre. A mi padre no lo recuerdo. Murió en el cuarenta y ocho, cuando yo tenía tres años. Era piloto de pruebas.

-¿Se estrelló?

-Sí. En un caza a reacción.

Will calló y un poco después le hizo otra pregunta, y de nuevo inesperada:

-¿Por qué estudia el esperanto?

-Simplemente porque es interesante. -Kravtsov sonrió-. A mi entender, no estaría mal que todos los hombres aprendiesen un idioma internacional. Sería más fácil entenderse.

-Y usted, ¿quiere entenderse a toda costa?

-No sé qué decirle, Will. ¿Qué hay de malo que se entiendan los hombres?

-Yo no digo que sea malo. Simplemente creo que es inútil.

-No quiero ahora discutir con usted. Repóngase y entonces discutiremos.

-Usted tiene algo que me irrita.

Kravtsov miró atentamente a los ojos de Will y decidió reducirlo todo a broma:

-Esto debe ser porque he abusado de las tortas de trigo integral en el desayuno...

La lámpara empezó a debilitarse y por fin se apagó. La lámpara de la mesa también se apagó.

-Ha empezado -dijo Kravtsov sacando las cerillas del bolsillo-. Adiós, electricidad. Raspó una cerilla y encendió la vela.

23

Esto no ocurrió al mismo tiempo por todo el planeta. Al principio, la zona de desimanación abarcó la región de la columna negra, después, lenta y desigualmente empezó a extenderse por la esfera terrestre.

Donde el electromagnetismo se mantuvo más tiempo, fue en un pequeño espacio de tierra perdido entre las inmensidades del océano Atlántico, en la isla de Ascensión, que por su situación geográfica es casi el antípoda de la región de la columna negra. Allá, las luces eléctricas se apagaron once días más tarde.

Parecía que la vida del planeta había retrocedido, dando un salto gigantesco de casi un siglo.

En vano las aguas del Volga, del Nilo y del Río Colorado, cayendo desde lo alto de los embalses, hacían girar las ruedas de las centrales hidroeléctricas: los rotores de los generadores eléctricos marchaban en vacío; sus bobinados no cortaban las líneas magnéticas y, por lo tanto, no inducían la fuerza electromotriz.

En vano las calderas atómicas calentaban el agua; su vapor hacía girar inútilmente los rotores de los generadores.

La densa red de conductores eléctricos que envolvía al planeta era entonces inútil; en vano los hilos conductores llegaban hasta los talleres de las fábricas, a las casas y apartamientos. Por ellos ya no corría el flujo de electrones llevando luz, calor y energía a los hombres.

Claro está que la corriente eléctrica no desapareció por completo. La engendraban los elementos químicos, las pilas eléctricas. La engendraban los acumuladores, eléctricos hasta que se descargaron, y no había con qué cargarlos. La engendraban los generadores electrostáticos, las pilas

termoeléctricas y solares. Se probó conectarlas a los bobinados de inducción de los generadores, pero la corriente circulaba por las bobinas sin inducir el campo magnético artificial.

Se paró la potente industria terrestre, basada en la energía electromagnética. Se hundieron en tinieblas las calles de las ciudades. Se pararon los trolebuses, los tornos, los ascensores de los edificios de muchos pisos, las lavadoras, los magnetófonos y las grúas. En los motores de combustión interna dejó de funcionar el encendido. Se calló la radio. Enmudecieron las centrales telefónicas.

La gente quedó incomunicada, tal como cien años atrás.

Se complicó la navegación: las agujas de las brújulas giraban sin ton ni son bajo su vidrio sin indicar al piloto el curso verdadero.

No solamente los hombres sufrían por esta inesperada calamidad. Los peces perdieron los misteriosos caminos de los flujos eléctricos en las corrientes oceánicas y desovaban donde podían, al azar.

Las aves de paso no pudieron encontrar sus caminos acostumbrados.

Las auroras boreales se desplazaron al ecuador y se detuvieron sobre él circundando el planeta con un anillo centelleante.

Empezaron a circular los rumores sobre la elevación de la irradiación cósmica primaria en las capas inferiores de la atmósfera, cuyas propiedades protectoras empezaron a cambiar notablemente. Los habitantes de las zonas montañosas abandonaban sus viviendas y descendían a los valles. De boca en boca se transmitía la terrible noticia de que había perecido el personal del observatorio instalado a gran altura en el Pamir.

Adjunto a la Organización de las Naciones Unidas se creó el Comité de la Columna Negra, integrado por los científicos más relevantes del mundo. Pero mientras este Comité investigaba intensamente el modo de liquidar la columna negra, el mundo tenía que acostumbrarse a vivir en las nuevas condiciones.

Sin embargo el mundo no estaba unido.

En los países socialistas, el sistema planificado permitía realizar una emigración organizada de los habitantes de las regiones montañosas, la conservación temporal de la industria eléctrica y el paso de las empresas que consumían energía eléctrica a las que consumían energía de vapor. Los obreros de la industria eléctrica aprendían urgentemente otros oficios de producción donde temporalmente se necesitaba más gente.

Mientras tanto, el mundo capitalista se estremecía. Estalló una lucha encarnizada de los monopolios por los pedidos gubernamentales. Las acciones de las empresas del carbón y del petróleo subieron hasta los cielos, las acciones de las compañías eléctricas se desplomaron. Los que creían que era posible liquidar el cortocircuito, las compraban. En la bolsa reinaba el pánico. Una colosal especulación mercantil abarcó a todo el mundo capitalista. Los precios subieron, los impuestos aumentaron.

En los periódicos aparecían grandes titulares anunciando «los últimos días de la humanidad», pero incluso tras ellos se encubrían frecuentemente ávidos intereses de los grandes monopolios. Una compañía de transporte

trasatlántico firmó un contrato con un consorcio periodístico, y se extendió por América el rumor de que a la isla de Ascensión, los rayos cósmicos la alcanzarían mucho después que a las demás regiones del globo terrestre. La gente pudiente se abalanzó hacia esta pequeñita isla, cono caluroso y casi sin agua, que emerge de las profundidades del océano Atlántico. A Georgetown, único poblado de la isla en el cual vivían un par de centenares de habitantes, empleados del puerto, arribaban diariamente, en sus propios barcos, los ricos emigrantes. Traían consigo víveres, materiales de construcción y agua. Pagaban enormes cantidades de dinero por cada metro cuadrado de terreno pedregoso al pie de la montaña. Muy pronto quedó aquello sin un solar libre y útil para vivienda. Los precios subieron a cantidades estratosféricas. En la isla es producían choques sangrientos.

El gobierno británico, al cual pertenecía la isla de Ascensión, envió al gobierno de los Estados Unidos una protesta categórica. Washington la rechazó indicando en la nota de respuesta, que la isla de Ascensión había sido ocupada por particulares, por cuyas acciones el gobierno americano no era responsable.

A la isla de Ascensión y a la de Santa Elena, próxima a la primera, y hacia la cual también se dirigía un gran caudal de emigrantes, se enviaron buques de guerra ingleses.

-¡El fin del mundo! -gritaban en las plazas de las ciudades hombres sin afeitar, que estaban acostumbrados a afeitarse con rasuradora eléctrica.

-¡Esperad a los jinetes del Apocalipsis! -les acompañaban en sus voces los histéricos religiosos.

-¡Mira en qué situación nos han puesto los científicos! ¡Duro contra los científicos! -se desgañitaban los tenderos dispuestos a lanzarse a la masacre y al robo.

A Princeton, estado de Nueva Jersey, en caballos cubiertos de polvo de los caminos del sur, llegó una compañía entera de jóvenes armados. Desplegados en fila por los prados de cuidado césped, se lanzaron al ataque contra el edificio principal de la universidad. A los estudiantes y profesores que encontraban a su paso los apaleaban con ferocidad, y a dos que les ofrecieron una desesperada resistencia, los mataron a tiros. Los malhechores irrumpieron en los laboratorios, rompiendo las vasijas sin dejar una, derribando las mesas y destrozando valiosos aparatos.

-¿En qué laboratorio trabajaba el bandido Einstein? -gritaban-. ¡Hay que colgar a los profesores!

Gritando se lanzaron a destrozar los chalets de los profesores. Un grupo de estudiantes y profesores se parapetó y rechazó a los malhechores a tiros de revólver. Hasta ya avanzada la noche se oían tiros. El chalet rechazaba un ataque tras otro, hasta que se terminaron las municiones. Pero, incluso entonces, el valiente grupo no se dio por vencido y lucharon a brazo partido, hasta caer uno tras otro acribillados a balazos. Cuando llegó la policía, el chalet ardía como una antorcha. Los bandidos abrieron fuego contra la policía. A ambas partes llegaban refuerzos y el gobierno federal envió fuerzas del ejército a Princeton. Seis días duró en Princeton una verdadera guerra. Seis días cubiertos de sangre.

Se maldecía furiosamente a los científicos. No obstante, sólo en los científicos se cifraba la esperanza. Sólo ellos podían vencer la catástrofe.

Pasó el aturdimiento de los primeros días. El mundo empezó febrilmente a amoldarse a las nuevas condiciones. El transporte volvió a las calderas de vapor: las locomotoras arrastraban los trenes iluminados con lámparas de kerosén y acetileno; de los puertos zarpaban los barcos de vapor. Aparecieron los tubos acústicos y el correo neumático. Hubo que aumentar varias veces la cantidad de estafetas de correo. Las tarjetas postales substituyeron el teléfono.

Por el asfalto de las ciudades empezaron a traquetear los cascos de los caballos arrastrando camiones y automóviles. Aparecieron unos raros híbridos: motores diesel con arrancadores de vapor.

Dos semanas después, por todo el mundo se difundieron los nombres de Leonid Mislakov y Yuriy Krámer, estudiantes graduados de la Escuela Superior Técnica Bauman de Moscú, los cuales inventaron un dispositivo que sustituía el encendido de los motores de combustión interna. El invento era sencillo, genial. Los estudiantes montaron en el cuerpo de la bujía una ruedecilla dentada para sacar chispas y una barra pirofórica con un mecanismo alimentador de avance microscópico. La varilla de levantamiento del árbol de levas empujaba un resorte, la ruedecilla raspaba la barra y saltaba la chispa. En una palabra, era un encendedor mecánico corriente, encendedor de Moslakov-Krámer. Y gracias precisamente a él, revivieron las grandes legiones de automóviles y las calles adquirieron el aspecto acostumbrado.

Se intensificó la extracción de carbón y petróleo. Se aceleró la producción de lámparas de kerosén y de bujías.

Los periódicos continuaban saliendo regularmente, sin intermitencia, sólo que se imprimían a la luz de lámparas de kerosén o de acetileno en rotativas accionadas por máquinas de vapor. Y era raro cuando la primera página del periódico no iba con una foto de la enigmática columna negra envuelta de vapor, emergiendo del océano...

24

«Académico Morózov: El cortocircuito será liquidado» (Izvestia).

«Las acciones de las sociedades carboníferas nunca subieron tanto» (Wall Street Journal).

«En la isla de Santa Elena se está llevando a cabo una gran construcción. Según rumores, la cripta de Napoleón se ha demolido y en su lugar se está levantando una villa para la familia del menor de los Rockefeller. Londres prepara una nueva nota para Washington. La tercera flota británica ha zarpado para custodiar las islas de Tristán da Cunha» (Daily Telegraph).

«Misión de los obreros de destilación del petróleo: sobrepasar el plan de las clases de kerosén para alumbrado: "Bakinski rabochi"», (Obrero de Bakú).

«Las minas nacionalizadas de carbón deben ser devueltas a manos de sus dueños legales; sólo esto salvará a la Gran Bretaña» (Times).

«¡El fascismo no pasará! ¡Lo de Princeton no se repetirá!» (Worker).

«Lo más sensacional del mundo después que en 1959, la casa "Sansón Hosiery Mills" sacó las medias de talón negro según la patente de Blay y Spargen, de Filadelfia. ¡Compren las medias de la nueva marca "Columna negra"»! (Filadelfia News).

«Este invierno, la calefacción de los habitantes de París será su inagotable optimismo» (Figaro).

«En el "Fukuoka-maru" se suceden interminables reuniones, mientras tanto la Columna negra ha llegado al espacio cósmico» (Borba).

«Las amas de casa exigen: ¡dennos electricidad!» (For you, women).

«El aumento del precio de las velas no debe disminuir el entusiasmo religioso de los creyentes» (L'osservatore romano).

«Este otoño no se ha realizado ninguna expedición al Himalaya en busca del hombre de las nieves. La asociación de los sherpa (mozos de carga) está alarmada. Su Majestad el rey de Nepal en persona está examinando esta cuestión» (Katmandu weekly).

«Debido a la carestía de combustible en esta temporada, por desgracia, se espera el paso de la moda a vestidos largos y cerrados. Nuestro comentarista confía que se conseguirá crear modelos con forros de lana de vidrio que puedan resaltar la figura de la mujer. En lo que se refiere a la ropa interior de la mujer se espera...» (La vie parisienne).

25

-¡Una bola de fuego! -gritó el observador en el megáfono-. ¡Todos abajo! ¡Una bola de fuego!

La cubierta superior del «Fukuoka-maru» quedó solitaria; sólo el equipo de emergencia permaneció arriba.

Así era la rigurosa orden del Estado Mayor de los científicos: en cuanto apareciese una bola de fuego, todo el mundo debía refugiarse en los apartamientos interiores y cerrar herméticamente todas las portillas, escotillas y bocas. La orden se tuvo que dar después que una bola de fuego se introdujo en una escotilla abierta del taller del barco y originó un incendio, el cual fue sofocado a duras penas por los marinos japoneses.

Subordinándose a la orden, Kravtsov descendió. Dio un vistazo a la antesala esperando ver allí a Oloviánnikov, pero solamente vio un grupo de desconocidos ante el mostrador del bar.

Cada día llegaban desconocidos: científicos, empleados de la ONU, ingenieros, periodistas. Unos llegaban y otros se marchaban. Se reunían, discutían, llenaban de humo de tabaco el «Fukuoka» y vaciaban la enorme bodega de vinos del barco.

Mientras tanto la columna negra seguía creciendo, elevándose por encima de la atmósfera terrestre y, después de alcanzar la tercera parte, por lo menos, de la distancia a la Luna, se inclinaba alrededor de la Tierra

como si quisiera circundar el planeta con un delgado cinturón. Seguía envuelta por infinitas nubes negras. Haces de relámpagos caían sobre ella dando la impresión de que la tormenta no tenía fin.

Hacía tiempo que los aparatos de mando a distancia, instalados en la plataforma, no funcionaban. El «Fukuoka» navegaba alrededor da la plataforma, acercándose y alejándose. En cierto sitio se había detenido el barco de transporte con combustible, y el del «Fukuoka» se estaba terminando.

La vida del barco transcurría con alarma. Pero lo que más le abatía a Kravtsov era la inacción forzosa. Comprendía que para los científicos no era una tarea muy fácil; ¡vaya usted a averiguar el misterioso campo que rodeaba la columna negra!; pero de todas maneras, sus reuniones y consultas se habían alargado demasiado. A Kravtsov le entraban ganas de acerarse a Morózov y preguntarle sin rodeos: «¿Cuándo se van a decidir a luchar contra la columna negra?, ¡diablos!, ¿cuánto puede uno estar esperando...?» pero se aguantaba. Sabía que Morózov trabajaba sin cesar.

Bramulla, con el cual Kravtsov se encontraba pocas veces en el camarote de Alí-Ovsad, no contestaba a las preguntas, lo reducía todo a bromas y contaba picantes anécdotas chilenas.

El ahora melancólico Kravtsov se hallaba de pie en la sala pobremente iluminada, mirando, de vez en cuando, hacia la puerta del salón donde se reunían los científicos.

-¡Hello! -oyó y se volvió.

-¡Hola, Jim! ¡Buenas tardes! ¿Por qué no está jugando al billar?

-Estoy harto -Jim sonrió tristemente-. ¡Cuarenta partidas al día!, es para volverse loco. Dicen que mañana llega el barco de transporte con combustible, ¿no lo ha oído decir?

-Sí, eso dicen.

-¿No quiere usted beber algo, sir?

Kravtsov movió la mano expresando indiferencia:

-Bueno.

Se sentaron en los taburetes ante el mostrador y el barman japonés preparó rápidamente un cóctel y puso ante ellos sendos vasos. Empezaron a beber en silencio.

-¿Tendremos trabajo o no? -preguntó Jim.

-Espero que lo tengamos.

-Aquí no pagan mal; a algunos muchachos les gusta cobrar dinero por dormir y por jugar al billar; pero a mí ya me está fastidiando, sir, Un mes y pico sin cine ni muchachas. Incluso no se puede escuchar la radio.

-Lo comprendo, Jim.

-¿Cuánto tiempo se nos puede tener en esta caja japonesa? Si los científicos no pueden inventar nada, que lo digan sin rodeos y nos dejen ir a casa. Yo puedo vivir sin electricidad, ¡maldita sea!

-Sin electricidad no se puede vivir, Jim.

-¡Se puede! -Parkinson puso violentamente el vaso en el mostrador-. Me importa un bledo el campo magnético y otras tonterías parecidas.

-A usted le importa un bledo, pero y a los demás...

-¿Y a mí qué? Yo le digo: ¡me puedo pasar sin ello! Siempre hará falta abrir pozos en alguna parte. Si no es la electricidad, que la máquina de vapor haga girar la barrena en el pozo, ¿qué más da?

«Hombre -pensó Kravtsov-, este flemático ya está rabiando de inacción».

-Oiga, Jim...

-Como si fuese poco la tormenta, aparecen las bolas de fuego que van flotando por el aire a manadas. Arriba no se puede salir: en todas las escaleras hay japoneses con carabinas... ¡Al diablo todo, sir! Si a los científicos les gusta, que se queden; ¡pero nosotros no queremos!

-Deje de gritar -dijo sombríamente Kravtsov-. ¿Quién es «todos nosotros»? ¡Conteste!

La estrecha cara de Parkinson se ensombreció. Sin mirar a Kravtsov echó sobre el mostrador un billete arrugado y se marchó.

Kravtsov terminó de beber el cóctel. ¿Qué hacer: marcharse al camarote y echarse a dormir...?

Junto a la puerta de su camarote, apoyado de espaldas en la pared del pasillo, estaba Chulkov.

-Le estoy esperando, Alexandr Vitálievich... -Chulkov se echó la gorra hacia atrás; su redonda cara de muchacho expresaba alarma.

-Entre, Igor -Kravtsov le cedió el paso a Chulkov-. ¿Qué ha ocurrido?

-Alexandr Vitálievich -empezó a decir rápidamente Chulkov, bajando la voz-, es un asunto desagradable. Hace mucho que los muchachos de la brigada de Parkinson se aíslan de nosotros, se reúnen en su sala y murmuran... Y hace una media hora, por casualidad yo he oído una de sus conversaciones... Esto ocurrió, y usted perdone, en la letrina. Ellos no me vieron; eran Fletcher y otro que, sabe usted, siempre se está riendo como si le hiciesen cosquillas, al cual ellos le llaman Laughing Bill.

-Sí, ya recuerdo -dijo Kravtsov.

-Escuche, pues. Yo, claro está, en inglés no estoy muy fuerte; aquí he aprendido un poco. En resumen, como yo lo he entendido, es que piensan largarse. Mañana, cuando llegue el barco de transporte con el combustible, terminan de trasegarlo e inmediatamente abaten la guardia y asaltan el barco... y ¡adiós! a América...

-¿Usted lo ha entendido bien, Igor?

-«Attack the transport», ¿qué hay aquí difícil de entender?

-Entonces, vamos. -Kravtsov salió como una flecha del camarote y echó a correr por el pasillo.

-Alexandr Vitálievich, así no se puede hacer -dijo apresuradamente Chulkov corriendo tras él-. Son muchos...

Kravtsov no lo escuchaba. Bajando a saltos la escalera irrumpió en la cubierta «E» y tiró bruscamente de la puerta de la sala detrás de la cual se oían voces y risas.

Inmediatamente se hizo allí el silencio. A través de la plomiza cortina del humo del tabaco, decenas de ojos se clavaron en Kravtsov. Fletcher estaba sentado en el respaldo de un sillón, apoyando en el asiento sus pies calzados con altas botas negras. Sacando el labio inferior soltó ruidosamente una bocanada de humo.

-Hola, ingeniero -dijo entornando los ojos-. ¿Cómo está, mister ingeniero?

-Quiero hablar con ustedes, muchachos -dijo Kravtsov recorriendo con la mirada a los montadores-. Sé que ustedes han concebido huir del «Fukuoka-maru».

Fletcher saltó del sillón.

-¿Cómo lo sabe, sir? -preguntó, con una sonrisa maligna.

-Ustedes van a intentar asaltar mañana el barco de transporte -dijo con prudencia Kravtsov-. Esto no lo van a conseguir, muchachos.

-¿No lo vamos a conseguir?

-No. Se lo advierto francamente.

-Y yo le advierto, sir: nosotros no queremos terminar aquí con ustedes.

-¿De dónde ha sacado usted eso, Fletcher? -Kravtsov procuraba hablar con tranquilidad.

-¿Por qué nos pagan ustedes un sueldo triple? ¿Por no hacer nada? ¿Digo la verdad, muchachos?

-¡Exacto! -contestaron con alboroto los montadores-. Por la bella cara no pagan ese dinero, ¡saben que vamos a terminar aquí!

-¡La columna negra irradia átomos!

-¡Las bolas de fuego se pasean por los camarotes!

-¡Macpherson se está muriendo de los rayos cósmicos, y nosotros pronto acabaremos también!

Kravtsov quedó boquiabierto. Se le echaba encima una vociferante multitud y él estaba solo: Chulkov había desaparecido. Vio que en el diván del rincón estaba sentado Parkinson e indiferentemente ojeaba una revista de colores con una rubia en traje de baño en la satinada portada.

-¡No es verdad! -gritó Kravtsov-. ¡Los han engañado a ustedes! Lo de Macpherson es un infarto; los rayos cósmicos aquí no tienen nada que ver. Los científicos están discurriendo cómo acabar con la columna negra y nosotros debemos estar preparados...

-¡Al diablo con los científicos! -bramó Fletcher.

-¡De ellos provienen todas las desgracias!

-¡Si los dejamos, los científicos nos liquidan a todos!

-Mañana llega el barco de transporte y ¡nadie nos detiene! ¡Barreremos a los niponcitos!

Los montadores cercaron a Kravtsov. Este veía semblantes exaltados, bocas gritando, ojos llenos de odio...

-¡Nosotros no les vamos a permitir desertar! -gritó intentando hacerse oír.

Fletcher, con al semblante descompuesto por la ira, avanzó hacia él. Kravtsov se quedó tenso esperando.

Parkinson tiró la revista y se levantó.

En este momento se abrió ruidosamente la puerta y en la sala irrumpieron los montadores de las brigadas de Alí-Ovsad y de Gheorghe, Chulkov, sofocado de la carrera, se interpuso ágilmente entre Kravtsov y Fletcher.

-¡Eh, eh, un momento -le dijo al tejano- ¡Retrocede!

-Ésas tenemos -lanzó Fletcher-. Conque defendiendo a los suyos... ¡Muchachos, duro contra los rojos! -gritó de pronto saltando hacia atrás y llevándose la mano al bolsillo trasero.

-¡Alto! -Jim Parkinson cogió a Fletcher de la mano.

Este dio un tirón intentando liberar la mano, pero Jim le sujetó firmemente. A Fletcher se le subió la sangre.

-Bueno, suelta -profirió.

-Eso ya es ponerse en razón -dijo Parkinson con su voz lánguida habitual-. Retírense, muchachos. Mi brigada se queda, mister Kravtsov. Esperaremos hasta que nos den trabajo.

En la sala entró con paso rápido Alí-Ovsad.

-¿Por qué no me has llamado? -le dijo a Kravtsov resollando ruidosamente-. ¿Quién quiere aquí pelea?

-«Bono, Alí-Ofsait -dijo Jim-. Bono. Ordien».

-¿Este? -dijo Alí-Ovsad señalando con el dedo hacia Fletcher, que seguía frotándose la mano-. ¡Eshshek balasy, kiull bashyna! -empezó a regañarle-. ¿Tú eres hombre o qué?

26

Cenaron los tres en una mesa: Kravtsov, Oloviannikov y Alí-Ovsad. El viejo maestro masticaba el rosbif y contaba una larga historia de cómo su hermano agrónomo venció a los burócratas del Azervintrest (el Trust de uvas y vinos de Azerbaidzhán) y mejoró considerablemente la calidad de dos especies de uvas. Kravtsov le escuchaba a medias, sorbiendo cerveza y mirando hacia los lados.

-Hace poco -dijo Oloviánnikov cuando se calló Alí-Ovsad-, fui testigo involuntario de la siguiente escena. Tokunaga estaba junto a la borda. Al parecer había salido a tomar el aire fresco. Yo quería fotografiarlo sin que lo notase y me puse a cambiar el objetivo de la cámara. De pronto veo que el japonés se saca de la muñeca una pulsera, la mira y la arroja al mar. En este mismo momento se le acerca Morózov. «¿Qué ha arrojado al mar Masao-san?» le pregunta «¿No será el anillo de Polícrates?» Tokunaga sonríe con su triste sonrisa y contesta: «Por desgracia no tengo anillos. He arrojado una pulsera magnética...» Saben, estas pulseras magnéticas que llevan muchas personas entradas en edad, sobre todo los hipertónicos...

-Lo he oído decir -asintió Kravtsov.

-Pues, miren -continuó Oloviánnikov-. Morózov se pone serio. «No comprendo» dice, «el curso de su pensamiento, Masao-san. ¿Usted cree que no conseguiremos...?» «No, no, contesta Tokunaga. Nosotros, claro está, devolveremos a los imanes sus propiedades; pero no sé si llegaré a verlo...» «Hombre, no sea usted así...» Morózov le puso la mano en el hombro, y el japonés dijo: «No haga caso, Morózov-san. Nosotros, los japoneses, somos un poco fatalistas».

-Y después, ¿qué? -preguntó Kravtsov.

-Se marcharon. Al parecer, Tokunaga tiene una enfermedad incurable...

-Sí -dijo Kravtsov-. No es muy alegre que digamos esta historia.

Por un rato continuaron comiendo en silencio.

-¿Qué fantoche es ese de bigotes canos? -preguntó en voz baja Kravtsov, señalando a un hombre pequeño que cenaba en la mesa de Morózov.

-Ese fantoche es el profesor Bernstein -respondió Oliviánnikov.

-¡Vaya, hombre! -Kravtsov se sintió confuso por la denominación de «fantoche»-. Nunca hubiese creído que era...

-¿Tan poca cosa? ¿Han leído ustedes en los periódicos americanos cómo se comportó en Princeton? Se parapetó en su laboratorio y creó un potente campo eléctrico a su alrededor. Sacaba la energía de un generador electrostático accionado por un motor eólico. Los bandidos empezaron a trepidar como en el baile de San Vito, y les faltó tiempo para largarse. Los seis días permaneció encerrado en el laboratorio con dos empleados con agua por todo alimento. ¡Mira quién es!

-Usted lo sabe todo -dijo Kravtsov.

-Esa es mi profesión.

-A propósito, Chulkov me ha dicho que usted le sacó informes de mí. ¿Para qué?

-Un charlatán es su Chulkov. Sencillamente me interesé cómo había usted sofocado el motín.

-Hombre, no tanto como «motín» -sonrió Kravtsov.

-Quiere escribir algo de ti -intervino Alí-Ovsad-. Quiere escribirlo así: «Kravtsov estaba de pie junto a la columna negra...»

Oloviánnikov, riendo, le alargó la mano al maestro y éste con benevolencia le tocó la palma de la mano con las yemas de los dedos.

-Un mes entero estamos dando vueltas alrededor de la columna -dijo Kravtsov-. Observamos, medimos... Vamos con precaución... Estoy harto. -Terminó de beberse la cerveza y se limpió la boca con una servilleta de papel-. Evidentemente había que zumbarle con una bomba atómica...

Morózov se volvió mirando de refilón a Kravtsov. Seguramente había oído. A la luz opaca de las lámparas de kerosén, sus canas tiraban a cobre.

El camarero japonés se acercó sin ruido y les propuso amablemente helado con frutas.

-Gracias, no quiero -Kravtsov se levantó-. Voy a ver a Macpherson.

Alí-Ovsad miró el reloj.

-Dentro de una hora vendrá a mi camarote el armenio a beber té -dijo-. Tengo una hora de tiempo.

-¿Que armenio? -preguntó Oloviánnikov.

-Tenazmente considera armenio a Bramulla -rió Kravtsov-. Veo, no obstante, que le ha hecho tomar el gusto al té, Alí-Ovsad.

-«Bramullán» y yo, el domingo vamos a hacer dzhyz-byz. El cocinero me ha prometido las tripas de un cordero.

-¿Usted va a ver a Macpherson? -preguntó Oloviánnikov-. Permítame que lo acompañe.

27

Hacía unos días que el médico le había permitido a Will mover los brazos y volverse de un lado a otro. De vez en cuando una mueca de dolor desfiguraba su semblante, sobresaliendo de manera peculiar su mandíbula inferior, y Norma Hampton corría horrorizada a buscar al médico.

No obstante, el peligro, al parecer, había pasado. Will esculpía figuras de plastilina y cuando, se hartaba de moldear, le pedía a Norma que le leyese el periódico o sus preferidas «Notas de Perigring Pickle». El la escuchaba respirando regularmente y con los ojos cerrados, y Norma, al mirarlo, no siempre podía determinar si la escuchaba, estaba pensando en algo suyo, o simplemente dormía.

-En cuanto te restablezcas -dijo cierta vez- te llevaré a Inglaterra.

Will calló.

-¿Qué te parece la idea de establecernos en Chester entre brezales? -le preguntó en otra ocasión.

Había que contestarle y le respondió:

-Prefiero Cumberland.

-Muy bien -asintió inmediatamente. Y de pronto se iluminó su rostro- Cumberland. Claro está, nosotros pasamos allí nuestra luna de miel. Dios mío, hace ya casi veinticinco años... Me he alegrado mucho, querido, de que te hayas acordado.

-En vano crees que me he acordado de nuestra luna de miel. Sencillamente, allí hay montañas rocosas y mar -dijo tranquilamente-. Es mejor que me leas esa historia tonta de las tortugas.

Y Norma se puso a leer la novela «Los dueños de las profundidades», que se publicaba por partes en el «Daily Telegraph», novela interminable y animada de las manadas de ciertos galápagos de fuego que surgieron del interior de la Tierra, extendiéndose por el planeta quemando y destrozando todo lo vivo, hasta que el caudillo se enamoró de la bella Mod, esposa de un vendedor de kerosén.

La pasión del caudillo de fuego había alcanzado la cumbre máxima, cuando llamaron a la puerta y entraron Alí-Ovsad, Kravtsov y Oloviánnikov.

-Me parece que usted tiene razón, Will -dijo Kravtsov sentándose junto a la cama del escocés-. Hay que cortar la columna con una bomba atómica.

-Sí -respondió Will-. Una bomba atómica de acción dirigida. Así lo creía antes.

-¿Y ahora?

-Ahora pienso lo siguiente: si cortamos la columna con una explosión atómica, el campo magnético vuelve a ser normal; pero la columna seguirá creciendo, de todas maneras, y alcanzará otra vez la ionosfera, y otra vez tendremos el cortocircuito.

-Exactamente -dijo Kravtsov-. ¿Cómo diablos detenerla?

-Seguramente se parará ella sola -dijo Alí-Ovsad-. La presión exprimirá todo el material y se parará.

-No hay que confiar en ello, Alí-Ovsad.

-Anteayer -dijo Oloviánnikov- los periodistas cogieron a Stamm en el salón, lo arrinconaron y le exigieron noticias. Claro está, no consiguieron sacarle nada. Es un hombre de cemento armado. Pero Stamm se puso a exponer su predilecta teoría. Sasha, ¿usted ha oído algo de la teoría de la expansión de la Tierra?

-Algo he oído; en el instituto ya discutimos sobre ella.

-Stamm dijo cosas muy extrañas: que la Tierra durante el paleozoico era poco más o menos de un diámetro tres veces menor que ahora, ¿Eso es en serio o el tío Stamm bromea?

Kravtsov sonrió.

-No diga tonterías, Liev, Stamm antes... bueno, no sé qué decir... antes le muerde a usted que gasta una broma. Hay tal hipótesis... una de tantas. Que el núcleo de la Tierra es el resto de una sustancia estelar muy densa, de la cual se formó a su debido tiempo la Tierra. Que este núcleo se va haciendo cada vez menos denso y sus partículas pasan poco a poco a las capas superficiales y... bueno, en total, que las van expansionando. Todo esto, claro está, muy lentamente.

-Sí, Stamm dice, si no lo he entendido mal, que en el interior de la Tierra surgen nuevas partículas pesadas, protones y neutrones y aumentan la masa de la Tierra. Pero, ¿de dónde surgen estas nuevas partículas?

-Ahí está el quid de la cuestión -dijo Kravtsov-. Ahora, no lo recuerdo muy bien, pero entonces discutíamos rabiosamente esta hipótesis. Durante cierto período tuvimos de profesor a un alumno de Kirílov, autor de esta teoría... ¿De dónde salen las nuevas partículas...? Recuerdo una conversación sobre la transformación mutua del campo y de la sustancia, diferentes formas cualitativas de la materia y precisamente este paso origina la impresión de su surgimiento... En total, aquí tiene lugar una acción conjunta de los campos gravitatorio, electromagnético y otros desconocidos por ahora... ¿Qué decir sobre ello? Sólo una teoría del campo unificado nos podría abrir los ojos.

-¿No quiere usted decir, mister Kravtsov -se oyó la burlona voz del escocés-, que nuestra querida columna consta de sustancia protónica o neutrónica?

-No, mister Macpherson. Simplemente estoy recordando la hipótesis que predica nuestro querido Stamm.

-¿Y usted, qué predica?

-Tortas de trigo integral, Will. Eso lo sabe usted bien. -Kravtsov cogió de la mesa un avioncito de plastilina y le dio varias vueltas en la mano-. Veo que en sus composiciones hay un nuevo asunto.

-Trae -Macpherson le quitó la figura y la comprimió transformándola en una bola.

-De todas maneras, Will, ha sido muy acertado el que se haya hecho ingeniero de perforaciones y no escultor -observó Kravtsov.

-Usted siempre sabe lo que está bien y lo que está mal. Un joven sabelotodo.

-Hombre, no creía que usted se ofendiese -se asombró Kravtsov.

-Eso son tonterías -dijo el escocés-. No me ofendo, muchacho. Sólo que a mí no me gusta cuando se mete en riñas con los americanos.

-Yo no me he metido, Will. No soy tan pendenciero como cree.

Guardaron un momento de silencio. La llama de la lámpara de kerosén parpadeaba y por la habitación se deslizaban las sombras.

-Ahora tengo muchas ganas de dormir -dijo del pronto Alí-Ovsad-. Antes dormía poco. Ahora me entran muchas ganas. Seguramente es porque el campo magnético es anormal.

-Ahora, de todo se le puede echar la culpa el campo magnético -sonrió Kravtsov- o al gravitatorio.

-Gravitación -continuó Alí-Ovsad-. Todos hablan de la gravitación. Antes, yo no conocía esta palabra ahora, duermo y sueño con la gravitación. ¿Qué es?

-Pero si ya se lo he explicado, Alí-Ovsad...

-Ay balam, mal lo has explicado. Tú dime sin rodeos: ¿es peso o fuerza? Yo he hecho muchas perforaciones en la Tierra; sé que en el interior hay una gran fuerza.

-¿Quién lo discute? -dijo Kravtsov.

-No en vano, en los cuentos rusos la llaman «Tierra madre» -observó Oloviánnikov-. ¿Recuerda usted, Sasha, la epopeya de Mikula Selianínovich?

-¿Epopeya? Cuéntela, haga el favor -le pidió Will.

«Cuánto le gustan los cuentos -pensó Kravtsov-. Se le hace la boca agua...»

-Pues bien -empezó Olovánnikov con placer-. Érase que se era un labrador. Le llamaban Mikula Selianínovich. Cierta vez, estaba arando cerca del camino y había depositado la bolsa con la comida en el suelo. Ara que te ara, de vez en cuando miraba hacia el sol y pensaba: «ojalá tenga tiempo». En este momento pasa por allí el jayán Vollga en un potente caballo. Va aburrido sobre el caballo pensando: no hay dónde aplicar mi gran fuerza, puesto que para mí todo es fácil y débil. Oyó Mikula Selianínovich cómo se alababa el jayán y le dijo: «Prueba a levantar mi bolsa». Vaya cosa importante ¡la bolsa! Se inclina el jayán Vollga sin apearse del caballo, coge la bolsa con una mano y... no puede con ella. Se tuvo que apear y agarrarla con las dos manos y... tampoco. Se enfado el jayán y le dio tal tirón a la bolsa, que se hundió en la tierra hasta las rodillas, pero... ¡no la levantó! Y Mikula Selianínovich le explica que el peso de la bolsa le viene de la tierra madre.

-Un buen cuento -aprobó el escocés.

-El cuentecito tiene un agudo sentido social -explicó Kravtsov-. Mikula personifica el trabajo pacífico, mientras que el jayán Vollga...

-Puede que sea así. Y puede también que sus inteligentes antepasados sintiesen la invencibilidad de la gravedad de la tierra. Mira de dónde empiezan las fantásticas suposiciones de nuestro tiempo... Mikula... ¿cómo?

-Mikula Selianínovich -dijo Kravtsov.

-Sí. Su bolsa y la cavorita de Wells. ¿Qué les parece, gentlemen?

-Ahora contaré yo un cuento -dijo Alí-Ovsad pasándose el dedo por la pequeña mancha negra del bigote en la hendidura del labio superior-. Hace mucho tiempo vivía un tal Rustem-bajadur. Cuando andaba, sus pies se hundían profundamente en la tierra.

-¿Tan pesado era? -preguntó Oloviánnikov.

-¿Por qué pesado? ¿Yo he dicho que era pesado? Sólo que era extremadamente fuerte. Tan fuerte que quería andar con precaución y de todas maneras sus pies se le hundían medio metro en la tierra. Entonces, Rustem se fue a ver a un espíritu maligno y le dijo: «Toma la mitad de mi fuerza y escóndela, y cuando sea viejo, vendré a recogerla...»

Kravtsov se levantó y dio unos pasos por el camarote. Las sombras reflejadas en las paredes empezaron a moverse y saltar.

-¿Qué hacer -dijo parándose ante la cama de Will- para que la fuerza de la columna la obligue a meterse ella misma en la tierra...? Sólo su propia fuerza la puede vencer.

-¿Quieres darle la vuelta a la columna negra? -se rió Alí-Ovsad-. ¡Vaya valiente!

28

Kravtsov se consumía de impaciencia a la entrada del salón. Allí dentro se estaba celebrando la consiguiente reunión de los científicos. El rumor de las voces por el otro lado de la puerta ora se elevaba, ora se reducía. Por el vidrio opaco de la puerta pasaba regularmente una sombra: alguno de los científicos se paseaba por el salón de un lado a otro.

«¿Qué demonios hago yo aquí? -pensaba Kravtsov-. Ya tienen bastante con lo suyo, ¡como para atenderme! Los mejores geofísicos se han reunido aquí, cerebros laureados con todos los premios que pueda haber. ¿Y yo voy a meterme con mi descabellada idea...? Aprovechar la fuerza de la misma columna, ¡vaya idea...!»

En sus fueros internos, Kravtsov, claro está, sabía que solamente le hacía falta un pretexto para hablar con Morózov. Era inaguantable esta espera. Sí, él osará preguntarle sin rodeos a Morózov: ¿cuánto hay que esperar?

Un camarero con una bandeja llena de botellas y sifones se deslizó en el salón. Por la momentánea abertura formada al abrirse la puerta, Kravtsov vio una gran calva y unas manos que sostenían una hoja de papel de dibujo; oyó un trozo de una frase rusa mal pronunciada: «...No se va a poder colocar esa instalación...»

¡Instalación! ¡Hola! ya se habla de cierta instalación.

Kravtsov a veces se echaba en el sillón, a veces se ponía a recorrer la antesala débilmente iluminada. El tiempo transcurría fatigosamente acercándose a las dos de la madrugada.

Por fin se abrió la puerta y del salón empezaron a salir los científicos hablando entre sí. Tokunaga, con aspecto de cansancio, escuchaba a Stamm que intentaba convencerle de algo. Salió Bramulla limpiándose la

calva con un pañuelo. El profesor Bernstein, hombre pequeño de bigotes canosos, pasó rodeado de unos científicos desconocidos, uno de ellos llevaba un turbante hindú. Y por fin, de entre las nubes de humo de tabaco apareció la alta y recta figura de Morózov con una gran carpeta bajo el brazo.

Los penetrantes ojos de Morózov percibieron a Kravtsov, que retraídamente estaba de pie en un rincón, lo saludó con una inclinación de cabeza y al pasar le dijo con ironía:

-¿Conque una bomba atómica, eh?

Kravtsov se le acercó.

-Víctor Konstantínovich, ¿me permite unas palabras?

-No tengo tiempo, querido. Yo mismo hace tiempo que quiero hablar con usted, pero me apremia el tiempo. No obstante... -abrazó a Kravtsov por los hombros y se lo llevó por el pasillo-. Si la conversación no es muy larga, empiece.

-Sabe -dijo con emoción Kravtsov- nos ha surgido la idea... ¿No se podría aprovechar la fuerza de la misma columna...? Mejor dicho, variar la dirección de su campo...

-Lo entiendo, lo entiendo -Morózov rió-. Es mejor que me cuente cómo luchó con los tejanos.

-¿Qué decirle? Ha habido una pequeña querella y hemos hecho las paces... Víctor Konstantínovich, perdone que le importune. Simplemente le quería preguntar: ¿cuánto tendremos que esperar aún?

-Espero que poco, querido. Tenemos que apresurarnos mucho, pero muchísimo, porque... En una palabra, hay que determinar todas las dificultades. El proyecto, realmente, ya está listo. Quedan solamente los cálculos de verificación.

Kravtsov se puso alegre.

-Es decir, pronto...

-Pronto. -Morózov se paró a la puerta de su camarote-. ¿Con una bomba atómica quiere cortar la columna? -le preguntó de nuevo.

-Esa idea es de Macpherson -dijo Kravtsov-. Pero la columna de todas maneras va a seguir creciendo y de nuevo alcanzará la iono...

-Entre -le interrumpió Morózov y le cedió el paso hacia el espacioso camarote, mejor dicho, gabinete de trabajo con mesas llenas de dibujo-. Siéntese -le dijo al mismo tiempo que se sentaba junto a una mesa-. Dígame, camarada Kravtsov, ¿usted conoce bien la plataforma, sus compartimientos y pasillos?

-Sí.

-Mire este esquema. ¿Lo reconoce?

-La cubierta mediana de la plataforma -dijo Kravtsov.

-Exactamente. ¿En cuánto tiempo considera usted que se puede abrir aquí un pasillo circular? -Morózov con el lápiz describió una circunferencia sobre la plataforma.

-¿Un pasillo circular? -preguntó Kravtsov arqueando las cejas y rascándose debajo de la oreja con un dedo.

-Mire. Tome el esquema y piénselo como es debido. Un pasillo circular, cerrado, de seis metros de ancho y no menos de cuatro y medio de altura.

-Voy a pensarlo, Víctor Konstantínovich.

-Perfectamente. Mañana por la noche, un poco tarde, venga con la respuesta.

29

«Mi querida Marinka:

Anteayer, un oportuno correo aéreo me trajo dos cartas tuyas, y muy a tiempo, puesto que ya empezaba a inquietarme. Me preguntas por qué no voy, si no hay nada que hacer aquí. Yo mismo no sé, créeme, por qué estoy aquí todo un mes sin hacer nada. Todo ha sido esperar y esperar, pensando: puede que hoy, tal vez mañana... Y por fin llegó la hora de actuar. El proyecto ya está hecho y aprobado por la comisión internacional. Se llama operación «Columna negra». Tú seguramente te enterarás antes por los periódicos que por mi carta, en qué consiste. Te lo explicaré brevemente: se ha creado el proyecto de una instalación que va a detener la columna negra. A ti, como profesora de física de escuela secundaria, claro está, te interesará saber los detalles. Francamente te digo que es tan complicado, que no lo entiendo todo. Los científicos, al parecer, han determinado en qué consiste el campo de la columna, y la instalación le va a superponer una determinada combinación de potentes campos de fuerza. Se supone que su acción mutua con el campo de la columna detendrá su movimiento ascendente.

Claro que, antes que nada, hay que cortar la columna para eliminar el cortocircuito formado, restablecer la estructura normal del campo magnético y darle corriente a la instalación cuando empiece a funcionar.

La propia instalación estará en la plataforma, para lo cual estamos abriendo a través de los compartimientos interiores un pasillo circular. En ello precisamente estoy ocupado ahora. Hay que decir que hace mucho calor en la plataforma, pero eso no es nada. Ya hace tiempo que nos hemos acostumbrado a la tormenta, lo mismo que a los relámpagos. No te preocupes, pues la columna es una especie de pararrayos.

¿Cuánto tiempo se invertirá en la operación? No lo sé, querida. Como comprenderás, quisiera terminar cuanto antes e ir a veros, a ti y a Vovka. Los echo mucho de menos, queridos míos. Escríbeme con frecuencia. Y que Vovka con su manecita me envíe algunos garabatos. Yo les escribiré en todas las ocasiones que se me presenten.

Ah, sí, me preguntas cómo vamos a cortar la columna. Mira cómo...

Kravtsov no terminó la carta. Llamaron a la puerta del camarote. Chulkov asomó la cabeza y dijo:

-Alexandr Vitálievich, el tercer turno se marcha.

Kravtsov metió la carta sin terminar en el cajón de la mesa y fue corriendo hacia donde estaba la lancha.

30

La operación «Columna negra» ha empezado.

Toda la flotilla de barcos se puso alrededor de la plataforma. Allí se hallaban el portaaviones «Fewries» con su enorme pista de aterrizaje, la base flotante mecánica «Iván Kulibin», gabarras automotrices y grúas flotantes. Grandes lanchas de vapor; resollando humo de carbón, cursaban continuamente entre la plataforma y los barcos. El estado mayor de la operación seguía en el «Fukuoka-maru».

En las fábricas de la Unión Soviética, de los EE.UU., del Japón y de muchos otros países se producían las piezas y grupos de bloque de un núcleo anular de dimensiones nunca vistas. En las bodegas de los vapores bajo la bandera azul de la ONU, en las barquillas de los dirigibles de transporte con turbinas de vapor, se dirigían hacia la plataforma estructuras metálicas, bloques de paneles de alta frecuencia, juegos de colosales aisladores y paquetes con juegos de barras colectoras. Llegaban barcos petroleros, barcos cargados de madera, de víveres, y buques de altura con obreros montadores, ingenieros y comisiones gubernamentales.

La gente, vestida con trajes de protección, trabajaba día y noche sin cesar: había que apresurarse, porque (y eso lo sabían los científicos) el flujo mortal de los rayos cósmicos penetraba cada vez más en las capas inferiores de la atmósfera.

Mientras tanto, la columna negra, rodeada por un anillo de relámpagos y envuelta por una capa de vapor, corría y corría hacia arriba a través de las nubes, inclinándose y terminando de dar la vuelta alrededor de la Tierra.

31

A las nueve de la noche, el turno del ingeniero Kravtsov subió por la escala metálica en zig-zag a la cubierta media de la plataforma. Allí estaban los montadores de las ya conocidas brigadas de Ali-Ovsad Parkinson y del rumano Gheorghe.

Kravtsov recibió las novedades del sector de trabajo de parte del jefe de turno que hacía terminado de trabajar sus correspondientes cinco horas.

-Bueno ha puesto usted el compartimiento, Cesare -le dijo, mirando las vigas cortadas y las estrechas pasarelas bajo las cuales se veía el oscuro vacío.

-Aquí el nivel era mayor y hemos tenido que cortar todo el tablado -contestó el ingeniero italiano secándose con la toalla la cara morena-. Mire la línea de referencia.

Y le alargó a Kravtsov el diseño.

-Lo sé -dijo Kravtsov-. Pero aquí, debajo de nosotros está la central atómica.

-Que no funciona.

-Pero que funcionará. Y ustedes han echado el tablado sobre su techo. -Kravtsov iluminó el fondo con su linterna de bolsillo.

-¿Qué quiere usted de mí, «Alessandro»?

-Habrá que levantar el tablado. Sobre el reactor no debe haber nada más que el techo.

Tanto el italiano como Kravtsov, eran esperantistas y se entendían fácilmente. Los montadores de ambos turnos atendían a la conversación procurando comprenderlos. Las lámparas de acetileno diseminaban una luz azulada sobre sus desnudas espaldas brillantes por el sudor.

-Nosotros hemos adelantado hoy siete metros más de la norma -dijo el italiano-. Lo principal es terminar el pasillo cuanto antes, y si debajo queda algo de escombros...

-Pero no aquí -le interrumpió Kravtsov-. Bueno, Cesare, llévese el turno -añadió, hablando ya en inglés-. Tendremos que poner un polipasto y limpiar un poco sus escombros.

-¿Qué es eso? -se oyó de pronto una voz ronca-. ¿Los «italianitos» lo han ensuciado y nosotros lo tenemos que limpiar?

-¿Quién ha dicho eso? -Kravtsov se volvió bruscamente.

Durante unos segundos reinó el silencio en el compartimiento, sólo de arriba se oía el acostumbrado retumbar de la tormenta. Oloviánnikov, que también estaba allí, le tradujo a Alí-Ovsad la frase oída.

-Ay, ay, ay, -Alí-Ovsad meneó la cabeza y chasqueó con la lengua.

-¿Quién lo ha dicho? -repitió Kravtsov-. Jim, ha sido uno de los suyos.

Jim Parkinson, asido con su largo brazo de una viga doble T del techo, callaba abatido.

En este momento, del grupo se adelantó el tejano.

-Bueno, yo lo he dicho -masculló mirando de reojo a Kravtsov-. ¿Y qué? Yo no pienso trabajar por otro.

-Así me lo figuraba. Ahora mismo le pide perdón al turno italiano, Fletcher.

-¡No faltaba más! -Fletcher irguió la cabeza-. Que pidan perdón ellos.

-En ese caso, lo elimino del trabajo. Baje y con la primera lancha que salga, se marcha al «Fukuoka». Mañana será despedido y recibirá la cuenta.

-¡Me importan tres pepinos su trabajo! -gritó Fletcher-. ¡Que se vaya todo al diablo, yo mismo no quiero bregar más en este calor infernal!

Escupió y, saltando de pasarela en pasarela, se fue al pasillo que llevaba al rellano de la escalera.

Los montadores empezaron a hablar todos a un tiempo y el compartimiento se llenó de voces.

-¡Silencio! -gritó Kravtsov-. Muchachos, nosotros trabajamos aquí colectivamente, porque sólo en colectivo se puede realizar un trabajo tan enorme. Podemos discutir y no estar de acuerdo con alguien, pero ¡vamos a respetarnos mutuamente! ¿Es verdad lo que digo?

-¡Verdad! -sonaron gritos.

-¡Que se vaya al diablo, vamos a trabajar!

-¡Tiene razón, ingeniero!

-¡Silencio! -Kravtsov levantó bruscamente los brazos-. Se lo digo a usted sin rodeos: mientras yo dirija este turno, nadie ofenderá impunemente a una persona de otra nacionalidad. ¿Todos han entendido lo que he dicho? Esto es todo. ¡Pónganse las escafandras!

Cesare se acercó a Kravtsov y sonriendo dilatadamente le dio unas palmadas en el hombro. Los italianos, cansados y bañados de sudor, se alejaron hacia la salida en fila india. Iban hablando y gesticulando vivamente.

Kravtsov mandó poner los polispastos.

-¿Quién baja a atar las chapas del tablado? -preguntó.

-Yo voy -respondió inmediatamente Chulkov.

De las penumbras del compartimiento vecino, apareció de pronto la figura del ingeniero italiano, y tras él, unos cuantos de sus montadores.

-Alessandro -dijo saltando a la pasarela y encaminándose hacia Kravtsov-, mis muchachos han decidido trabajar un poco más. Vamos a limpiar allí abajo.

32

En el calor infernal y la humedad de los compartimientos de la plataforma, las cinco horas se hacían muy largas. El zumbido de la llama del soplete cortador, el golpeteo del cabestrante de vapor, el chirrido de las chapas de acero, el silbido de la soldadura... Un metro tras otro, ¡adelante! Ya quedaban pocos metros. Pronto se iba a cerrar el pasillo circular rodeando el piso medio de la isla flotante. Los revestidores, que iban tras los montadores, cubrían las paredes y el techo del pasillo con un plástico blanco resistente al calor, y los electricistas ya estaban instalando los bloques del gigantesco núcleo anular...

¡Adelante, adelante, montadores!

Cerca del amanecer, el turno de Kravtsov regresó al «Fukuoka-maru». Solamente quedaban fuerzas para llegar y ponerse bajo la lluvia templada de la ducha.

Después, ¡a dormir! Se ve que el cansancio es excesivo, y Kravtsov, cuando está extenuado, tarda mucho en dormirse. Se revuelve de un lado a otro en la estrecha cama, prueba a contar hasta cien; pero no le viene el sueño. Ante los ojos, los cerrase o no, le bailaban los enrejados de vigas; los oídos le silbaban oyendo cantar la llama de los sopletes. ¡Y no podía remediarlo...!

Casi inconscientemente alargó la mano hacia las cerillas y encendió la lámpara de kerosén. ¿Leer los periódicos? ...Ah, esto es lo que va hacer: ¡terminar de escribir la carta!

...como ayer no tuve tiempo, termino hoy la carta. ¡Vaya vida que llevamos, Marinka! No hay tiempo ni para respirar. Es que estamos hartos de vivir sin electricidad, y por eso nos esforzamos cuanto podemos. ¡Pronto, muy pronto terminará esto!

¿Entiendes?, en cuanto se corte la columna, los imanes recobran sus propiedades magnéticas, y los turbogeneradores de la central atómica suministrarán corriente a los bobinados de los excitadores del núcleo anular. La combinación de los campos superpuestos entra en reacción instantáneamente con el campo de la columna y ésta se detiene.

La columna posee una solidez fenomenal, pero, según los cálculos, la cortará la explosión dirigida de una bomba atómica. ¿Recuerdas? yo te escribí cómo la columna atrajo y se llevó la caja con el instrumento. Pues, mira...

Se oyó una suave llamada a la puerta, y apareció la cabeza de Jim Parkinson.

-Perdone, sir, pero he visto luz en su camarote...

-Entre, Jim. ¿Por qué no está durmiendo?

-No puedo dormir después de la ducha. Además, Fletcher no me deja ni a sol ni a sombra.

-¿Fletcher? ¿Qué quiere?

-Ruega que no lo despidan, sir. Al fin y al cabo, en ningún sitio pagan como aquí.

-Oiga, Jim, yo le puedo perdonar muchas cosas, pero esto...

-Lo comprendo. Usted está por la igualdad, etc. Él está dispuesto a pedir perdón al ingeniero italiano.

-Está bien -dijo con cansancio Kravtsov; por fin le habían entrado ganas de dormir, los ojos se le cerraban-. Que mañana presente sus excusas ante todo el turno italiano y en presencia de nuestros muchachos.

-Yo se lo diré -dijo Jim con cierta duda-. Buenas noches -y se marchó.

La estilográfica se le caía de la mano a Kravtsov. Con un esfuerzo de voluntad llegó hasta la cama y se quedó dormido como un lirón.

33

La grúa de vapor retiró de la ancha cubierta del «Iván Kulibin» el último bloque del núcleo anular y, después de sostenerlo en el aire, lo bajó lentamente y lo colocó en la gabarra. La lancha de vapor arrastró la gabarra hacia la plataforma.

Los montadores descansaban echados por todas partes de la cubierta del «Kulibin». fumaban y hablaban de sus asuntos. Como si este día fuese uno de tantos y no se diferenciase en nada de la larga serie de los pasados.

Sin embargo ese día no era ordinario, pues se terminaría el montaje del núcleo anular. Este tenía que rodear la plataforma formando un cinturón electromagnético, y sus excitadores apuntarían a la columna, listos al asalto.

Morózov salió de los compartimientos interiores a la cubierta superior del «Kulibin», y con él, el pequeño Bernstein, Bramulla en un inmenso impermeable y varios ingenieros-electricistas. Se pararon en la borda de estribor esperando la lancha que les llevase a la plataforma.

Kravtsov tiró fuera de la borda la colilla del cigarrillo que fumaba y se acercó a Morózov.

-Víctor Konstantínovich, he oído decir que mañana nos traerán la «luciérnaga», ¿es verdad?

Alguien llamó «luciérnaga» a la bomba atómica de acción dirigida que tenía que cortar la columna, y el sobrenombre se le pegó.

-La traen -respondió Morózov-. Casi todo el Consejo de Seguridad la acompaña.

-Si se pudiese ver. Nunca he visto bombas atómicas...

-Ni las verá. Esto no es para usted.

-Claro... Mi obligación es abrir pozos.

Morózov entornó los ojos y miró a Kravtsov.

-¿Qué quiere usted de mí, Alexandr Vitálievich?

-Nada... -Kravtsov apartó la mirada a un lado- ¿Qué tengo que querer? Terminar cuanto antes todo esto y marcharme a casa...

-¡Eh, no! Por su cara veo que usted tiene algo pensado.

-No, ¡Víctor Konstantínovich...!

-Pues mire, querido, se lo advierto de antemano: no lo pida ni lo intente. Muchos ya lo han pedido. El comienzo de la operación se encomendará a los especialistas técnicos en energía nuclear. ¿Entendido?

-Allí los especialistas no tienen nada que hacer. Se conecta el mecanismo de relojería y márchate tranquilamente a la lancha...

-De todas maneras, en vano lo pide.

-Yo no lo pido... Sólo que, a mi entender, el derecho a ponerlo en marcha lo tienen ante todo los que llevaban la última guardia...

-¿El derecho del descubridor?

-Supongamos que es así.

-Como Macpherson está enfermo, queda Kravtsov. Vaya, con qué habilidad lo ha planteado. -Morózov rió y miró el reloj-. ¿Por qué no viene la lancha?

Junto a ellos, Alí-Ovsad hablaba con Bramulla, y, esta vez sobre altas materias. El chileno comprendía muy poco de las explicaciones del viejo maestro, pero por respeto asentía con la cabeza, le seguía la corriente y soltaba por la boca y la nariz bocanadas de humo de tabaco.

-¿Qué le preocupa, Alí-Ovsad? -le preguntó Morózov.

-Preguntaba quién iba a hacer girar este núcleo anular.

-Nadie lo va a hacer girar.

-Hay una rueda y ¿no va a girar? -dijo con perplejidad Alí-Ovsad-. Entonces, no va a funcionar.

-¿Por qué no va a funcionar?

-La máquina debe girar -dijo con convicción el; maestro-. Funciona cuando gira: esto lo sabe todo el mundo.

-No siempre, Alí-Ovsad, no siempre -sonrió Morózov-. Mire, por ejemplo, el receptor de radio no gira.

-¿Cómo que no gira? Allí hay manecillas-amanecillas. -Alí-Ovsad insistía en lo suyo inquebrantablemente-. ¿Y la corriente eléctrica? El protón-electrón: todo gira.

Morózov quería explicarle al viejo cómo iba a funcionar el núcleo anular, pero en aquel momento llegó la lancha. Los científicos zarparon hacia la plataforma.

De pie en la popa de la lancha, Morózov entornaba los ojos debido al viento y miraba pensativamente la plataforma que se acercaba. «La máquina debe girar... Pues, tiene mucha razón: si en el momento de cortar la columna, la plataforma con el núcleo anular gira alrededor de ella, se podría pasar sin los enormes transformadores, que, a propósito sea dicho, van a estar preparados después que todo lo demás. La columna será el estator, y la plataforma con el núcleo, el rotor... Hay que pensarlo, calcularlo... Se podría economizar un montón de tiempo... Se podría amarrar un barco a la plataforma y poner en marcha la máquina...»

Se volvió hacia Bernstein.

-Colega, ¿qué me dice usted de una idea no madura aún, pero muy curiosa...?

«...¡Vaya carta interminable que te escribo! Como si estuviese hablando contigo, querida mía, y esto me agrada; pero me están interrumpiendo todo el tiempo».

34

Aquí hay un ajetreo terrible. El caso es que han traído una bomba atómica, a la que nosotros llamamos «luciérnaga», y han llegado tantos diplomáticos y militares, que a ojos cerrados señalas con el dedo y de seguro que tropiezas con alguno. Ya sabes que, después de la prohibición de las pruebas de armas nucleares, éste es el primer caso en que se ha necesitado explotar una de ellas. Es natural que el Consejo de Seguridad se haya alarmado y haya mandado aquí sus representantes. En el «Fukuoka» ahora hay tanta gente como un domingo de verano en la playa de Kúntsevo. ¿Recuerdas cómo paseábamos en una lancha de motor? Era en los felices tiempos cuando la bolita terrestre tenía una capa magnética normal.

La instalación con la «luciérnaga» se colocará en la plataforma rodante y se empujará en dirección a la columna y...

Vamos, otra vez me han interrumpido. Ha llamado Morózov y me ha pedido ir a verlo, y eso que ya es pasada la medianoche. ¡Buenas noches, Marinka...!»

35

Will estaba sentado en el sillón y esculpía figuritas. Sus largos dedos moldeaban la bolita amarilla de plastilina. Norma Hampton estaba sentada a la mesa y cosía, alargó la mano y bajó la mecha de la lámpara cuya llama echaba humo.

-¿Qué hacemos con Howard, querido? -pregunto ella.

-Lo que quieras -contestó Will-. El se dirige a ti.

-Si me pidiese, como antes, veinte o treinta libras yo no me habría detenido a preguntárselo. Se las enviaría y en paz. Pero el muchacho pide aquí...

-El muchacho tiene veinticuatro años -le interrumpió Will-. A su edad yo no pedía limosnas a mis padres.

-Will, él escribe que si no consigue esta suma, va a perder una decisiva ocasión en su vida. El, junto con dos jóvenes de familias muy respetables, quiere fundar un «scratch-club». Esto ahora va entrando en moda. Es una especie de torneos de caballeros con sus armaduras y lanzas; pero no a caballo, sino en motoscooter.

-¡Ah, yo creía que era a caballo. Bueno ya que es en scooter, envíale sin falta el cheque.

-Te ruego que no te burles. Si le envío esa suma, a mí no me queda nada. Considera el asunto con seriedad, Will. El es nuestro hijo...

-¡Nuestro hijo! El se avergüenza de que su padre haya sido en sus tiempos un simple perforador de pozos...

-Will, te ruego...

-Yo soy terco y avaro, como todos los «highlanders». Ni un penique, ¿oyes?; ¡ni un penique recibe de mí este holgazán!

-Está bien, querido, sólo que no te exasperes, no te sulfures.

-Que espere -dijo en voz muy baja Will, después de largo rato de silencio-. En mi testamento está su nombre. Que espere, y después que funde su club, ¡maldito sea!

Norma suspiró, sacudió su dorada melena y se puso a coser de nuevo. La plastilina, en las manos de Will se transformó en una cabeza de estrecha faz y mandíbula inferior extremadamente saliente. Will cogió un cortaplumas y moldeó los ojos, las ventanas de la nariz y la boca.

Llamaron a la puerta del camarote. Entró Kravtsov. Tenía un aspecto como si acabara de ganar el premio gordo de la lotería; la cazadora desabrochada y la cabellera color castaño, como un matorral del bosque.

-¡Buenas tardes -soltó desde el portal; y a duras penas reteniendo las notas alegres de su voz exclamó-: ¡Will, felicíteme! ¡Missis Hampton, felicíteme!

-¿Qué ha ocurrido, muchacho? -le preguntó el escocés.

-¡El comienzo de la operación me lo han encomendado a mí! -Kravtsov rió felizmente- ¡Formidable! ¡Al fin y al cabo he convencido al viejo! A mí y a Jim Parkinson. Es formidable, ¿eh, Will?

-Le felicito -musitó Will- aunque no comprendo por qué le produce tanta alegría.

-Yo lo comprendo -sonrió Norma alargándole la mano a Kravtsov-. Le felicito, mister Kravtsov. Claro está, eso es un gran honor. Voy a enviar una información al periódico. ¿Y cuándo va a ser el comienzo?

-Dentro de dos días.

«No hay quien reconozca a missis Hampton -pensó Kravtsov-. Tan enérgica que era, antes que nadie se enteraba de las noticias. Y ahora no quiere nada, sólo estarse sentada aquí...»

-¡Ah, dentro de dos días! -Norma dejó la costura y se enderezó-. Sí, tendrá que escribir... Por lo demás, Reuter habrá enviado seguramente el comunicado oficial a Inglaterra...

Como no había comunicación por radio con el resto del mundo, las grandes agencias de información se habían encargado ellas mismas de difundir las noticias por medio de aviones propios a reacción.

Kravtsov confirmó que el avión de la agencia Reuter como siempre, aquella mañana había despegado de la cubierta del «Furious», y Norma de nuevo se puso a coser.

-Dos días más van a estar experimentando -dijo Rimadamente Kravtsov- y después, señoras y señores después subimos la «luciérnaga» y hacemos pedazos la columna...

-¿Para qué diablos se mete usted en ese asunto? -dijo Will-. Que lo hagan los mismos especialistas de energía nuclear.

-Ellos lo hacen. Todo estará preparado, pero el mecanismo de relojería lo conectaremos Jim y yo. Con dificultad he convencido a Morózov. Tokunaga no se oponía, y el Consejo de Seguridad lo aprobó...

-¡Bueno, vaya! Procure hacer algo para los periódicos. Antes de empezar diga algo que se haga proverbial.

-Will, ¿de verdad que usted lo cree así? -Kravtsov se azoró un poco y su alegría se apagó-. ¿Es posible que usted crea que yo hago esto por...?

Kravtsov calló. Will no le contestó, sus dedos apartaban con fuerza la bola de plastilina amarilla.

-Bueno, entonces -dijo Kravtsov-. ¡Buenas noches!

36

Viento y banderas en una mañana fresca.

Ondeaban banderas de diferentes colores en los barcos de la flotilla. Entre relámpagos, flamean al aire las banderas rojas, de franjas con estrellas, blancas con un círculo rojo, y muchas más, y claro está, las azules de la ONU.

Brama la tormenta sobre el océano y las nubes se arremolinan. Hacía mucho que allí la gente no veía la luz del sol. Pero ahora, ¡pronto, muy pronto...!

Junto a la blanca borda del «Fukuoka-maru» se balancea en la marejada una lancha de perfil ligero. Pronto se meterán en ella Alexandr Kravtsov y Jim Parkinson. Mientras tanto, a bordo del buque insignia se están dando las últimas instrucciones.

-¿Lo recuerdan todo bien? -dijo el ingeniero-jefe de los especialistas en energía nuclear.

-¡Señores, les deseo éxito! -dijo solemnemente el majestuoso representante del Consejo de Seguridad.

-Lástima que no me hayan dejado ir contigo -agregó Alí-Ovsad.

-No se entretengan, queridos. En cuanto conecten el mecanismo, se vuelven inmediatamente a la lancha, y a casa -dijo Morózov.

-¡Buen viaje! -dijo en voz baja Tokunaga.

En las escafandras azul-grisáceas, Kravtsov y Parkinson bajan a la lancha. La lancha se aleja rápidamente dejando atrás su blanca estela. Desde la cubierta del «Fukuoka», la gente les grita agitando las manos, y en las cubiertas superiores de los otros barcos se ve una mancha negra de la cantidad de gente que también les saluda gritando y agitando las manos; mientras tanto, a bordo del «Furious» retumba el cobre de la orquesta militar, y del «Iván Kulibin» se oye un prolongado y potente «¡hurraaa!».

-Jim, ¿ha tenido usted antes alguna ocasión de pasar revista? -Kravtsov intenta esconder bajo una broma la alegre emoción que le embarga.

-Sí, sir. -Jim, como siempre, es invulnerable y algo desdeñoso-. Cuando era muchacho, yo trabajaba de vaquero de un ranchero loco. Este organizaba en su rancho revistas de vacas.

De detrás del curvo horizonte del océano se eleva la plataforma. Primeramente se ve su extremo superior, después emerge todo el cuerpo, que hace tiempo ha perdido su festivo aspecto blanco: ahumado, cortado por todas partes con el soplete autógeno, con huellas color violeta de los golpes sufridos. La alta borda de la plataforma ya ha tapado el cielo y el mar. La plataforma gira lentamente alrededor de la columna, para lo cual, se le ha amarrado un barco con el timón fijo en posición para virar. Ha evacuado a la tripulación y las calderas las mantiene un fogonero automático. La lancha se detuvo junto al muelle. El encargado enganchando con agilidad el bichero al candelero de Pandilla, dijo en un mal inglés:

-Hoy es un gran día.

Y se sonrió respetuosamente.

Kravtsov y Parkinson subieron al muelle. Fueron hacia la escalera. A cada paso rechinaba la lana de vidrio de sus escafandras. A través de los visores de los cascos refractarios todo lo que les rodeaba parecía pintado de amarillo.

Suben por la escalera en zig-zag. Era difícil sin ascensor: treinta metros. Los estrechos peldaños de acero vibraban bajo los pies. Los dos iban encaramándose. Cada vez con más frecuencia se paraban en los rellanos para tomar alimento. Desde allí arriba, la blanca lancha sobre el agua gris parecía un juguete de plástico para niños.

Por fin llegaron a la cubierta superior.

Fueron lentamente a lo largo de la despoblada terraza de la sala de oficiales, a lo largo de la fila de camarotes con las puertas abiertas, junto a los montones de andamios de madera y metal, colocados desordenadamente, innecesarios ya. La grúa de vapor, con su largo cuello inclinado, parecía saludarlos. Sólo que no había que mirar hacia el océano: la cabeza daba vueltas por que el horizonte también las daba.

La vista se les nublaba de los interminables fulgores de los relámpagos. Estos chocaban contra la columna por encima de sus cabezas produciendo chasquidos.

«Parece que se ha ensanchado aún más» -pensó Kravtsov sobre el misterioso campo de la columna, y premeditadamente dio unos pasos hacia el centro de la plataforma y después, en dirección contraria, hacia la borda. En dirección contraria lo realizó con más dificultad.

Sí, ha aumentado. El aparato de control instalado en un poste junto al tablado, lo confirma.

Llegaron a la plataforma. La enorme caja de embalaje instalada en la plataforma parecía un torpedo, Y así fue que Kravtsov no vio por sus propios ojos la bomba atómica: la «luciérnaga» había sido transportada a la plataforma en una caja de embalaje especial con un dispositivo que debía dirigir la explosión según el plano horizontal. Por la parte exterior sólo se veían las carátulas de los instrumentos cubiertos con redes de cobre. El ojo mágico del seguro ardía con su luz verde, lo mismo que el día anterior por la tarde después de un largo y duro día de pruebas, sintonizaciones y verificaciones.

Bajo el tablado había un tubo lleno de anillos prensados de combustible sólido para cohetes: el más simple de los motores a reacción. El día anterior, una plataforma igual que ésta, sólo que sin bomba pero con una barra de acero, impulsado por un motor igual que éste, se deslizó por los carriles hacia el centro de la plataforma con movimiento cada vez más acelerado. La columna lo atraía, y ya aplastándose contra su negra superficie, se elevó junto con ella a la velocidad de un avión de pasajeros.

Fue un espectáculo bastante horroroso.

Kravtsov y Parkinson conectaron las pilas de alimentación del aparato de comunicación. En los cascos laringofónicos surgió el susurro habitual.

-¿Usted me oye? -preguntó Kravtsov.

-Sí. ¿Empezamos?

-¡Empecemos!

Ante todo había que sacar los calzos. Pero resultó que no era tan fácil: la plataforma los apretaba con sus ruedas. Tuvieron que coger unas barras y empleándolas como palancas hacer retroceder la plataforma un poco.

Sacaron los calzos. Después Kravtsov puso cuidadosamente las agujas del primer mecanismo de relojería unido al detonador del motor a reacción. Le hizo una señal a Jim, y éste apretó el botón de arranque.

Se apagó el ojo mágico verde y se encendió el rojo.

Y ya está todo. Exactamente dentro de cuatro horas funcionará el mecanismo de relojería, y el motor a reacción, al ponerse en marcha, arrastrará el tablado hacia la columna negra. Al chocar contra la columna, se pondrá en marcha el segundo mecanismo conectado con la espoleta de la bomba atómica. Este regula la espoleta con un retraso de siete minutos. En siete minutos la columna se llevará a la caja de embalaje con la bomba a la altura de sesenta kilómetros, y entonces accionará la espoleta, y la «luciérnaga» estallará con todas las de la ley. La explosión dirigida destrozará la columna, se interrumpirá el cortocircuito, e inmediatamente

se conectarán los dispositivos automáticos. Los potentes campos de fuerza creados por la instalación, se combinarán con el de la columna según lo calculado, y la obligarán a cambiar de dirección. La columna se parará. En lo que se refiere a la parte superior cortada de la columna se quedará en el espacio, puesto que ya ha formado más de una vuelta alrededor de la Tierra. A nadie molestará.

Y hoy por la tarde, por todas las ciudades del planeta se encenderá la iluminación… ¡Ojalá se pudiese uno trasladar a Moscú esta tarde…!

Todo está hecho y nos podemos marchar. En cuatro horas no sólo se puede llegar al «Fukuoka-maru» en la lancha, sino incluso beber té con Alí-Ovsad.

Kravtsov no se daba prisa. Levantó la pantalla del casco refractario para comprobar al oído si funcionaba el mecanismo de relojería. Jim también levantó la pantalla. El aire caliente les abrasó la cara.

Tic-tac, tic-tac, tic-tac…

Diligentemente y con claridad va contando los segundos el mecanismo de relojería al borde de la plataforma despoblada.

-Bueno, vamos, Jim.

Y de pronto, en el tic-tac del mecanismo de relojería se introdujo un nuevo sonido. Era también otro tic-tac; pero que no coincidía con el primero. Era de tono más bajo y más rápido, con una ligera tonadilla musical…

Nadie supo nunca por qué el cronómetro de la espoleta de la bomba atómica se conectó por sí mismo. Debía de conectarse al cabo de cuatro horas, al chocar el tablado con la columna negra. Pero en aquel momento…

Kravtsov miró estupefacto a Parkinson. Este retrocedía poco a poco, sus labios temblaban, en los ojos se reflejaba el horror…

¡Siete minutos! Solamente siete minutos y la carga explosiva hará chocar con fuerza dos trozos de plutonio. Una violenta explosión barrerá la plataforma y, junto con ella, la instalación…

Mientras que la columna negra, a doscientos cincuenta metros de aquí tal vez no sufra nada. La explosión no la alcanzará: ¡la bomba debe estar pegada a ella!

Tic-tac, tic-tac, tic-tac…

El tictac del cronómetro se le clavaba en la cabeza.

¿Desmontar el mecanismo, pararlo…? ¿En siete minutos? Es una tontería…

¿Huir, lanzarse hacia abajo, hacia la lancha? No tenemos tiempo para alejarnos a una distancia que nos proteja…

No hay salvación. No hay salvación.

¿Qué podrá hacer la gente después, sin nosotros, sin la plataforma? ¿Construir una plataforma nueva, una nueva instalación…? Pero los rayos cósmicos no van a estar esperando…

¡No!

¡No!

¿Cuánto ha pasado ya? ¿Medio minuto?

Tic-tac…

Kravtsov, de súbito, se lanzó contra la parte posterior del tablado empujándolo con fuerza.

-¡Venga, Jim, de prisa!

Las manos de Jim se hallaban junto a las de él. Intentaban desplazar la pesada plataforma, la cual no cedía, un empuje, otro...

-¡Vamos...! -gritaba roncamente Kravtsov-. Vamos, ¡empuja, duro! ¡Se desliza!

El tablado se movió y se deslizó por los carriles.

Ellos corren empujándolo con las manos. ¡Más de prisa!

No se puede ya respirar. El aire abrasa como el fuego la garganta: ellos no tuvieron tiempo de bajar la pantalla...

El tablado empezó a acelerarse, ya lo atraía la columna: un poco más y se deslizará solo, la columna lo recogerá y se lo llevará hacia arriba a una velocidad de casi nueve kilómetros por minuto... Kravtsov ve ante los ojos la esfera del cronómetro. Sólo se han perdido dos minutos. Tienen tiempo. ¡La bomba explotará a bastante altura! Si no a sesenta kilómetros, por lo menos a cuarenta...

A nosotros no nos pasará nada, nos taparemos las caras echándonos de bruces sobre la cubierta...

¿La irradiación? Nosotros llevamos escafandras herméticas, y los de la lancha también.

¡Nada nos pasa! Sólo que hay que acelerar más... ¡Venga, otro empujón!

No quiero morir...

Se oyó la voz ahogada de Jim:

-Basta... Se deslizará solo...

-¡Un poco más! ¡Vamos!

¡Carrera desenfrenada! Jim tropieza con la cabeza saliente de un tornillo, cae cuan largo era y siente en la mano un dolor agudo.

-¡Alto! -grita casi ahogándose. Pero Kravtsov corría y corría...

-¡Alexandr, detente! ¿Qué le pasa...? ¿Por qué?

Un pensamiento horroroso le pasó por la cabeza a Jim.

-¡Ah-a-a-a...!

Frenéticamente empezó a golpear con la mano sana el carril, se arrastró y con los ojos fijos miraba la escafandra de Kravtsov que se alejaba.

Kravtsov ya no corría tras el tablado, no podía despegarse de él, saltaba, pero sus pies se deslizaba sin querer por la cubierta...

Es una caída horizontal... Es lo mismo que cuando se cae en un precipicio...

-¡Alexa-a-a-a...!

Los espasmos estrangulan a Jim.

La plataforma alcanzó la nube de vapores junto a la base de la columna. Apareció por un momento la escafandra azul-grisácea. Un golpe seco...

Jim cierra sus ojos abrasados.

De pronto, le cruzó por la mente la idea de avisar y salvar a la gente, a los que estaban en la lancha. Jim se levantó de un salto y corrió jadeando al extremo de la plataforma.

Doblando el cuerpo sobre la banda, abrió y cerró la boca sin emitir ningún sonido. No le salía ni un grito: no podía recobrar el aliento.

Los japoneses de la lancha lo vieron. Lo observaban con la cabeza levantada.

-¡Todos abajo! -prorrumpió, por fin, Jim-. ¡Bajo la cubierta! ¡Cerrar las escotillas! ¡Cerrar las escafandras! ¡De bruces!

Allí abajo empezaron a correr.

Jim, de un tirón, abrió la tapa de la escotilla de cubierta. Bramando del agudo dolor de la mano, se introdujo de un salto en la escotilla. Oscuridad y calor sofocante.

Cerró la tapa.

Y en este momento la plataforma se estremeció. Se oyó el lejano ruido sordo de una explosión, ruido prolongado y bajo.

37

En los barcos de la flotilla se arriaron las banderas media asta.

El salón del «Fukuoka-maru» estaba inundado de luz eléctrica. Allí se reunieron todos nuestros conocidos los héroes de esta narración.

Solamente estaban ausentes Will y Norma Hampton. Seguramente estaban en su camarote.

Tampoco se hallaba allí Jim Parkinson. Cuando se produjo la llamarada en el cielo y tronó la explosión, se dirigió hacia la plataforma el barco mensajero con los ingenieros especialistas en energía nuclear y una tripulación de voluntarios. Estos hallaron en el diminuto camarote de la lancha a tres asustados marinos japoneses, que solamente sabían que antes de la explosión había aparecido arriba un hombre con escafandra y les había gritado las palabras de advertencia para ponerse a salvo. Los voluntarios, en trajes protectores, subieron y recorrieron buscando toda la cubierta de la plataforma. Los contadores de Geiger colgados de sus escafandras, indicaban que el nivel de irradiación no era tan grande. Estuvieron buscando varias horas y cuando habían perdido la esperanza de encontrar a Kravtsov y a Parkinson, el voluntario Chulkov, levantando de pronto la tapa de una escotilla y alumbrando con la linterna, vio a un hombre con escafandra. Parkinson yacía en profundo desvanecimiento. Recobró el sentido a la vuelta, en el camarote del barco mensajero, pero no dijo ni palabra y sus ojos miraban con una expresión de demente. Sólo en el hospital del «Fukuoka-maru», Jim se recobró un poco de la conmoción y recordó lo que había ocurrido. Entonces cesó la búsqueda de Kravtsov. Le enyesaron a Jim el brazo roto.

Alexandr Kravtsov ya no existía...

En el salón reinaba el silencio. De vez en cuando, el camarero traía en una negra bandeja barnizada, montones de telegramas y los colocaba en la mesa ante Morózov y Tokunaga. Llovían felicitaciones de todos los continentes. Felicitaciones y pésames. Morózov miraba los radiogramas y leía algunos a media voz. El académico japonés permanecía inmóvil,

sentado en el sillón tapándose los ojos con la mano. Hoy, sobre todo, tenía un aspecto enfermizo.

La puerta se abrió ruidosamente de par en par. En el portal apareció Will Macpherson con la camisa desabrochada en el pecho y la chaqueta echada sobre los hombros de cualquier manera. Su mandíbula inferior avanzaba porfiada y provocativamente.

-¡Hola! -dijo abarcando el salón con mirada amenazadora; su voz era más alta que de costumbre-. ¡Buenas tardes, señores!

Se dirigió hacia la mesa donde estaban sentados los dirigentes de la operación. Se apoyó en al mesa con las manos y les dijo a Tokunaga envolviéndole con su hálito de vapores de ron:

-¿Cómo está usted, sir?

El japonés levantó la cabeza lentamente, mostrando una cansada cara blanco-amarillenta surcada por una densa red de arrugas.

-¿Qué desea usted? -dijo Tokunaga con voz también enfermiza.

-Deseo... Deseo preguntarle a usted... ¡¿Por qué diablos ha enviado a una segura muerte a ese muchacho!?

Reinó un momento de mortal silencio.

-¡Cállese! -bramó Will, y de un manotazo barrió de la mesa los impresos de radiogramas-. ¡Encerrarlo, encerrarlo con llave es lo que se tenía que haber hecho...!

-¡Tranquilícese, Macpherson! Serénese y discúlpese inmediatamente ante el académico Tokunaga...

Tokunaga tocó a Morózov de la manga.

-No hace falta -dijo en voz alta-. El señor Macpherson tiene razón. Yo no debía haberlo consentido. Debía haber ido yo mismo, porque... Porque a mí ¿qué más me da ya...?

Su voz fue debilitándose y de nuevo se tapó los ojos con la mano.

En este momento irrumpió en el salón Norma Hampton.

-¡Will! Dios mío. ¿qué te pasa...? -Le arrancó las manos de la mesa y se lo llevó hacia la puerta-. Te has vuelto loco. Te quieres matar...

En el umbral de recostó sobre el marco de la puerta y su espalda temblaba de los gemidos. Norma se quedó junto a él, acariciándole con la mano.

Alí-Ovsad se acercó a Will.

-No hay que llorar, «inglis» -le dijo severamente-. Tú no eres una muchacha, eres un hombre. Kravtsov era mi amigo. Era amigo de todos nosotros.

El y Norma tomaron a Will del brazo y se lo llevaron.

Y de nuevo reinó el silencio en el salón.

El estridente ring-ring del teléfono estremeció nerviosamente a Tokunaga. Morózov cogió el teléfono y atendió la llamada.

-Hay comunicación con Moscú -dijo levantándose.

Tokunaga también se levantó y salió del salón junto con Morózov.

En la cabina de radio les salió al encuentro Oloviánnikov.

-Ella está en nuestra redacción de «Izvestia» -dijo en voz baja alargándole el teléfono.

-¿Marina Serguiéyevna? Habla Morózov. ¡Usted me oye...! Marina Serguiéyevna, yo sé que aquí no valen las palabras de consuelo, pero permita a este viejo decirle que estoy muy orgulloso de su marido...

Esto es todo.

A ustedes seguramente les parecerá extraño que para cortar la columna negra, el hombre tuviese que recurrir a tan viejo y peligroso monstruo como la bomba atómica. Pero no se olviden que esta historia ocurrió hace medio siglo y entonces no había emisoras gravicuánticas. Además, sobre la esencia del campo unificado, el hombre empezaba entonces a suponerlo.

¿Qué hubo después? Si se han olvidado, conecten la consiguiente grabación acústica del texto para el cuarto grado de la escuela. Esta grabación les recordará cómo los cosmonautas Myshliáyev y Herrera salieron al anillo formado por la columna negra, que gira alrededor de la Tierra, y que después recibió el nombre de «Anillo de Kravtsov». Estos cosmonautas igualaron la velocidad de su nave con la del Anillo, salieron en escafandras al espacio y fijaron en los extremos separados del Anillo los primeros receptores de las estaciones automáticas.

Ahora en el Anillo de Kravtsov van montadas las estaciones cósmicas para los trenes de cohetes, los puestos de comunicación cósmica y muchas otras cosas. Ustedes saben esto muy bien.

Ahora, cuando hemos conocido a Alexandr Kravtsov de más cerca, miren otra vez su retrato en el capítulo que se habla del Anillo de Kravtsov, en el manual de geofísica. Es un muchacho como otro cualquiera, ¿no es eso? Él no pensaba ser héroe.

Sencillamente, se olvidaba con facilidad de sí mismo cuando pensaba en los demás.

FIN